

Autor paradigmático en la historia del pensamiento místico, Johann Eckhart (Turingia, Alemania 1260-1327) es uno de los grandes teóricos de la diferencia, tanto de aquella distancia infinita al Creador de su creatura, como de la que media entre uno y otro hombre. Como místico metafísico y sobre la vía del neoplatonismo, “el método del maestro Eckhart procede, principalmente, por paradojas, imágenes, por vía negativa en cuanto al conocimiento de Dios”, en palabras de Ramón Xirau.

Por su carga de simbolismos y metáforas, vehículos de la realidad inédita de una intensa experiencia espiritual, dicha metafísica heterodoxa adquiere matices poéticos, abandona los cauces habituales del racionalismo y se liga en cambio con la hermenéutica, dando lugar a una ontología interpretativa. A la manera en que también otros teólogos medievales entendían su tarea, busca transmitir a los hombres de su tiempo el mensaje revelado de las Escrituras a través de procedimientos filosóficos (neoplatónicos o aristotélicos), dando cuenta de la fe por medio de la razón y, en suma, de lo sagrado mediante lo profano. Tales son las preocupaciones que permean su extensa obra, que va desde comentarios al *Padrenuestro* y a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, pasando por unas *Cuestiones disputadas* y su gran *Obra tripartita*, hasta sus tratados (*Discursos de la distinción*, *El libro del consuelo divino*) y sus *Sermones alemanes*. Ahora, la colección Cien del Mundo recoge bajo el título *Tratados y sermones* quince de estas piezas de oratoria religiosa, precedidas de sus *Pláticas instructivas* y del discurso *Del desasimiento*, en traducción de Ilse M. de Brugger, y con introducción del medievalista Mauricio Beuchot.

TRATADOS Y SERMONES



Maestro Eckhart





CIEN OBRAS IMPRESCINDIBLES PARA
EL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA UNIVERSAL

TRATADOS Y SERMONES

Maestro Eckhart

Traducción y notas
Ilse M. de Brugger

Introducción y selección
Mauricio Beuchot

muéstranos a tu Padre y nos basta” (Cf. Juan 14,8), como si quisiera decir que le bastaba la [mera] visión. Debemos sentirnos mucho más contentos [empero] por habitar en unión con Él. Cuando Nuestro Señor se transfigurara en la montaña y les mostrara un símil de la claridad que hay en el cielo, San Pedro pidió también a Nuestro Señor que permanecieran allí eternamente (Cf. Mateo 17,1 a 4; Marcos 9,1 a 4; Lucas 9,28 a 33). Deberíamos tener un anhelo desmedidamente grande de [llegar a] la unión con Nuestro Señor [y] Dios. Esta unión con Nuestro Señor [y] Dios se ha de conocer sobre la base de la siguiente instrucción: Así como Dios es trino en las personas, así es uno por naturaleza. De ese modo hay que comprender también la unión de Nuestro Señor Jesucristo con su Padre y con el alma. Así como se distingue entre [el] blanco y [el] negro —el uno no puede tolerar al otro, el blanco no es negro— así sucede [también] con [el] algo y [la] nada. Nada es aquello que no puede tomar nada de nada; algo es aquello que recibe algo de algo. Exactamente así sucede con Dios: aquello que es algo, se halla siempre en Dios; allí no falta nada de ello. Cuando el alma es unida a Dios, tiene en Él todo cuanto es algo, en su entera perfección. Allí, el alma se olvida de sí misma —tal como es en sí misma—y de todas las cosas y se reconoce como divina en Dios, por cuanto Dios se halla en ella, y hasta ese punto se ama en Él sin diferenciación de modo que no goza ni se alegra de nada a excepción de El. ¿Qué más quiere apetecer o saber el hombre cuando se halla unido con Dios con tanta felicidad? Dios creó al hombre para esta unión. Cuando el señor Adán infringiera el mandamiento, fue expulsado del paraíso. Entonces, Nuestro Señor colocó delante del paraíso a dos custodios: un ángel y una espada llameante que era de doble filo (Cf. Génesis 3,23 y ss.). Esto significa dos cosas mediante las cuales el hombre puede volver al cielo así como cayó de él. La primera: por medio de la naturaleza del ángel. San Dionisio dice:⁶ “La naturaleza angelical significa lo mismo que la revelación de la luz divina”. Con los ángeles, [y] por medio de los ángeles y la luz [divina], el alma ha de dirigirse otra vez hacia Dios hasta que retorne al origen primigenio... Segundo: por medio de la espada llameante, esto quiere decir que el alma ha de volver por medio de obras buenas y divinas, hechas con amor ardiente por Dios y el hermano en Cristo.⁷

Que Dios nos ayude para que esto nos suceda. Amén.

Primera edición en Cien del Mundo: 1998

Traducción: Ilse M. de Brugger

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

Dirección General de Publicaciones

D.R. © 1998, de la presente edición

Dirección General de Publicaciones
Calz. México Coyoacán 371
Xoco, CP 03330
México, D.F.

ISBN 970-18-1817.2

Impreso y hecho en México

⁶ Se remite a Dionysius Areopagita. *De cael. hier.*, c. 3, § 2 c. 4, § 2.

⁷ Eckhart habla otra vez del “co-cristiano” = *ebenkristen*.

cielos. A quien renuncia a sí mismo y a su propia voluntad, le resulta fácil dejar todas las cosas materiales. Como ya he narrado varias veces que un maestro le enseñó a su discípulo cómo podía llegar a conocer las cosas espirituales. Entonces dijo el discípulo: “Maestro, tu instrucción me ha enaltecido y sé que todas las cosas materiales son como un barquito que se mece en el mar, y como un pájaro que vuela por el aire”. Porque todas las cosas espirituales están por encima de las materiales; cuanto más elevadas están, tanto más se extienden y van comprendiendo a las cosas materiales. Por eso, las cosas materiales son pequeñas frente a las espirituales; y cuanto más sublimes son las cosas espirituales, tanto más grandes son; y cuanto más vigorosas son en las obras, tanto más puras son en [su] esencia. Lo he dicho también varias veces y es cierto y un enunciado verdadero: Si un hombre estuviera muriendo de hambre y si se le ofreciese la mejor de las comidas, sin que hubiera en ella semejanza con Dios, él, antes de probar o gustar [la comida], se moriría de hambre. Y, si el hombre sintiera un frío mortal y se le ofreciese cualquier clase de vestimenta, sin que en ella hubiera semejanza con Dios, él no podría echarle mano ni ponérsela. Esto se refiere al primer [punto] de cómo hay que dejar todas las cosas y seguir a Dios [= Cristo].

Segundo: de qué manera debemos servir a Nuestro Señor. San Agustín dice:⁵ “Un servidor leal es aquel que no busca en todas sus obras nada más que sólo la gloria de Dios”. El señor David dice también: “Dios es mi Señor, quiero servirlo” (Cf. Josué 24,18 y 24), porque Él me ha servido y en todos sus servicios no me necesitaba, sino [que lo ha hecho] sólo para provecho mío: así he de servirlo yo por mi parte, buscando únicamente su gloria. Otros señores no proceden así; buscan su propio provecho al prestar[nos] servicios, porque nos sirven sólo para aprovecharse de nosotros. Por eso, no estamos obligados a prestarles grandes servicios; la retribución ha de ser proporcional a la magnitud y nobleza del servicio.

El tercer [punto] consiste en que nos fijemos en esa recompensa. [o sea] en lo que dice Nuestro Señor: “Donde estoy yo, habrá de estar conmigo mi servidor” (Cf. Juan 12,26). ¿Dónde se halla la morada de Nuestro Señor Jesucristo? Ella se encuentra en el ser uno con su Padre. Es una recompensa demasiado grande el que todos cuantos lo sirven, habrán de habitar en unión con Él. Por eso dijo San Felipe, cuando Nuestro Señor hablara de su Padre: “Señor,

⁵ Cf Augustinus. *Confessiones*. X, c. 2. n. 37.

ÍNDICE

La hermenéutica mística y metafísica del Maestro Eckhart 7

TRATADOS

Pláticas instructivas 23

DEL DESASIMIEN TO

Del desasimien to 67

SERMONES

- II. *Intravit Iesus in quoddam castellum et mulier quaedam, Mártha nomine, excepit illum in domum suam. Lucae II.*
[Entró Jesús en cierta *villeta* y una mujer, de nombre Martha, lo recibió en su casa. Lucas, II.] 79
- III. *Nunc scio vere, quia misil dominus angelum suum.*
[Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su ángel.] 85
- IV. *Omne datum optimum el ornne datum perfectum desursum est. Jacobi I,*
[Todo don óptimo y todo don perfecto viene de arriba. Santiago, I.] 89
- V b. *In hoc apparuil caritas dei in nobis.*
[En esto se ha manifestado Ja caridad de Dios hacia nosotros.] 95
- VI. *Iusté vivent in aeternum.*
[Los justos vivirán eternamente.] 99

XII. <i>Qui audit me.</i> [Quien me oye.]	105
XVI a. Dice un maestro.	107
XVII. <i>Qui odit animam suam in hoc mundo etc.</i> [Quien odia su alma en este mundo, etc.]	113
XX a. <i>Homo quidam fecit cenam magnam.</i> [Cierta hombre hizo una gran cena.]	117
XXVII. <i>Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.</i> [Éste es mi precepto: que os améis unos a otros, como yo os he amado.]	123
XXXIV. <i>Gaudete in domino, iterum gaudete etc.</i> [Alegraos en el Señor; de nuevo alegraos, etc.]	129
XLVII. <i>Spiritus domini replevit orbem terrarum, etc.</i> [El Espíritu del Señor llenó el orbe de la Tierra, etc.]	133
XLVIII. Todas las cosas iguales	137
LII. <i>Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum.</i> [Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.]	141
LVIII. <i>Qui mihi ministrat, me sequatur, et ubi ego sum, illic et minister meus erit.</i> [Quien me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor.]	147

Qui mihi ministrat, me sequatur, et ubi ego sum, illic et minister meus erit. [Quien me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor.]

Estas palabras las dijo Nuestro Señor Jesucristo: “Quien me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará mi servidor junto conmigo” (Cf. Juan 12,26).

En estas palabras se pueden notar tres cosas. Una consiste en que se debe seguir y servir a Nuestro Señor por cuanto Él dice: “Quien me sirve, que me siga”. Por ello, las palabras vienen a propósito para San Segundo, [cuyo nombre] dice lo mismo que “el que sigue Dios”,² pues él [San Segundo] dejó [sus] bienes y vida y todo por amor de Dios. Así, todos cuantos quieren seguir a Dios, habrán de dejar cuanto puede ser un estorbo para [su trato] con Dios. Dice Crisóstomo:³ Estas son palabras duras para quienes se inclinan hacia este mundo y las cosas corpóreas, las cuales, para ellos, son una posesión muy dulce y [les es] difícil y amargo dejarlas. En esto se puede ver lo difícil que resulta a algunas personas, que no conocen las cosas espirituales, renunciar a las materiales. Como ya he dicho varias veces: ¿Por qué no les gustan las cosas dulces a los oídos lo mismo que a la boca?... Porque no están hechos para ello. Por la misma razón, el hombre camal no conoce las cosas espirituales, ya que no tiene la disposición correspondiente. En cambio, a un hombre conocedor que conoce las cosas espirituales, le resulta fácil dejar todas las cosas corpóreas. San Dionisio dice⁴ que Dios pone en venta su reino de los cielos; y no hay cosa de tan poco valor como el reino de los cielos cuando está en venta, y nada es tan noble y su posesión hace tan feliz con tal de que se lo tenga merecido. Se dice que es de poco valor porque se le ofrece a cada cual por cuanto él sea capaz de procurar. Por ello, el hombre ha de dar todo cuanto posee a trueque del reino de los cielos: [en especial] su propia voluntad. Mientras conserva algo de su propia voluntad, no tiene merecido el reino de los

¹ Atribuciones “El otro sermón del Maestro Eckehart”; “Maestro Eckhart de París”. y “el beato maestro Eghart”. El texto se halla en el antiguo misal de los dominicos en el Evangelio del *Commune unius martyris*.

² Cf. Isidorus Hispalensis, *Etymologiae*, X. a.257.

³ Cf. Chrysostomus. *Tractatus super Oratione Dominica*, n.4.

⁴ Dionysius Areopagita. *De div. nom.*, c.5, § 2.

no-nacido y según mi carácter de no-nacido, no podré morir jamás. Según mi carácter de no-nacido he sido eternamente y soy ahora y habré de ser eternamente. Lo que soy según mi carácter de nacido, habrá de morir y ser aniquilado, porque es mortal; por eso tiene que perecer con el tiempo. [Junto] con mi nacimiento [eterno] nacieron todas las cosas y yo fui causa de mí mismo y de todas las cosas; y si lo hubiera querido no existiría yo ni existirían todas las cosas; y si yo no existiera no existiría *Dios*. Yo soy la causa de que Dios es *Dios*; si yo no existiera, Dios no sería *Dios*. [Mas] no hace falta saberlo.

Dice un gran maestro que su traspasar es más noble que su emanar,⁵ y es cierto. Cuando emané de Dios, todas las cosas dijeron: Dios es; mas esto no me puede hacer bienaventurado porque ahí me llevo a conocer como criatura. Pero en el traspaso donde estoy libre de mi propia voluntad y de la voluntad de Dios y de todas sus obras y del propio Dios, ahí me hallo por encima de todas las criaturas y no soy ni *Dios* ni criatura, antes bien, soy lo que era y lo que debo seguir siendo ahora y por siempre jamás. Ahí siento un impulso⁶ hacia arriba que me ha de llevar por encima de todos los ángeles. En este impulso se me da una riqueza tal que no me puede satisfacer Dios, con todo cuanto es como *Dios* y con todas sus obras divinas: porque en este traspaso obtengo que Dios y yo seamos una sola cosa. Allá soy lo que era y allá no sufro mengua ni crecimiento, ya que soy una causa inmóvil que mueve todas las cosas. Allá, Dios no halla lugar alguno en el hombre porque el hombre consigue con esta pobreza lo que ha sido eternamente y seguirá siendo por siempre jamás. Allá, Dios es uno con el Espíritu, y ésta es la pobreza extrema que se pueda hallar.

Quien no comprende este discurso, no debe afligirse en su corazón. Pues, mientras el hombre no se asemeje a esta verdad, no habrá de comprender este discurso; porque se trata de una verdad no velada que ha surgido inmediatamente del corazón de Dios.

Que Dios nos ayude a vivir de modo tal que hagamos esa experiencia por siempre jamás. Amén.

⁵ No se ha podido establecer de quién se trata... Con *uzvliesen* = "emanar" se piensa en el nacimiento del hombre en la temporalidad. con *durchbrechen* "traspasar" en e) retorno del alma hacia Dios.

⁶ Literalmente se dice: *indruck* "impresión".

LA HERMENÉUTICA MÍSTICA Y METAFÍSICA DEL MAESTRO ECKHART

Johann Eckhart, que era conocido como "el Maestro", por ser en verdad un consumado maestro espiritual, ejerció una gran labor filosófica, teológica y hermenéutica —a través de su exégesis bíblica. En su postura filosófica sobresalen el neoplatonismo, que recibe por la influencia de San Agustín y su idea del hombre interior, pero también por la del seudo-Dionisio, que busca la "divinización" del ser humano por la participación en Lo divino. De ellos toma una exégesis espiritual, que se dirige a entresacar las relaciones del alma con Dios. Pero también, por influjo de los discípulos de San Alberto Magno, en especial de su venerado Santo Tomás de Aquino, adopta el conocimiento por connaturalidad, más allá de toda imagen sensible; asimismo toma del Aquinate la analogía, que, junto con la vía de La negativa y de la eminencia,¹ constituye el punto fuerte de su hermenéutica.

Biografía

Nace Eckhart en Hochheim (Turingia, Alemania) alrededor de 1260.² Como la mayoría de sus datos cronológicos, la fecha de su ingreso en la Orden de predicadores, o dominicos, es imprecisa, pudiendo situarse en 1276, ya que no se permitía la entrada antes de los 16 años de edad. Toma el hábito en el célebre convento de Erfurt. Realiza en Estrasburgo su formación institucional, que duraba 9 años; según lo cual, se ordena en 1285. Con el propósito de perfeccionar sus estudios de teología se muda a Colonia, de 1286 a 1288, fecha en que se pierde su rastro, hasta que en 1298 reaparece a la vida pública como prior de Erfurt y vicario general de Turingia.

¹ Había dos maneras de hablar sobre Dios en la Edad Media. Una era la vía afirmativa o analógica, consistente en afirmar algo de Dios; p.ej., "Dios es bueno", "Dios es padre", sabiendo siempre que es sólo en un sentido aproximativo. La otra vía era la de la negación o de la teología negativa, la cual decía que todo lo que podemos atribuir a lo creado hay que negarlo de Dios o hacerlo supereminente, p. ej., "Dios es más que bueno", "Dios es más que un padre", etcétera.

² Cf. J.M. Moliner, *Espiritualidad medieval. Los mendicantes*, Burgos, El Monte Carmelo, 1974, pp. 229-233. Véase también M. Beuchot, "Vida y doctrina del Maestro Eckhart", en *Cuadernos Dominicanos*, núm. 6, México, 1982, pp. 1-30; también recogido en M. Beuchot, *Aristas de la filosofía medieval*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1995, pp. 91-118.

En 1299 o 1300 es enviado a París, donde dicta cátedra sobre las *Sentencias* de Pedro Lombardo, libro de texto de teología, y en 1302 recibe el grado de Maestro en sagrada teología, título con el cual es tradicionalmente conocido. Cuando en 1303 la orden dominicana divide su provincia de Alemania, demasiado extensa, en dos nuevas provincias —la de Sajonia y la de Teutonia—, Eckhart es elegido provincial de la primera. Es reelegido en este cargo en 1307, y además se le añade el de vicario de Bohemia. En 1311 vuelve a enseñar en París. De ahí pasa a Estrasburgo en 1314, donde comienza su fama de predicador. Y en 1320 va a Colonia para enseñar, y es donde tiene como discípulo al beato Enrique Susón.

Su prestigio de gran predicador crece, hasta que, en 1326 es llamado a proceso por el arzobispo de Colonia, Enrique de Virneburgo, bajo la sospecha de herejía. Eckhart, consciente de que por ser religioso está exento del tribunal episcopal, apela a la curia pontificia, entonces en Aviñón. Al ser denegada su petición, Eckhart se somete al tribunal de Colonia, y el 13 de febrero de ese año, en la iglesia de los dominicos de dicha ciudad, da lectura pública al texto con que se retracta de las proposiciones condenadas.

Después, marcha él mismo a Aviñón, para que una comisión papal examine sus obras. No pudo ver el final del proceso, pues murió antes del fallo. Su muerte se registra, con imprecisión, entre 1327 y 1328. De acuerdo al dictamen de la comisión examinadora, Juan XXII, en su bula *In agro dominico* del 27 de marzo de 1329, condena veintiocho proposiciones tornadas de sus obras, aclarando que las condena “tal como suenan”, y que Eckhart se sometió siempre al dictamen de la Iglesia. Los investigadores actuales han demostrado que la mayoría de tales proposiciones no son en realidad heréticas, sino más bien ambiguas y extrañas por la forma en que estaban expresadas.

Obra

Su obra es extensa³. Además de comentarios al *Padrenuestro*, a las *Sentencias* de Pedro Lombardo y de algunas *Cuestiones disputadas*, escribió su gran obra latina, la *Obra tripartita*, consistente en interpretaciones de la Biblia y altas elucubraciones teológicas. Pero su obra mística se recoge sobre todo en sus obras alemanas, como los *Discursos de la distinción*, *El libro del consuelo divino* y los

para Dios, en cuyo interior Dios puede obrar. Mas ahora diremos otra cosa. Si sucede que el hombre se mantenga libre de todas las criaturas y de Dios y de sí mismo, pero si todavía es propenso a que Dios encuentre un lugar para obrar en él, entonces decimos: Mientras las cosas andan así con este hombre, él no es pobre con extrema pobreza. Porque para sus obras Dios no se empeña en que el hombre tenga en sí mismo un lugar donde Dios pueda obrar; pues es ésta la pobreza en espíritu: que [el hombre] se mantenga tan libre de Dios y de todas sus obras que Dios, si quiere obrar en el alma, sea Él mismo el lugar en el cual quiere obrar... y esto lo hace gustosamente. Pues, cuando encuentra así de pobre al hombre, Dios está operando su propia obra y el hombre tolera en su fuero íntimo a Dios, y Dios constituye un lugar propio para sus obras gracias al hecho de que Él es un Hacedor en sí mismo. Allí, en esa pobreza, obtiene el hombre [otra vez] el ser eterno que él fue y que es ahora y que ha de ser eternamente.

Hay una palabra de San Pablo donde dice: “Por la gracia de Dios soy todo lo que soy” (1 Cor. 15,10). Mas ahora parece que este [mi] discurso [se mantiene] por encima de [la] gracia y por encima del ser y por encima del entendimiento y por encima de [la] voluntad y por encima de todo apetito... ¿cómo puede ser verdad, entonces, la palabra de San Pablo? A lo cual se contesta que las palabras de San Pablo son verdad: hacía falta que la gracia de Dios morara en él; porque la gracia de Dios obró en él de manera que la accidentalidad fuera consumada en la esencialidad. Cuando la gracia terminó, luego de haber hecho su obra, Pablo seguía siendo lo que era.⁴

Decimos, entonces, que el hombre debe ser tan pobre que no constituya ni posea ningún lugar en cuyo interior pueda obrar Dios. Donde el hombre conserva [en sí] un lugar, ahí conserva [una] diferencia. Por eso ruego a Dios que me libre de *Dios*, porque mi ser esencial está por encima de Dios, en cuanto entendemos a Dios como origen de las criaturas. Pues, en aquel ser de Dios donde Dios está por encima del ser y de la diferencia, ahí estuve yo mismo, ahí quise que fuera yo mismo y conocí mi propia voluntad de crear a este hombre [=a mí], Por eso soy la causa de mi mismo en cuanto a mi ser que es eterno, y no en cuanto a mi devenir que es temporal. Y por eso soy un

⁴ Dice Quint (*op.cit.*, t.II, p.514, n.51): “El sentido de todo el pasaje sólo puede ser el siguiente En Pablo la gracia en absoluto era superflua. Su finalidad y efecto consistían en reprimir la accidentalidad, es decir, todo cuanto en Pablo no era esencial y que como accidente terrestre encubría su ser verdadero, liberando así la esencia pura de Pablo. Se entiende que el predicador luego puede decir; y cuando la gracia había hecho su obra, Pablo seguía siendo el que era, pues lo que es Pablo de acuerdo con su esencia pura, lo era tanto antes como después. sólo que esa esencia pura antes estaba encubierta, ensuciada por la accidentalidad”.

³ Cf. M. Beuchot, art. cit., pp. 3-4.

reside en el conocer, algunos dicen que reside en el amar; otros afirman que reside en el conocer y en el amar, y éstos ya aciertan más. Pero nosotros decimos que no reside ni en el conocer ni en el amar; más aún: hay algo en el alma de lo cual fluyen el conocer y el amar; ello mismo no conoce ni ama como lo hacen las potencias del alma. Quien llega a conocer este [algo] conoce en qué reside [la] bienaventuranza. Este [algo] no tiene ni antes ni después y no está a la espera de ninguna cosa adicional porque no puede ni ganar ni perder. Por eso se halla privado también del saber de que Dios obra en él; antes bien: es lo mismo que disfruta de sí mismo a la manera de Dios. Decimos, pues, que el hombre debe mantenerse despojado y libre de modo que ni sepa ni conozca que Dios opera en él: de tal modo el hombre puede poseer [la] pobreza. Dicen los maestros que Dios es un ser y un ser racional y conoce todas las cosas. Mas nosotros decimos: Dios no es ni ser ni racional ni conoce esto o aquello. Por eso, Dios es libre de todas las cosas y por eso es todas las cosas. Quien ha de ser, pues, pobre en espíritu, debe ser pobre en cuanto a todo su saber propio, de modo que no sepa nada de nada, ni de Dios ni de la criatura ni de sí mismo. Por eso hace falta que el hombre aspire a no poder saber ni conocer nada de las obras divinas. De tal manera, el hombre puede ser pobre con respecto a su propio saber.

En tercer lugar es un hombre pobre aquel que no tiene nada. Muchas personas han dicho que es perfección no poseer nada de las cosas materiales de esta tierra, y esto es verdad en cierto sentido: cuando uno lo hace a propósito. Mas éste no es el sentido al cual me refiero yo.

Dije antes que un hombre pobre es aquel que no quiere cumplir la voluntad de Dios, más aún: que el hombre viva, hallándose tan despojado de su propia voluntad y de la voluntad de Dios, como estaba cuando no era [todavía]. De esta clase de pobreza decimos que es la pobreza más insigne... En segundo término dijimos que es un hombre pobre quien nada sabe del obrar de Dios en su fuero íntimo.

Cuando uno se mantiene tan libre del saber y conocer, como Dios se mantiene libre de todas las cosas, ésta es la pobreza más pura... Mas la tercera, de la cual hablaremos ahora, es la pobreza extrema: es aquella en la cual el hombre no tiene nada.

¡Ahora prestad atención con empeño y seriedad! He dicho a menudo —y también hay grandes maestros que lo dicen— que el hombre debe estar tan libre de todas las cosas y de todas las obras, tanto interiores como exteriores, que pueda ser un lugar apropiado

Sermones alemanes. (También se le adjudica una *Defensa* de sus escritos.) En cuanto a los sermones, que tantas sospechas le atrajeron, conviene decir que no todo en ellos es de Eckhart, y que hay muchos problemas sobre la autenticidad de la doctrina. Esto se debe a que no los escribió el propio Eckhart, sino algunos de los oyentes. Podemos pensar, por ejemplo, que algún hermano o hermana, al momento de escuchar el sermón, lo reprodujo de manera “taquigráfica”, con el peligro consiguiente de grandes lagunas y tergiversaciones. Esto queda como advertencia a la lectura de los sermones atribuidos a Eckhart.

Los rasgos del sistema como claves interpretativas

La hermenéutica de Eckhart se entenderá mejor a la luz de los rasgos capitales de su doctrina mística. Podemos esquematizarla en tres apartados:⁴ (I) la procedencia de las creaturas de Dios o la creación, (II) el retorno de las creaturas a Dios, en especial la creatura humana, es decir, la justificación y (III) la unión del alma con Dios, o la glorificación divinizante del alma por parte de Dios. Este último apartado es, por supuesto, el más importante de su sistema.

En cuanto a la creación, Eckhart nos dice que está presidida por el amor, según el cual Dios crea todas las cosas y éstas tienden a Él. A pesar de algunas fórmulas con cierto sabor a emanatismo y, en el fondo, a panteísmo Eckhart sólo quiere resaltar la dependencia que todo guarda respecto a Dios, pues insiste en que hay una distinción infinita entre Dios y las creaturas. Dios, comparado con las creaturas, es todo y ellas son como nada.

Desde este planteamiento del amor, todas las creaturas tienden hacia Dios, en especial el hombre. Para reunirse con Dios, el hombre debe encontrarlo en la parte más íntima del alma, y para eso tiene que despojarse del apego a lo que no es Dios, tiene que vaciarse de todas las cosas, incluso de sí mismo. Sólo así tendrá pobreza de espíritu y pureza de corazón, entonces se encontrará lleno de Dios.

Y cuando se adhiere a Dios, Él se une tan íntimamente a su alma que la deja participar de su gloria; el alma rebosa de beatitud con esa presencia íntima de Dios que, según la fórmula de Eckhart, llega en cierta manera a divinizarse. El conocimiento y, sobre todo, el amor,

⁴ Cf. *ibid.*, pp. 21 y ss. Véase asimismo E.H. Wéber, “Maitre Eckhart et la grande tradition theologique”, en H. Stirnimann-R. Imbach (eds.), *Eckardus theutonicus, homo doctus et sanctus*, Friburgo-Suiza, Universitätsverlag, 1992, pp. 97-125.

unen el alma a Dios con una felicidad que preludia el cielo. Su contemplación y su acción serán siempre según Dios, y en esto se vive ya desde la tierra el Reino de los Cielos.

Algunas tesis principales sobre la vida espiritual, que presiden su labor hermenéutica

En estas teorías en las que trata de exponer su experiencia interior, Eckhart establece algunas tesis en las que se ve que tocó un gran misterio, el cual lucha por expresar.⁵ Fue un privilegio con una profunda experiencia de lo místico, y lo que más nos impresiona de Eckhart es que en él llegaron a tocarse la mística y la metafísica, produciendo con ello una metafísica muy distinta de la acostumbrada, a saber, la heredera del racionalismo. Es una metafísica u ontología muy ligada a la hermenéutica, lo que manifiesta una ontología hermenéutica o una hermenéutica ontológica. Además, por ser mística, la metafísica de Eckhart es una metafísica poética y cargada de simbolismo y de metáforas. Casi estaría uno tentado a decir que es una metafísica metafórica. Esto determinará la hermenéutica que la acompaña.

Se puede dar una explicación de esto, aludiendo a las raíces neoplatónicas de Eckhart⁶. En verdad, ese neoplatonismo encontró mucha aceptación en su época, que lo portaba junto con las formulaciones aristotélicas de la escolástica. No en balde se ha señalado que la corriente que más incidió en el cristianismo fue sin duda el platonismo,⁷ que recorre la época patrística y también la Edad Media,⁸ a pesar de que se logró implantar a Aristóteles. Aunque se ha insistido que no era un platonismo puro, sino que cohabitaba con muchas otras corrientes; así, el platonismo del que se hablaba era más bien un neoplatonismo. Sólo de esta forma pueden comprenderse, por ejemplo, el pseudo-Dionisio, el Eriúgena y Eckhart, estos dos últimos acusados de panteísmo, cosa que no debe extrañarnos, porque es algo muy acorde con el espíritu neoplatónico. Esa fue su gran lacra: “la acusación principal contra Meister Eckhart fue dirigida a su

Cuando yo me hallaba aún en mi causa primigenia, no tenía Dios alguno y era la causa de mí mismo; no quería nada ni apetecía nada porque era un ser libre y un conocedor de mí mismo en el gozo de la verdad. Entonces me quería a mí mismo sin querer otra cosa; lo que yo quería lo era, y lo que era lo quería, y entonces me mantenía libre de Dios y de todas las cosas. Mas cuando, por libre decisión, salí y recibí mi ser de criatura, entonces tuve un Dios; porque antes de que fueran las criaturas, Dios [aún] no era *Dios*; mas, era lo que era. Pero, cuando las criaturas llegaron a ser, recibiendo su ser creado, Dios no era *Dios* en sí mismo, sino que era *Dios* en las criaturas.

Ahora diremos que Dios en cuanto es *Dios*, no es la meta perfecta de la criatura. Porque tan elevado rango de ser lo ocupa [también] la criatura más humilde en Dios. Y si sucediera que una mosca tuviese entendimiento y buscarse racionalmente el abismo eterno del ser divino, del cual ha provenido, diríamos que Dios, por más que fuera *Dios*, no podría satisfacer ni contentar a esa mosca. Por eso le pedimos a Dios que nos despojemos de *Dios* y aprehendamos la Verdad, gozándola eternamente allá donde los ángeles supremos y la mosca y el alma son iguales, allá donde yo estaba y quería [ser] lo que era y era lo que quería [ser]. Por ende decimos: Si el hombre ha de ser pobre en voluntad, debe querer y apetecer tan poco como quería y apetecía cuando no era. Y de esta manera es pobre el hombre que no quiere.

Por otra parte es un hombre pobre el que no sabe. En alguna oportunidad dijimos que el hombre debía vivir de tal modo que no vivía ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios. Mas ahora decimos otra cosa, agregando que el hombre, que ha de poseer esta pobreza, debe vivir de modo tal que ni siquiera sepa que no vive ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios; antes bien ha de estar tan despojado de todo saber que no sabe ni conoce ni siente que Dios vive en él; más aún: debe estar vacío de todo conocimiento que en él tenga vida. Pues, cuando el hombre se mantenía [aún] en el eterno ser divino, no vivía en él ninguna otra cosa: antes bien, lo que vivía, era él mismo. Por lo tanto decimos que el hombre ha de mantenerse tan libre de su propio saber, como [lo] hacia cuando no era, y que deje obrar a Dios lo que Él quiera, y que el hombre se mantenga libre.

Todo cuanto ha procedido alguna vez de Dios, está orientado hacia un obrar puro. Mas la obra propia del hombre consiste en el amar y conocer. Ahora surge la pregunta de cuál es la cosa en que reside antes que nada la bienaventuranza. Varios maestros dijeron que

⁵ Vemos esa lucha en R. Xirau, *De mística*, México, Joaquín Mortiz, 1992.

⁶ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁷ Hay que advertir que uno fue el platonismo original de Platón, y otro el neoplatonismo desarrollado por Plotino, que modifica muchas cosas del anterior y fue el que predominó en la época patrística y en la escolástica medieval.

⁸ Cf. R. Arnou. *De "platonismo"*. *Patrum*, Roma, 1935.

un sentido más elevado: un hombre pobre es aquel que no quiere nada y no sabe nada y no tiene nada. De estos tres puntos hablaremos ahora y os ruego por el amor de Dios que comprendáis esta verdad, si es que podéis [hacerlo]; y si no la comprendéis, no os preocupéis, porque hablaré de una verdad tal que sólo unas pocas personas buenas habrán de comprenderla.

En primer lugar diremos que un hombre pobre es aquel que no quiere nada. Alguna gente no entiende adecuadamente el sentido de ello. Son esas personas que se empeñan en conservar su propio yo en sus penitencias y ejercicios exteriores que esas personas consideran gran cosa. ¡Que Dios se apiade del escaso conocimiento de la verdad divina en esas personas!³ A esos hombres se los llama santos a causa de las apariencias; pero, en su fuero íntimo son asnos porque no captan el carácter simbólico de la verdad divina. Esas personas dicen [también] que un hombre pobre es aquel que no quiere nada. Lo interpretan de la siguiente manera: [dicen] que el hombre ha de vivir de modo tal que no cumpla nunca, en ningún caso, su voluntad. Más aún: que aspire a cumplir la queridísima voluntad de Dios. Esos hombres están bien encaminados porque su intención es buena, por eso hemos de elogiarlos. ¡Que Dios en su misericordia les dé el reino de los cielos! Mas yo digo, por la verdad divina, que esos hombres no son pobres ni se parecen a [los] pobres. Son considerados grandes en la opinión de aquellas personas que no conocen nada mejor. Mas yo digo que son asnos que nada entienden de la verdad divina. Puede ser que ellos, gracias a su buena intención, lleguen al reino de los cielos; pero de la pobreza de que hablaremos ahora, ellos no saben nada.

Si alguien me pregunta, pues, qué es un hombre pobre que no quiere nada, le contesto y digo así: Mientras el hombre todavía posee la voluntad de querer cumplir la queridísima voluntad de Dios, semejante hombre no tiene la pobreza de la cual queremos hablar, pues todavía tiene una voluntad con la que quiere satisfacer la voluntad de Dios, y esto no es pobreza genuina. Pues, si el hombre de veras ha de poseer [la] pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser. Porque os digo por la eterna verdad: Mientras tenéis la voluntad de cumplir la voluntad de Dios y deseáis [llegar] a la eternidad y a Dios, nos sois pobres; pues un hombre pobre es [sólo] aquel que no quiere nada ni apetece nada.

³ Vease la explicación de Quint (*op. cit.*, t. II, p. 509, n. 22) según la cual lo expresado por Eckhart “se refiere a la existencia pre-natal del hombre como idea en el *actus purus* del divino fondo existencial, en el que la idea del individuo es consubstancial con la divinidad y donde, en consecuencia, yo tampoco tenía ni conocía a un Dios”.

panteísmo”;⁹ aunque en últimas fechas el tiempo lo ha exonerado de ese cargo.

Como místico metafísico, o metafísico místico, y en palabras de Ramón Xirau, “el método del Maestro Eckhart procede, principalmente, por paradojas, imágenes, por vía negativa en cuanto al conocimiento de Dios”.¹⁰ Es algo muy típico del platonismo, sobre todo del neoplatonismo. Eso es verdad, pero nosotros matizaríamos lo que escribió Xirau y diríamos que Eckhart no renuncia del todo al lenguaje afirmativo, esto es, al uso de la analogía, al modo como lo hizo Santo Tomás, aquel “Frater Thomas” a quien se refiere Eckhart en su obra latina no sólo con un profundo respeto intelectual, sino con un aprecio de afinidad espiritual. Entre otros, Alain de Libera ha estudiado la aplicación que hace Eckhart de la analogía en su discurso sobre Dios.¹¹ Claro que es una aplicación limitada. Y, en todo caso, la analogía es un discurso preponderantemente negativo, es menos lo que tiene de afirmación que de negación. Sobre todo, no se olvide que, ya desde Aristóteles, se ponía a la metáfora como una de las formas de la analogía, uno de los modos en que ésta era dividida; y, si la metafísica aristotélica y escolástica se construye privilegiadamente con la analogía, tiene que hacer uso de las metáforas, entran en su metodología. Sobre todo al hablar del Absoluto.

En su discurso sobre Dios, a nadie como a Eckhart vemos resaltar tanto la diferencia del Creador con respecto a las creaturas, una distancia infinita. No en balde es el autor de unos *Discursos de la distinción* que lo han hecho paradigmático en la historia del pensamiento místico. Es uno de los grandes pensadores de la diferencia, tanto del Creador con respecto a la creatura como de los hombres entre sí. En una ocasión alguien le dijo que tenía envidia de su alma, tan bella, y que le hubiera gustado tenerla él. Pero Eckhart le replicó que eso no serviría, porque cada hombre es completamente diferente, y el alma de uno no se sentiría a gusto en el otro, pues le sería como una casa que no estaba hecha para él, o un traje que no le quedaba.¹²

Esta percepción de lo totalmente otro, este sentido tan fino de la diferencia, hizo a Eckhart enseñar el anonadamiento, la renuncia de

⁹ R. Xirau, *op. cit.*, p. 14.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹¹ A. de Libera, *Le problème de l'être chez Maître Eckhart: logique et métaphysique de l'analogie*, Ginebra-Lausana-Neuchâtel, Cahiers de la Revue de Théologie et Philosophie. 1980, pp. 37 y ss.

¹² J. Eckhart, “Legends”, en *Eckhart. A Modern Translation*. R.B. Blakney (ed.), Nueva York. Harper and Row, 941. p. 253.

sí mismo; no la renuncia de la propia dignidad humana, ni de la racionalidad que tiene el hombre como un don divino, sino la renuncia del egoísmo, de la soberbia, del orgullo, de la vanidad y el endiosamiento de la persona. Atreverse a no ser esclavo de la propia debilidad. Sólo renunciando al sí mismo se puede acceder al otro, tanto a Dios como al prójimo. En esta suerte de aniquilamiento, en el que no se anula el discurso en sí, sino que se lo obsequia y se lo rinde al misterio, el hombre se recupera a sí mismo; no sólo se deconstruye, se reconstruye. Ya no como egoísta, sino como aceptador de lo otro. Es lo que se expresa en un trozo de uno de los textos más hermosos de Eckhart:

A este respecto podemos referirnos también a la palabra pronunciada por Agustín: El alma tiene una entrada secreta a la naturaleza divina donde se le anonadan todas las cosas. En esta tierra la tal entrada no es sino el desasimiento puro. Y cuando el desasimiento llega a lo más elevado, se vuelve carente de conocimiento a causa del conocimiento, y carente de amor a causa del amor y oscura a causa de la luz. En este sentido podemos citar también lo dicho por un maestro: Los pobres en espíritu son aquellos que le han dejado a Dios todas las cosas, tal como las tenía cuando nosotros todavía no existíamos... Si tú me preguntas: ¿Qué es lo que Dios busca en todas las cosas? te contesto [con una cita] del *Libro de la Sabiduría*; allí dice: “¡Busco descanso en todas las cosas!” (Eclesiástico 24,11). Mas no hay descanso absoluto en ninguna parte con la única excepción del corazón desasido.¹³

Hay que notar que Eckhart aspira a un conocimiento, a una *gnosis*, pero no es la *gnosis* de los gnósticos, sino la *gnosis* de la que hablaba San Juan en su *Evangelio* y en su *Apocalipsis*. Así, aunque es conocimiento, es también amor. Conjunta en una especie de *synopsis* el concepto y el afecto, la luz y la sombra en una bruma iluminada, fusión del conocer y el desconocer. Esta *gnosis* es mística y metafísica, una metafísica de signo platónico. En efecto, recoge la interpretación que hiciera San Agustín del prólogo del *Evangelio* de San Juan, la metafísica del *logos*, que es el Verbo de Dios. Lo expresa diciendo que Dios crea mediante su Verbo o *logos* todas las cosas: “todas las cosas están enunciadas en la palabra eterna [en el Verbo o Hijo]”.¹⁴ El *logos* es concepto y palabra. Y la explicación de que tenga

LII¹

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum. [Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.]

La bienaventuranza abrió su boca de sabiduría y dijo: “Bienaventurados son los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5,3).

Todos los ángeles y todos los santos y todo cuanto ha nacido jamás, deben callarse cuando habla esta Sabiduría del Padre; porque toda la sabiduría de los ángeles y de todas las criaturas es pura necesidad ante la Sabiduría sin fondo de Dios. Esta ha dicho que los pobres son bienaventurados.

Ahora bien, hay dos clases de pobreza: una es una pobreza exterior y ésta es buena y muy elogiada en la persona que carga con ella voluntariamente, por amor de Nuestro Señor Jesucristo, porque Él mismo la soportó en esta tierra. De esta pobreza no quiero decir más. Pero existe otra pobreza, una pobreza interior respecto a la cual hay que entender la palabra de Nuestro Señor cuando dice: “Bienaventurados son los pobres en espíritu”.

Ahora os ruego que seáis igualmente [pobres] para [poder] comprender estas palabras; porque os digo por la verdad eterna: Si no os asemejáis a esta verdad, de la cual hablaremos ahora, no podréis comprenderme.

Algunas personas me han preguntado qué es la pobreza en sí misma y qué es un hombre pobre. Daremos, pues, la respuesta.

Dice el obispo Alberto² que un hombre pobre es aquel que no se contenta con todas las cosas creadas jamás por Dios... y está bien dicho. Mas nosotros lo diremos mejor aún, concibiendo la pobreza en

¹³ J. Eckhart. “Del desasimiento”, en *Obras alemanas, Tratados y sermones*. Barcelona, Edhasa, 1983, p. 251.

¹⁴ *Ibid.* p. 246.

¹ En un encabezamiento se lee: “De la pobreza suma”. El texto bíblico corresponde al Evangelio de la fiesta de Todos los Santos (1^o de noviembre).

² Albertus Magnus, *En. In Evang. Matth.* 5. 3.

un carácter metafísico es semejante al de las Ideas-Formas de Platón: si en él y por él fueron creadas todas las cosas, en él se contienen las Ideas ejemplares que las rigen, y de las cuales ellas participan el ser. En consecuencia, en ese *logos* o *Verbum* se contienen las formas ideales y esenciales de todas las cosas; en él se encuentran las razones de las cosas, del ser. Sólo por el conocimiento de él se puede acceder al conocimiento metafísico. El *logos* sería el centro y el objeto de la metafísica misma.

Tal es la metafísica neoplatónica y agustiniana de Eckhart (influida por el escolástico neoplatonizante de San Alberto Magno, con cuyos alumnos estudió nuestro místico). Esa metafísica tan rica y profunda nos lleva a hacer una reflexión sobre el amor a la vida que tenía Eckhart. Esto puede resultar sorprendente, pues suele pensarse que el místico desprecia la vida, al menos esta vida, para concentrar todas sus aspiraciones y deseos en la otra. Pero Xirau nos dice:

La obra de Eckhart es ante todo una lección de vida. La muestra de gran perspicacia en sus análisis ha hecho pensar a muchos, entre ellos a Erich Fromm, que la obra de Eckhart es una obra hecha de amor a la vida, una obra en la cual todo conduce a un mejor vivir honesto, hondísimo, lleno de modestia y seguro en la esperanza. ¿Habría que repetir que, como muchos grandes místicos, Eckhart fue un gran psicólogo? ¿Habría que recordar que su obra tuvo una influencia decisiva en la pintura de Van der Weyden y de Van Eyck?¹⁵

¿Qué sucede? Tal vez sea la ruptura de un mito. Es por amor a la vida que el místico renuncia a los placeres de este mundo; precisamente para no privarse de esa vida interior y espiritual de la que serían impedimento. Tal vez sea porque su gran amor a la vida le hace buscar, en el desarrollo del espíritu, los mejores aspectos de ésta, es decir, de la vida misma, pero buscando que ella se le dé en toda su plenitud. Y con ello está preparado para realizar la hermenéutica más profunda a la vez que elevada.

Algunas teorías interpretativas eckhartianas

Al comenzar a explicar el evangelio de San Juan, Eckhart declara las claves hermenéuticas de su comentario, cuando habla de la intención que lo anima al escribirlo. Vemos ya en eso dos cosas

¹⁵ R. Xirau, *op. cit.* p. 18.

notables. En primer lugar, alude a una intención del autor (*intentio auctoris*), que es él mismo, Eckhart, y a una intención de la obra (*intentio operis*), que es su propio texto y, por lo tanto, él mismo, como si fueran dos intenciones coincidentes. Tal vez pensaba que pudieran diferir, como en la teología de los sacramentos se distinguía el *ex opere operantis* (lo que resultaba de la obra y la intención del ministro) y el *ex opere operato* (lo que resultaba de la acción misma, independientemente de las intenciones y disposición del ministro) pero que aquí se reúnen y coinciden, no dejando lugar a que la intención del autor sea distinta a la intención del texto, según la célebre distinción de Umberto Eco.¹⁶ Y aun superándola, pues en Eckhart hay *intentio auctoris*, *intentio operis* e *intentio operantis*, que es el intérprete, y todas se unen en la *intentio operanti*, que es a acción textual efectuada por la interpretación.

En segundo lugar, su intención parece a primera vista demasiado desconcertante para estar en un ser espiritual. Uno esperaría encontrarla en un filósofo racionalista, pero no en un místico medieval, pues se trata de que “al exponer estas palabras [de San Juan] y las otras que siguen, la intención del autor, como en todos sus escritos, es exponer por las razones naturales de los filósofos las afirmaciones de la santa fe cristiana y de la Escritura en ambos Testamentos”.¹⁷ Esta explicación del texto revelado a la luz de los principios de la filosofía no se esperaría en Eckhart, si no se hubiera encontrado ya en otros teólogos, como en San Anselmo y en Raimundo Lulio, y es, en definitiva, como los medievales entendían la labor del teólogo: dar a los hombres de su tiempo el mensaje revelado, y, para dar ese mensaje se tenía que conocer la cultura de la época, y esa cultura estaba eminentemente contenida en la filosofía vigente. Continúa Eckhart:

Además, la intención de la obra es mostrar cómo las verdades de los principios, de las conclusiones y de las propiedades de las cosas de la naturaleza son claramente indicadas —“¡quien tenga oídos para oír [que oiga]!”— en esas mismas palabras de la Sagrada Escritura que se interpretan por esas cosas naturales. También se pondrán algunas interpretaciones morales.¹⁸

Por eso digo: Cuando el hombre da la espalda a sí mismo y a todas las cosas creadas,... en la medida en que procedas así, serás unido y hecho feliz en la chispa del alma que nunca jamás tocó ni [al] tiempo ni [al] espacio. Esta chispa renuncia a todas las criaturas y no quiere nada fuera de Dios desnudo, tal como Él es en sí mismo. No se contenta ni con el Padre ni con el Hijo ni con el Espíritu Santo ni con las tres personas [juntas] en cuanto cada una subsiste en su peculiaridad. Digo por cierto que esa luz tampoco se contenta con la uniformidad de la índole fructífera de la naturaleza divina. Diré algo más todavía que suena más sorprendente aún: Digo por la verdad buena y eterna y perpetua que esa misma luz no se contenta con la esencia divina simple [e] inmóvil, que ni da ni recibe, más aún ella quiere saber de dónde proviene esa esencia; quiere [penetrar] en el fondo simple, en el desierto silencioso adonde nunca echó mirada alguna la diferencia, ni [el] Padre ni [el] Hijo ni [el] Espíritu; en lo más íntimo que no es hogar para nadie. Allí *esa* luz se pone contenta y allí reside más entrañablemente que en sí misma, porque ese fondo constituye un silencio simple que es inmóvil en sí mismo; y esa inmovilidad mueve todas las cosas y [de ella] se reciben todas las vidas que viven [como] racionales en sí mismas.

Que la Verdad perpetua, de la cual acabo de hablar, nos ayude a vivir, así, racionalmente. Amén.

¹⁶ Cf. U. Eco, *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1192, pp. 29 y ss.

¹⁷ J. Eckhart, *Le commentaire de l'évangile selon Jean. Le prologue* (chap 1, 1-18), en A. de Libera. E. Wéber. E. Zum Brunn, *L'oeuvre latine de Maître Eckhart. t. 6*, Paris. Éditions du Cerf, 1989, n.2,

¹⁸ *Ibid.* n. 3.

fecundante en ese hombre que se ha entregado a Dios, ocupando el lugar más bajo.

Hoy, estando en camino para aquí, medité sobre cómo podría predicaros tan inteligiblemente que me comprendierais bien. Entonces se me ocurrió un símil y si lo comprendierais bien, comprenderíais el sentido en que pienso y la esencia de todos mis pensamientos sobre la cual he predicado desde siempre. Y el símil tenía que ver con mi ojo y con el madero: Cuando mi ojo se abre, es un ojo; cuando está cerrado es el mismo ojo, y a causa de la vista, el madero no gana ni pierde nada. ¡Ahora comprendedme bien! Si sucede, empero, que mi ojo es uno y simple en sí mismo y, una vez abierto, fija la vista en el madero, cada uno de ellos sigue siendo lo que es y, sin embargo, en el proceso visual ambos se hacen una sola cosa de modo que se puede decir en verdad: Ojo-madero, y el madero es mi ojo. Mas, si el madero fuera incorpóreo y puramente espiritual como la vista de mis ojos, se podría decir, con toda verdad, que en el procedimiento de mi vista el ojo y el madero se hallaban en un solo ser. Si eso es cierto con respecto a las cosas corpóreas, ¡cuánto más vale para las espirituales! Debéis saber que mi ojo tiene mucha más semejanza con el ojo de una oveja que se encuentra allende el mar y a la que nunca vi, de la que tiene mi ojo con mis oídos, con los cuales comparte la unidad del ser; y esto se debe al hecho de que el ojo de la oveja tiene la misma actuación que tiene, también, mi ojo; y por ello les atribuyo más solidaridad en su actuación que a mis ojos y mis oídos, ya que éstos se hallan separados en sus procedimientos.

A veces he hablado de una luz sita en el alma, que es increada y no creable. En mis prédicas siempre acostumbro a referirme a esa luz, y Dios recibe esa misma luz sin medio ni velo y desnudo tal como Él es en sí mismo; se trata de una acogida en el proceso del engendramiento. Entonces puedo decir de veras que esa luz tiene más unidad con Dios de la que tiene con cualquier potencia [del alma] con la cual es, sin embargo, una en la esencia. Porque debéis saber que esa luz no es más noble en la esencia de mi alma que la potencia más baja o más burda, como son el oído, o la vista u otras potencias susceptibles de sufrir hambre o sed, frío o calor; y esto se debe al hecho de que la esencia es uniforme. Las potencias [del alma], en cuanto uno las toma dentro de la esencia, son todas las mismas e igualmente nobles; mas, cuando las potencias se toman en su actuación, una es mucho más noble e insigne que otra.

Curiosamente, es una interpretación de la Biblia por la filosofía (parte neoplatónica parte aristotélica), de la fe por la razón y, en definitiva, de lo sagrado por lo profano. Pero no es por completo así, ya que la filosofía sólo aporta las herramientas para la interpretación, en cuanto que la filosofía contiene la semiótica y la hermenéutica en sí misma. La nota a ese último texto nos dice:

Se sabe que para Eckhart, *Comentario a Juan*. n. 444, alegando el Salmo 16,2: “de la misma fuente provienen la verdad y la enseñanza de la teología, de la filosofía natural, de la filosofía moral, de los saberes prácticos y teóricos, e incluso del derecho positivo”. Prolongando la invocación a las “razones naturales de los filósofos,..”, Eckhart afirma aquí los principios de un método exegético original fundado sobre el paralelismo de tres —y a veces de cuatro— órdenes: *divina, naturalia (artificialia) et moralia*. La “concordancia” de la teología con la filosofía de la naturaleza y/o la ética es un tema característico del *Comentario a Juan*.¹⁹

También usa Eckhart la interpretación de la Escritura por los varios sentidos, el literal y el figurado o metafórico. Es también con el lenguaje figurado como expone su experiencia:

El lenguaje de los espirituales se estructura de una parte a otra por la *metáfora*. La metáfora, como lo ha ilustrado brillantemente Paul Ricoeur, es un procedimiento de lenguaje que consiste en tomar apoyo en el sentido conocido de una expresión para torcerla y hacerla decir otra cosa distinta de la que se esperaba. El recurso repetido a este procedimiento parece dar figura a un mundo particular, inaccesible a partir de los solos sentidos primeros de las expresiones utilizadas. Es lo que Jean Ladrière llama “el carácter vectorial del símbolo”. Se trata ante todo de señalar hacia una realidad inédita más bien que describirla.²⁰

Eckhart hace profesión de metaforizar en sus sermones, para interpretar la Escritura y para comunicar su experiencia espiritual: “Como una estrella matutina en medio de la niebla”. Ahora me referirá a la palabrita ‘*quasi*’, que quiere decir ‘como’; los niños en la escuela la clasifican como ‘nombre adverbio’. He aquí aquello en lo

¹⁹ *Ibid.*, pp. 28-29.

²⁰ J.F. Malherbe, “Saisir Dieu en son vestiaire”. L’articulation théologique du sens chez Maitre Eckhart”, en *Laval théologique et philosophique*. 49, 1993, p.203.

que pienso en todos mis sermones”.²¹ Debido a este aprecio por la metáfora, Eckhart aprecia tanto la analogía como método de interpretación y de comunicación:

El conocimiento por analogía es un conocimiento “metafórico”, un conocimiento transportado de un registro hacia otro, de lo decible hacia lo indecible. Eckhart, por las imágenes que emplea y las redes de conceptos que utiliza pone en escena un universo místico que no nos es accesible más que por el trujamán de un discurso derivado, segundo. Este discurso es construido con expresiones que no tienen sentido, al comienzo, más que en el universo de un discurso primero, experiencial, imaginario o conceptual que nos es familiar y no supone ninguna relación necesaria con lo intentado por el discurso segundo.²²

Este trujamán que es el discurso segundo, el segundo texto, es el que en realidad hace hablar al primero, y engloba los procedimientos de simbolización y metaforización del texto bíblico que se encontraban en la exégesis espiritual, la de los cuatro sentidos de la Escritura: literal o histórico, tropológico o moral, alegórico o escatológico y anagógico o místico.

Aplicación de la experiencia religiosa interior a la hermenéutica: un ejemplo

Eckhart, que es uno de los principales paradigmas de la mística, ha sido visto como un hombre que se dedicó primordialmente a la experiencia religiosa interior, y que en la reflexión y sistematización de la misma cometió errores e imprecisiones que lo acercaron a la herejía. Hay que oponerse a esa idea simplista, y presentar a Eckhart como un potente metafísico. Esa falsa impresión se borra atendiendo a algunos pasajes del propio Eckhart, en los que se muestra sistemático, sólo que de manera diferente a lo usual, pues no es propiamente teórico abstracto, sino que se vale de alegorías para sintetizar su experiencia concreta. Hace, de otro modo, lo que Tomás de Aquino, formado igual que él, aunque antes, en el círculo de San Alberto Magno en Colonia. Este San Alberto Magno fue uno de los que introdujeron a Aristóteles en la escolástica medieval, pero todavía

XLVIII¹

Todas las cosas iguales...

Dice un maestro:² Todas las cosas iguales se aman con reciprocidad y se unen unas con otras, y todas las cosas desiguales se huyen y se odian unas a otras. Y ahora dice un maestro³ que no hay nada tan desigual entre sí como el cielo y la tierra. La tierra ha experimentado en su naturaleza que se halla alejada del cielo y [que le es] desigual. Por eso huyó de él hasta el lugar más bajo y por eso la tierra es inmóvil para no aproximarse al cielo. Este, en su naturaleza, notó que la tierra huyera de él ocupando el lugar más bajo. Por lo tanto se derrama totalmente, de manera fecundante, sobre la tierra, y los maestros opinan que el cielo ancho y extenso no se reserva ni el anchor de la punta de una aguja, sino que engendra a sí mismo sin restricciones, y de modo fecundante, en la tierra. Debido a ello se dice que la tierra es la criatura más fértil por entre todas las cosas sujetas al tiempo.

De la misma manera digo yo respecto a aquel hombre, que se ha anonadado a sí mismo, en sí mismo y en Dios y en todas las cosas: ese hombre ha ocupado el lugar más bajo y Dios tiene que verterse completamente en él, o... no es Dios. Digo por la verdad buena, eterna y perpetua, que Dios tiene que verterse del todo y de acuerdo con toda su capacidad, en cualquier hombre que haya renunciado a sí mismo hasta el fondo, y [Dios ha de hacerlo] de manera tan completa que no se reserve nada de toda su vida ni de todo su ser ni de su naturaleza ni de toda su divinidad, sino que debe verterlo del todo y de manera

¹ El subtítulo no figura ni en la versión medieval ni en la traducción al aho alemán moderno de Quint. Aparece, empero, en el índice de la edición crítica. Atribución: “El Maestro Eckhart dice” y “un sermón del Maestro Eckhart”. El encabezamiento de uno de los manuscritos reza: “Una enseñanza buena y casi breve, basada en un símil por el cual se puede comprender propiamente el sentido y el fundamento de todos los sermones del Maestro Eckhart, según los cuales generalmente acostumbra a predicar”. Quint (*op. cit.*, t. II, p. 412) supone que el sermón tal vez fue dictado en Colonia, por lo cual se lo debería fechar en los últimos años de la vida de Eckhart.

² Entre varias posibilidades. Quint opina que es posible o hasta verosímil que Eckhart haya pensado en Thomas, *Summa theologiae*, I-II, q. 29, a 1.

³ Cf. Maimonides, *Dux neutrorum*, II, c. 27, y Aristóteles, *De caelo et mundo*, *passim*.

²¹ Eckhart, “Sermón IX”, en *Obras alemanas, Tratados y sermones*, *op.cit.*, p.342.

²² J. F. Malherbe, *op. cit.*, p. 203.

se une con [el] espíritu. Mirad, por esta razón es *Señor y Espíritu*, para que nos haga bienaventurados en la unión con Él.

Hay una pregunta que es difícil de contestar: ¿Cómo es posible que el alma soporte sin morir cuando Dios la aprieta dentro de sí? Digo: Todo cuanto Dios le da, se lo da dentro de Él por dos razones: una es que, si le diera alguna cosa fuera de Él, ella la rechazaría. La otra [es que] ella, por el hecho de que le dé [algo] dentro de Él [lo] puede recibir y soportar en lo que es de Él y no de ella: porque lo de Él pertenece a ella. Cuando Ella ha sacado de lo de ella, lo de Él tiene que pertenecer a ella, y lo de ella es, en sentido propio, lo de Él. Así es capaz de mantenerse en la unión con Dios. Éste es el “Espíritu del Señor” que ha “llenado la órbita de la tierra”.

Ahora bien, por qué se llama “órbita de la tierra” el alma, y cómo ha de ser el alma que habrá de ser elegida, eso no ha sido expuesto. Mas, a este respecto, recordad lo siguiente: así como Él es *Señor y Espíritu*, así nosotros debemos ser *tierra* espiritual y *una órbita* que ha de ser *llenada* por el *Espíritu del Señor*.

Rogamos a nuestro querido Señor que se nos llene así con este espíritu que es *Señor y Espíritu*. Amén.

fue muy platónico en muchas de sus doctrinas.²³ Da la impresión de que Tomás heredó el aristotelismo de Alberto y Eckhart heredó su platonismo.

Donde se puede ver de una manera más clara eso es en una pieza retórica y hermenéutica a la vez, en ella Eckhart relata y resume lo más granado y principal de su experiencia mística. Es también aquí donde lo vemos poner en práctica su exégesis analógica o mística. Se trata de un sermón sobre el tema del hombre noble, esto es, sobre aquella parábola del Evangelio de San Lucas (19,12 y ss.), donde se dice que “un hombre noble fue a un país lejano para ser coronado rey”, y se narran sus dificultades y su triunfo. A partir de esas sencillas palabras, con sólo esa frase (“un hombre noble fue a un país lejano para ser coronado rey”), Eckhart despliega su sistema. Vemos aquí actuar la hermenéutica eckhartiana en esta interpretación en la que aplica su doctrina del desasimiento o renunciación, que ya hemos referido. Eso de que el hombre se va a un país lejano para ser coronado, lo cual implica gran alegría, lo interpreta Eckhart como el que hay que renunciar gozosamente a sí mismo; gozosamente porque es una gran alegría dejarlo todo para poseer todas las cosas, pues no poseer nada equivale a tenerlo todo. En esto consiste que el hombre noble haya salido a un país lejano para ser rey. Ya comienza Eckhart a ser sistemático, al menos en alguna medida, esto es, de manera movediza y elástica, si se quiere, pero busca algo de sistema al fin y al cabo. Y aquí vemos a Eckhart vertebrar su experiencia en la aniquilación de sí mismo para recobrar enriquecido. Por eso insiste en que con las palabras “un hombre noble fue a un país lejano para ser coronado rey” se significa que el hombre sale de sí mismo, es decir, renuncia a sí mismo y así “de veras será devuelto a sí mismo”.²⁴ Un hombre que sale de sí mismo se llena del Misterio, de la divinidad misma; pero no sólo de la bondad divina de la que aspira ser receptáculo, sino también de la unidad divina, que se encuentra más allá de la divinidad misma, Con frases arriesgadas y un tanto extremas, Eckhart proclama:

Todas las criaturas han emanado de la voluntad de Dios, Si yo fuera capaz de aspirar solamente a la bondad de Dios, esta voluntad sería tan noble que el Espíritu Santo emanaría inmediatamente de ella. Todo bien emana de la superabundancia de la bondad divina. Ah sí, y

²³ M. Beuchot. “El espíritu y la obra de San Alberto Magno”, en *Cuadernos Dominicanos*. núm. 3, México, 1978, pp 1-35.

²⁴ J. Eckhart, “Semón XV”, en *Obras alemanas, Tratados y sermones. op. cit.*, p. 393.

la voluntad de Dios me gusta solamente en la unidad, allá donde se halla la quietud de Dios para la bondad de todas las creaturas, [y] donde descansa ella [la bondad] como su último fin, y todo cuanto alguna vez obtuvo ser y vida; allá debes amar al Espíritu Santo tal como es allá en la unidad; no en Él mismo sino allá donde se lo saborea únicamente junto con la bondad divina. Tal hombre retorna más rico que cuando salió». ²⁵

De hecho, así el hombre que salió a un país lejano, esto es, que salió de sí mismo, ha sido coronado rey, rey de sí mismo, y ha sido restituido a sí mismo en el sentido más propio.

Aquí se conecta Eckhart con toda la construcción teológica de la Edad Media y con la metafísica neoplatónica, con ese pensamiento que trata de aprehender lo inaprehensible y de pronunciar lo inefable: por eso es una construcción humilde, no pretenciosa ni ostentosa, y por eso se pronuncia con una expresión recatada, casi en voz baja. Precisamente este hombre noble del que hablamos lo es —según Eckhart— por su humildad, y el humilde es una sola cosa con el Absoluto, pues hace todo lo que Él le manda; hace además todo lo que Dios hace, e incluso es lo que Dios es, y Dios mismo le obedece, así que donde está él también está Dios; ese hombre llega a embeberse de la esencia divina. Eckhart exclama: “Ah sí, por Dios: si este hombre estuviera en el infierno, Dios tendría que reunirse con él en el infierno, y el infierno tendría que ser para él un paraíso”. ²⁶ La experiencia de Eckhart es gozosa a pesar de los sufrimientos, en medio de las tribulaciones. Porque, en su unión con Dios, el hombre se allega a las imágenes o ideas ejemplares de las cosas, que están en la mente divina, y en ellas conoce todo y gusta de todo el ser. Frente a esas ideas de corte platónico, el hombre es el microcosmos, todas las cosas son conocidas y gustadas por él de manera excelsa en la contemplación del interior de su ser.

En la línea que hemos señalado, de la metafísica neoplatónica eckhartiana, curiosamente el mismo Eckhart atribuye a Aristóteles una visión platonizante. En el mismo sermón dice que el estagirita planeó escribir un libro sobre todas las cosas, la *Metafísica*, es decir, sobre el macrocosmos y sobre el microcosmos, que es el hombre. Y sobre este último, Aristóteles decía, según Eckhart, que su forma sustancial le hacía compartir su ser con todas las creaturas, con las irracionales y

sol ahí donde se irradia sobre un árbol u otra cosa, pero no se la puede aprehender dentro del [sol]. Mirad, lo mismo sucede con los dones divinos; hay que medirlos según [sea] quien habrá de recibirlos y no de acuerdo con quien los da.

Dice un maestro: ⁷ Dios es la medida de todas las cosas, y un hombre, en cuanto alberga en su fuero intimo una mayor parte de Dios, tanto más sabio, noble y mejor es que el otro. Tener más de Dios no es otra cosa que asemejarse más a Dios; cuanto más semejanza con Dios hay en nuestro interior, tanto más espirituales somos. Dice un maestro: ⁸ Donde terminan los espíritus más bajos, allí comienzan las cosas corporales más elevadas. Todo esto quiere decir: Como Dios es espíritu, por eso es más noble la cosa más insignificante que es espíritu, que lo más elevado que es corpóreo. En con secuencia el alma es más noble que todas las cosas corpóreas por nobles que sean. El alma fue creada como en un punto entre [el] tiempo y [la] eternidad, tocando a ambos. Con las potencias más elevadas toca la eternidad, pero con las potencias inferiores, el tiempo. Mirad, de tal manera obra en el tiempo, no según el tiempo sino según la eternidad. Esto lo tiene de común con los ángeles. ⁹ Dice un maestro: El espíritu es un trineo que lleva la vida a todos los miembros a causa de la gran unión que el alma tiene con el cuerpo. A pesar de que el espíritu sea racional y realice toda la obra que se efectúa en el cuerpo, no se debe decir: Mi alma conoce o hace esto o aquello, sino que hace falta expresar: Yo hago o conozco esto o aquello a causa de la gran unión que hay entre ambos; porque los dos juntos son un solo hombre. Si una piedra recogiera en sí el fuego, obraría de acuerdo con la potencia del fuego; mas, cuando el aire recoge en si la luz del sol, no aparece ninguna luz fuera del aire [alumbrado]. Ello se debe a la penetrabilidad que éste tiene para con la luz; aun cuando en una milla [de espacio] cabe más aire que en media [milla]. Mirad, me atrevo a decir, y es verdad: Debido a la gran unión que tiene el alma con el cuerpo, el alma es tan perfecta en el miembro más insignificante como en todo el cuerpo. Con referencia a ello dice Agustín: ¹⁰ Si [ya] es tan grande la unión existente entre cuerpo y alma, es mucho más grande la unión en la cual [el] espíritu

⁷ Véase Averroes, *Met.*, X, com. 7; y Thomas *Summa theologiae*, I, q.3, a.5; ad-2.

⁸ Cf. Dionysius Areopagita, *De div. nom.*, c.7, & 3.

⁹ Quint (*op. cit.*, t. II, p. 405. n. 1) repite lo explicado por él en otra parte: “El alma no tiene en común con los ángeles la eternidad, sino el hecho de que en el tiempo obre con miras a la eternidad”.

¹⁰ Se remite a Augustinus. *De trinitate*, VIII. c. 7.

²⁵ *Ibid.*, p. 394.

²⁶ *Ibid.*, p. 395.

habría más diferencia que la [existente] entre el engendrar y lo nacido inmediatamente. Mirad, en Dios no es así, ya que en Él no hay ni tiempo ni espacio; por eso, ellos [= el Padre y el Hijo] son uno en Dios y [allí] no hay otra distinción que [la existente] entre el derramar y el derramamiento.

“El Espíritu del Señor.” ¿Por qué se llama *Señor*?... A fin de que nos llene. ¿Por qué se llama *Espíritu*?.. A fin de que nos una consigo. [El] señorío se conoce por tres cosas. Una consiste en que él [=el señor] es rico. Es rico aquello que lo tiene todo sin insuficiencia alguna. Soy un hombre y soy rico, pero por eso no soy otro [=segundo] hombre. Si yo fuera todos los hombres, no sería, empero un ángel. Mas, si yo fuera ángel y hombre, no sería, sin embargo, todos los ángeles. Por eso, nada es verdaderamente rico, a excepción de Dios que mantiene encerradas en sí, con simplicidad, todas las cosas. De ahí que pueda dar en todo momento: éste es el otro aspecto de la riqueza. Dice un maestro⁶ que Dios se ofrece a todas las criaturas para que cada una tome cuanto quiera. Yo digo que Dios se me brinda como al más elevado de los ángeles, y si yo estuviera tan dispuesto como éste, recibiría lo mismo que él. Os he dicho también varias veces que Dios desde la eternidad se ha comportado como si se esforzara por hacerse agradable al alma. El tercer aspecto de la riqueza consiste en que se da sin esperar reciprocidad; pues quien da algo por alguna cosa, no es completamente rico. Por eso, la riqueza de Dios se demuestra por el hecho de que da con gratuidad todos sus dones. De ahí que dice el profeta: “Yo le dije a mi Señor: Tú eres mi Dios porque no necesitas de mis bienes” (Salmo 15,2). Sólo Él es *Señor* y *Espíritu*. Digo que es *Espíritu* nuestra bienaventuranza consiste en que nos una consigo. Lo más noble que opera Dios en todas las criaturas es [el] ser. Mi padre, si bien me da mi naturaleza, no me da mi ser; a éste lo produce exclusivamente Dios. Por ello, todas las cosas que existen, tienen un placer razonable por su ser. Observad por lo tanto que —como ya he dicho en varias ocasiones sin que se me haya interpretado correctamente— Judas en el infierno no querría ser otro que en el reino de los cielos. ¿Po? Pues, si hubiera de ser distinto, debería aniquilarse en lo que es en esencia. Esto no puede suceder, porque [el] ser no reniega de sí mismo. El ser del alma es susceptible del influjo de la luz divina, mas no tan pura ni clara como Dios puede darla, sino en una envoltura. Es cierto que se ve la luz del

con los ángeles. Y, así como los ángeles conocen todas las cosas en sus imágenes prototípicas o ideas ejemplares, y encuentran un gran gozo en ellas, así también el hombre. Pues bien, aquí Eckhart está llamando al hombre a trascender esa experiencia hacia una contemplación de las cosas y de Dios más allá de las ideas, sin imágenes, en la más absoluta simplicidad, con una alegría igual o mayor que la de los ángeles cuando contemplan todo esto; pero hay que buscarla allí donde tenía que llegar el hombre noble que emprendió el viaje, esto es, en el propio interior, “en el fondo del alma, allí donde el fondo de *Dios* y el fondo del alma son un solo fondo. Cuanto más uno te busque, tanto menos te encontrará. Debes buscarlo de manera tal que no lo halles en ninguna parte. Si no lo buscas, lo encontrarás”. Y termina diciendo: “Que Dios nos ayude a buscarlo de modo tal que permanezcamos eternamente junto a Él, amén”.²⁷ Ha llegado a leer sin palabras, sin imágenes y sin conceptos, la realidad directa de las cosas en sus Ideas, y a entrever en su hermenéutica el misterio de Dios.

Vemos, pues, que aun cuando el místico busca el silencio, cuando llega a Dios dialoga con Él de la manera más perfecta. El místico, como en el caso de Eckhart, no renuncia a hablar. Y habla con gozo a su Dios y de su Dios. Comparando esto con el lenguaje, en sus escritos sobre teología negativa, en la actualidad Jacques Derrida llega a decir que, así como se piensa a Dios necesario, hay que pensar necesario también al lenguaje; por eso es una necesidad hablar, no callar. No quedarse callado incluso ante el misterio. Por eso el místico habla, aunque sea balbuciendo, tartamudeando. Y Derrida añade algo muy impresionante, cuando dice que la filosofía de nuestra época, aun cuando hable de las cosas de aquí, se va pareciendo cada vez más a esta teología negativa, más o menos analógica, que fue la que usaron los místicos para hablar.²⁸

Reflexión

La hermenéutica de Eckhart es una hermenéutica de la vía negativa, incardinada en la analogía. De esa vía negativa dice Derrida:

²⁷ *Ibid.*, p. 399.

²⁸ Cf. J. Derrida, *Sobre un tono apocalíptico adoptado recientemente en filosofía*. México, Siglo XXI, 1994; véase también el “postscriptum” a. H. Coward – T. Foshay (eds.), *Derrida and Negative Theology*, Albany, State University of New York Press, 1992, pp. 283 y ss.

⁶ Se remite a Alcher de Cairvaux. *De spiritu et anima*, c. 6, y a Dionysius Areopagita, *De div. nom.*, c.5, & 2.

Dios es el bien que trasciende el bien y el ser que trasciende el ser. Esta “lógica” es la del “sin”... en las citas del maestro Eckhart que cita a San Agustín (“Dios es sabio *sin* sabiduría, bueno *sin* bondad, potente *sin* potencia”) o a San Bernardo (“Amar a Dios es un modo *sin* modo”). En la negatividad sin negatividad de estos enunciados sobre una trascendencia que no es nada diferente y completamente diferente de lo que ella trasciende podríamos reconocer un principio de desmultiplicación de las voces y de los discursos, de desapropiación y de reapropiación de los enunciados, pareciendo los más lejanos los más próximos y recíprocamente.²⁹

De esta manera un enunciado esconde a otro, o remite a otro, o cita a otro, en una cadena que no parece terminar, semejando una interpretación infinita. Pero Eckhart ponía en juego muchas voces en sus exégesis, la de la misma Biblia, las de los Santos Padres, las de los filósofos, las de los teólogos, como en una inmensa metáfora o alegoría del ser que iba más allá del ser, que de alguna manera lo negaba pero también lo afirmaba tímidamente; lo mostraba pero también lo decía, casi balbuciendo; lo apuntaba pero lo escondía:

Hablar para mandar no hablar, decir lo que Dios no es y que *es* un no-Dios. ¿Cómo entender la cópula del ser qué articula este habla singular y esta orden de callarse? ¿Dónde tiene su lugar? ¿Dónde tiene lugar? Ella es el lugar, el lugar de esta escritura, esta huella (dejada en el ser) de lo que no es, y la escritura de ese lugar. Éste no es más que un lugar de paso, más precisamente un umbral. Pero un umbral, esta vez, para acceder a lo que no es ya un lugar. Subordinación, relativización del lugar, consecuencia extraordinaria: el lugar es el ser. Lo que se encuentra reducido a la condición de umbral es el ser mismo, el ser como lugar. Sólo un umbral, pero un lugar sagrado, el atrio del templo.³⁰

Por este trasponer el umbral del ser de los entes, es por lo que dice Derrida que Eckhart, al igual que todos los teólogos negativos, los místicos, no incurre en la acusación de onto-teología que hacía Heidegger a los teólogos, está más allá. Tampoco incurriría en la acusación de Wittgenstein de decir lo indecible con medios del lenguaje ordinario sin más. No hay un decir ordinario de estas cosas trascendentales, metafísicas. Hay un decir distinto, que usa al lenguaje

²⁹ J. Derrida, “Cómo no hablar. Denegaciones”. *En Anthropos*, suplementos. núm. 13, marzo de 1989, p. 19.

³⁰ *Ibid.*, p. 22.

XLVII¹

Spiritus domini replevit orbem terrarum etc.

[El Espíritu del Señor llenó el orbe de la Tierra, etc.]

“El espíritu del Señor ha llenado la órbita de la tierra” (Sab. 1,7). Dice un maestro:² Todas las criaturas llevan en si un distintivo de naturaleza divina, de la cual se derraman de manera tal que querrían obrar según la naturaleza divina de que han fluido. Las criaturas se derraman de dos modos. El primer modo de derramamiento se realiza en su raíz, así como el árbol surge de las raíces. El otro modo de derramamiento se realiza de una manera unitiva. Mirad, así [también] el derramamiento de la naturaleza divina, se opera de dos modos, Un derramamiento es el del Hijo desde el Padre: se realiza al modo de un nacimiento. El otro derramamiento se hace de modo Unitivo en el Espíritu Santo; este derrame se da por el amor del Padre y del Hijo: éste es el Espíritu Santo, pues ambos se aman mutuamente en Él. Mirad, tal hecho lo prueban todas las criaturas [en el sentido] de que han emanado, fluyendo de la naturaleza divina, y en sus obras llevan un rasgo de ello. A este respecto dice un maestro griego³ que Dios contiene a todas las criaturas como si fuera por medio de una rienda a fin de que obren a su semejanza. Por eso, la naturaleza opera en todo momento con miras a lo más elevado que es capaz de hacer. La naturaleza no querría producir sólo al hijo, y si le fuera posible, produciría al padre. Y por ende, si la naturaleza obrara de manera atemporal, no tendría defectos contingentes. A esto se refiere un maestro griego cuando dice:⁴ Como la naturaleza obra en el tiempo y en el espacio, se distinguen el hijo y el padre. Dice un maestro:⁵ Un carpintero que construye una casa, la tiene prefigurada en su fuero íntimo; y si la madera obedeciera con suficiencia a su voluntad, [la casa] existiría tan rápido como él quisiera; y si no hubiera materia, no

¹ Atribuciones: “Fray Eghart” y “El Maestro Ekhart dice”. En un encabezamiento se dice: “En el santo día de Pentecostés”. El texto bíblico está tomado de *Introito* de Pentecostés.

² Boethius, *De trinitate*.

³ En las obras latinas de Eckhart se remite a Averroes, *Met.*, XII, com. 18.

⁴ Cf. Aristóteles, *Ars reth.*, l. c. 4; *De gen. et corr.* l. t. 51.

⁵ En las obras launas de Eckhart se remite a Avicenna, *De an.*, c. 1.

ordinario pero lo transforma, lo metaforiza, lo analogiza. Y es que su expresión apuntaba al ser más allá del ser, pero desde el ser que era el mismo Eckhart.

Sobre todo, hay algo que Derrida recalca mucho en Eckhart, su iluminada conciencia de que el mundo es un texto. Dice Eckhart: “El alma es más fuerte cuanto más elevada se halla sobre las cosas terrestres. Quien no llegara a conocer nada más que criaturas, no necesitaría reflexionar nunca sobre sermón alguno, pues toda criatura está llena de Dios y es un libro”.³¹ Derrida comenta:

En su necesidad pedagógica y su virtud iniciadora, el sermón suple no tanto el Verbo, que no tiene ninguna necesidad de aquél, sino la incapacidad de leer en el “libro” auténtico que somos, en tanto que criaturas, y la adverbialidad que tendríamos que ser justo por eso. Ese suplemento de adverbialidad, el sermón, debe llevarse a cabo y orientarse (como se orienta uno con la estrella matutina) mediante la oración o la invocación del Dios trinitario.³²

Hay una imagen aquí que recorre, a través de Eckhart, toda la Edad Media, la del mundo como escritura, la de las criaturas como libro, según puede encontrarse en Alano de Insulis y en Tomás de Aquino. Pero aquí es un tanto diferente, pues para Eckhart el libro es sobre todo cada hombre, cada hombre es un libro interminable, por el carácter de infinitas posibilidades de cada quien. El libro en que se puede leer es cada hombre, uno mismo y el prójimo; libro el prójimo, en el que leemos la presencia de Dios, y libro uno mismo, escrito por Dios, aunque tachoneado por nuestra libertad en nuestra historia, pero libro al fin y, en última instancia, escritura de Dios.

³¹ J.Eckhart, sermón “Quasi stella matutina”, en *Obras alemanas. Tratados y sermones, op.cit.*, p.343.

³² J.Derrida, art. cit., p.20.

Advertencia a la antología

Los textos que hemos seleccionado para esta antología han sido tomados de J. Eckhart, *Obras alemanas. Tratados y sermones*, traducidos por la profesora Ilse M. de Brugger (Barcelona, Edhasa. 1983). Nos ha parecido que contiene las traducciones más exactas y con mayor conocimiento del tema. Ella ha seguido las mejores ediciones alemanas, especialmente las de Josef Quint.³³ Creemos que esto la hace la traducción más recomendable para proveemos de los textos eckhartianos que hemos querido reunir en esta antología.

Mauricio Beuchot

acendrado: [o sea] la Verdad. He dicho algunas veces —¡y, por favor, fijaos en la palabra!- que esta fuerza está tan libre y tan empeñada en elevarse que no sufre ninguna coacción. El fuego del amor permanece dentro de la voluntad.

Él dice, pues: “¡que vuestros pensamientos” y todas las potencias “sean conocidos ante el Señor con agradecimiento o súplicas!” Si el hombre no tuviera otro trato con Dios fuera de estar agradecidos sería suficiente.

Que Dios nos ayude para que nos alegremos eternamente en el Señor y cerca del Señor en la Verdad y para que nuestros pensamientos sean conocidos por Él y nosotros le estemos agradecidos por todo lo bueno, y para que seamos bienaventurados en Él. Amén.

³³ Meister Eckhart, *Deutsche Predigten und Traktate*, Munich, Hanser, 1963.

PLÁTICAS INSTRUCTIVAS¹

Éstas son las pláticas que el vicario de Turingia, el prior de Erfurt, fray Eckhart de la Orden de los predicadores, mantuvo con aquellos hijos [espirituales] que reunidos con él para las colaciones le preguntaban muchas cosas durante estas pláticas

1. De la verdadera obediencia

La obediencia verdadera y perfecta es una virtud por sobre todas las virtudes y sin ella no puede haber, ni ser realizada, ninguna obra por grande que sea; y [por otra parte] por pequeña e insignificante que sea una obra, si se la hace en verdadera obediencia, es más útil que decir misa, asistir a ella, rezar, contemplar o hacer cualquier cosa que te puedas imaginar. Torna, en cambio, una acción lo menos valiosa que quieras, sea lo que fuere: la verdadera obediencia te la ennoblece y la mejora. La obediencia opera siempre lo mejor de lo mejor en todas las cosas. Ella, por cierto, no estorba ni descuida nunca lo que se haga, en ninguna cosa que surja de la verdadera obediencia, ya que no descuida

preocupéis más, el Señor está acá y cerca!”. El alma que ha de alegrarse en el Señor, debe abstenerse, necesariamente, de cualquier preocupación, por lo menos en el momento en que se entrega a Dios. Por eso dice: “¡No os preocupéis, el Señor está acá, cerca de vosotros!”. Esto quiere decir en nuestro fondo más íntimo, siempre y cuando Él nos encuentre en casa y el alma no haya salido de paseo con los cinco sentidos. El alma debe estar recogida en su fondo más íntimo y en su punto más elevado y puro, permaneciendo siempre adentro sin mirar hacia fuera; entonces “Dios está acá y Dios está cerca”.

El otro enunciado reza: “El Señor está acá”. Él está consigo mismo⁴ y no se aleja. Ahora bien, dice David: “¡Señor, alegra a mi alma porque la he elevado hacia ti!” (Salmo 85,4). El alma se debe elevar por encima de sí misma con toda su fuerza y ha de ser llevada por encima del tiempo y del espacio hacia la vastedad y la extensión, allí donde Dios está consigo y cerca de sí mismo y no se aleja ni toca nada ajeno. Dice Jerónimo: Tan [im]posible como es que una piedra tenga sabiduría angelical, tan [im]posible es que Dios se dirija alguna vez al tiempo o a las cosas temporales. Por eso dice: “El Señor está acá cerca”. David afirma: “Dios está cerca de todos cuantos lo alaban y lo enuncian y lo nombran haciéndolo en la verdad” (Cf. Salmo 144,18). Paso por alto el modo cómo se lo ataba y enuncia y nombra; [me refiero] más bien a que él dice: “en la verdad”. ¿Qué es [la] verdad? Sólo el Hijo es *la Verdad* y no [lo son] ni el Padre ni el Espíritu Santo, excepto en cuanto son *una sola Verdad* en su esencia.⁵ Es verdad cuando revelo lo que llevo en mi corazón y lo pronuncio con la boca, tal cual lo albergo en mi corazón, sin hipocresía ni ocultamiento. Tal revelación es [la] verdad. Por eso, el Hijo solo es la Verdad. Todo cuanto el Padre tiene y puede realizar, lo dice íntegramente en su Hijo. Esta revelación y este efecto son verdad. Por eso dice [David]: “en la verdad”.

Ahora bien, dice san Pablo: “¡Alegraos en el Señor!” y luego agrega: “¡Que vuestros pensamientos sean conocidos ante Dios!”, esto quiere decir: en esta Verdad [Verdad=Hijo] cerca del Padre. La fe queda pegada a la luz del entendimiento, la esperanza a la fuerza esforzada que tiende todo el tiempo hacia lo más elevado y lo más

⁴ Juego de palabras que no parece imitable: “*der herre ist bi*”. *Er isr bi im selben*.

⁵ Quint (*op. cit.*, t. II, p. 166, n. 3) explica esta frase, diciendo que “sólo el Hijo como Verbo del Padre es la *revelación* verídica de la esencia del Padre, tal como la palabra pronunciada por la boca es verdad cuando revela sin hipocresía ni encubrimiento aquello que albergo en mi corazón”.

¹ Se trata de la primera obra en alemán de Eckhart que poseernos; fue escrita entre 1294 y 1298. Para el título alemán: “*Dic rede der underscheidung*” observa Quint ((ed.) *Meister Eckhart. Deutsche Predigten und Traktate*, Munich. Hanser, 1963, t. V, p. 312); “Me parece [...] que con *die rede* se traduce el término técnico que en latín se llama *collationes* y que significa reuniones vespertinas de conversación”. Como la palabra *colaciones* (*in collationibus*) aparece después en el subtítulo hemos preferido usar el término “pláticas” para el título. Debe señalarse además que en este contexto *underscheidung* en alemán significa “enseñanza, instrucción”. El editor (Quint, *op. cit.*, t. V, p. 171) observa: “Me parece asegurada la autoría de Eckhart para las *Pláticas instructivas*, si bien un Eckhart que se presenta en estas colaciones de manera distinta a la de sus sermones alemanes y latinos”. Si bien es cierto que el contenido no es de naturaleza especulativo-mística, sino de índole práctico-moral, se evidencian en estas colaciones ya varios de los rasgos particulares de Eckhart, el místico.

Quint (*ibid.*, p. 178) observa que el estilo parece ser el reflejo de conversaciones improvisadas y (*ibid.*, p. 177) señala que hay un interrogante imposible de contestar con evidencia. Es la pregunta de si en el texto la estructura de capítulos y los títulos provienen de Eckhart o se remontan a un escriba que posteriormente, acaso bajo la supervisión de Eckhart, arregló las anotaciones de cada una de las colaciones orales.

ningún bien. La obediencia jamás ha de preocuparse y tampoco le falta ningún bien.

Allí donde el hombre, en obediencia, sale de su yo y se deshace de lo suyo, justamente allí Dios, a su vez, debe entrar por fuerza; pues cuando alguien no quiere nada para sí, Dios tiene que querer en su lugar, de la misma manera que para Él mismo.

Cuando me he desasido de mi voluntad [poniéndola] en manos de mi prelado,² y cuando no quiero nada para mí mismo, entonces Dios debe querer en mi lugar y si, al hacerlo, descuida alguna cosa para mí, la descuida al mismo tiempo para Él mismo. Así sucede con todas las cosas: donde yo no quiero nada para mí, Dios quiere en mi lugar. Ahora, ¡presta atención! ¿Qué es lo que Él quiere para mí si yo no quiero nada para mí? En todo aquello en que yo me despojo de mi yo, Él debe querer forzosamente todo cuanto quiere para sí mismo, ni más ni menos; y del mismo modo que lo quiere para Él. Y si Dios no lo hiciera —por la verdad que es Dios—, Dios no sería justo ni sería Dios, lo cual es su ser natural.

En la verdadera obediencia no se ha de encontrar ningún “lo quiero así o asá” o “esto o aquello”, sino tan sólo un perfecto desasimiento de lo tuyo. Y por lo tanto, en la mejor de las oraciones que el hombre sea capaz de rezar, no se debe decir ni “¡Dame esta virtud o este modo!”, ni “¡Ah sí, Señor, dame a tí mismo o la vida eterna!”, sino solamente: “¡Señor, no me des nada fuera de lo que tú quieras y haz, Señor, lo que quieres y como lo quieres de cualquier modo!” Esta [oración] supera a la primera como el cielo a la tierra. Y si alguien reza así, ha rezado bien: cuando en verdadera obediencia ha salido de su yo para adentrarse en Dios. Y así como la verdadera obediencia no debe saber nada de “Yo quiero”, tampoco habrá de oírse nunca que diga: “Yo no quiero”; porque “yo no quiero” es un verdadero veneno para toda obediencia. Como dice San Agustín:³ “Al leal servidor de Dios no se le antoja que le digan o den lo que le gustaría escuchar o ver; pues su anhelo primero y más elevado consiste en escuchar lo que mas le gusta a Dios”.

XXXIV¹

Gaudete in domino, iterum gaudete etc.

Alegraos en el Señor, de nuevo alegraos, etc.

San Pablo dice: “Alegraos todo el tiempo en el Señor y no os preocupéis más; el Señor está cerca; que vuestros pensamientos sean conocidos ante Dios con agradecimiento y súplicas” (cf. Fil. 4,4 y ss.).

Ahora bien, él dice: “¡Alegraos!” Jerónimo dice: Nadie puede recibir de Dios saber, sabiduría y alegría sin ser un hombre bueno. Quien no ha cambiado su conducta anterior, no es un hombre bueno; no puede recibir de Dios saber, sabiduría y alegría... Él dice, pues: “¡Alegraos en el Señor!” No dijo: en Nuestro Señor, sino: “en el Señor”. Ya he dicho varias veces que el poderío de Dios no consiste sólo en que es el Señor de todas las criaturas; antes bien, su poder consiste en que podría crear mil mundos en tanto que Él seguiría flotando por encima de ellos en su esencia pura: en esto reside su poder.

Pues bien, él dice: “¡Alegraos en el Señor!” Ahí distinguimos dos palabritas.² La primera dice que uno ha de mantenerse continuamente “en el Señor” sin buscar fuera de Él nada que sea conocimiento y placer. Sólo entonces uno se alegra en el Señor. La otra palabrita es: “¡Alegraos en el Señor!”, en su intimidad más honda y en su ser primario del cual reciben todas las cosas, mas Él no [recibe] de nadie... Ahora dice: “Alegraos en el Señor todo el tiempo!” Los maestros señalan que dos horas no pueden ser simultáneas, ni tampoco dos días. San Agustín dice:³ Se alegra todo el tiempo quien se alegra sin tiempo, y él [San Pablo] dice: “¡Alegraos todo el tiempo!”, esto quiere decir: por encima del tiempo; y “¡No os

² “‘Prelado’ se refiere al prior del convento... El pasaje demuestra que Eckhart se dirigió con sus *Pláticas instructivas* a una congregación” (*ibid.*, p. 314).

³ Cf. Augustinus, *Confessiones* t. X, c. 26, n. 37. Las indicaciones relativas a lo dicho por los maestros o también a determinada personalidad, provienen todas de la obra de Quint; fueron precisadas por él o por otros eruditos. Cuando falta la indicación no se ha podido hallar la fuente.

¹ Atribución: “S’ <er>mo m<agist>ri Ekhardi”. Según varios encabezamientos el texto corresponde a la epístola del cuarto domingo de adviento; ahí se encuentra en la epístola del antiguo misal de los dominicos.

² “Palabritas” equivale, según recalca Quint (*op cit.*, t. II. p. 161, n. 3 a los dos significados de la cita anterior.

³ Quint cita como parecido a “esta supuesta cita”. Augustinus. *Confessiones* XI, c. 13, n. 16.

2. De la oración más vigorosa de todas y de la obra más sublime

La oración más vigorosa y casi todopoderosa para obtener todas las cosas, y la obra más digna ante todas, es aquella que procede de un ánimo libre. Cuanto más libre sea éste, tanto más vigorosas, dignas, útiles, elogiables y perfectas serán la oración y la obra. El ánimo libre es capaz de hacer todas las cosas.

¿Qué es un ánimo libre? Un ánimo libre es aquel que no se perturba por nada ni está atado a nada, ni tiene atado lo mejor de sí mismo a ningún modo, ni mira por lo suyo en cosa alguna sino, que está abismado completamente en la queridísima voluntad de Dios, luego de haberse despojado de lo suyo. El hombre no puede ejecutar jamás una obra, por insignificante que sea, sin que ésta reciba su fuerza y virtud de tal [disposición].

Uno ha de rezar con tanto vigor que desearía que todos los miembros y potencias del hombre, la vista como los oídos, la boca, el corazón y todos los sentidos, estuvieran dirigidos hacia esta [finalidad]; y no se debe terminar antes de sentir que uno está por unirse con Aquel a quien tiene presente, dirigiéndole su súplica, esto es: Dios.

3. De las personas no desapegadas que están llenas de propia voluntad

La gente dice: “Ah sí, señor, me gustaría que yo también estuviese en tan buenas relaciones con Dios y que tuviera tanta devoción y tanta paz para con Dios como otras personas y querría que me pasara lo mismo [que a ellos] o que fuera igualmente pobre” o: “conmigo las cosas nunca irán bien con tal de que no esté allá o acullá o haga así o asá, tengo que vivir en el extranjero o en una ermita o en un convento”.

De veras, en todo esto se manifiesta tu yo y ninguna otra cosa. Es tu propia voluntad por más que no lo sepas o no te parezca así: en tu fuero íntimo no surge nunca ninguna discordia que no provenga de la propia voluntad, no importa si se la nota o no. En todos nuestros pareceres de que el hombre debería huir de esa cosa y buscar otra — por ejemplo, esos lugares y esas personas y esos modos o esa multitud o esa actuación—, en todo esto la culpa de la perturbación no la tienen los modos [de proceder] ni las cosas: quien te perturba eres tú mismo

a través de las cosas, porque te comportas desordenadamente frente a ellas.

Por ende, comienza primero contigo mismo y ¡renuncia a ti mismo! De cierto, si no huyes primero de tu propio yo, adondequiera que huyas encontrarás estorbos y discordia, sea donde fuere. La gente que busca la paz en las cosas exteriores, sea en lugares o en modos o en personas o en obras, o en el extranjero o en la pobreza o en la humillación, por grandes que sean o lo que sean, todo esto no es nada, sin embargo, y no da la paz. Quienes buscan así, lo hacen en forma completamente equivocada: cuanto más lejos vayan, tanto menos encontrarán lo que buscan. Caminan como alguien que pierde el camino: cuanto más lejos va, tanto más se extravía. Pero entonces, ¿qué debe hacer? En primer término debe renunciar a sí mismo, con lo cual ha renunciado a todas las cosas. En verdad, si un hombre dejara un reino o todo el mundo, y se quedara consigo mismo, no habría renunciado a nada. Ah sí, cuando el hombre renuncia a sí mismo —no importa la cosa que retenga, riquezas, honores o lo que sea— entonces ha renunciado a todo.

Respecto a las palabras de San Pedro cuando dijo: “Mira. Señor, hemos renunciado a todo” (Mateo 19,27) —y sin embargo, no había dejado nada más que una simple red y su barquito— advierte un santo⁴ diciendo: Quien renuncia voluntariamente a lo pequeño, no sólo renuncia a esto sino que deja todo cuanto la gente mundana puede obtener y hasta aquello que [sólo] puede apetecer. Pues, quien renuncia a su voluntad y a sí mismo, ha renunciado tan efectivamente a todas las cosas como si hubieran sido de su libre propiedad y él las hubiese poseído con pleno poder. Porque aquello que no quieres apetecer, lo has entregado y dejado todo por amor de Dios. Por ello dijo Nuestro Señor: “Bienaventurados son los pobres en espíritu” (Mateo 5,3), o sea, en la voluntad. Y nadie debe dudar de esto: si existiera un modo mejor, Nuestro Señor lo habría mencionado, así como dijo también: “Quien me quiere seguir que se niegue primero a sí mismo” (Mateo 16,24); de esto depende todo. Presta atención a ti mismo; y allí donde te encuentras a ti, allí renuncia a ti; esto es lo mejor de todo.

Ahora bien, Él dice: “lo que he escuchado”. El hablar del Padre es su *engendrar*, el *escuchar* del Hijo es su *nacer*. Él dice pues: “Todo cuanto he escuchado de mi Padre”. Ah sí, todo cuanto ha escuchado de su Padre desde la eternidad, nos lo ha revelado sin ocultarnos nada de ello. Digo yo: Y si hubiera escuchado mil veces más, nos lo habría revelado sin ocultarnos nada de ello. Así también nosotros, no le debemos ocultar nada a Dios; debemos revelarle todo cuanto somos capaces de ofrecer [le]. Porque, si reservaras algo para ti, perderías en igual proporción parte de tu eterna bienaventuranza, ya que Dios no nos ha ocultado nada de lo suyo. Estas palabras les parecen difíciles a algunas personas. Pero, por ello, nadie ha de desesperarse. Cuanto más te entregues a Dios, tanto más Dios, a su vez, se te dará Él mismo; cuanto más te despojes de ti mismo, tanto mayor será tu eterna bienaventuranza. El otro día, cuando rezaba mi Padrenuestro, que Dios mismo nos enseñara, pensé: Cuando decimos “¡Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad!” (Mateo 6, 10), le rogamos siempre a Dios que nos despoje de nosotros mismos.

Esta vez ya no hablaré de la tercera palabrita donde dice: “Os he elegido —saciado [saciado]— tranquilizado [tranquilizado] —confirmado [confirmado]— para que vayáis y deis fruto y el fruto permanezca con vosotros” (Cf. Juan 15,16). Mas ese fruto nadie lo conoce sino Dios solo.

Y que la eterna Verdad de la cual he hablado, nos ayude para que obtengamos ese fruto. Amén.

⁴ Santo: en algún texto se habla de San Jerónimo. Sin embargo, parece más convincente —según señala Quint (op. cit., p. 317)— atribuir la cita a Gregorius M., *Homiliae in Evangelia*, 1, hom. 5. n. 2. También se ha hecho referencia a Augustinus, *Enarrationes in Psalmos*, CIII, sermo 3. n. 16.

yo tengo que amar, pero yo no sé amar! Sobre este [punto] se expresa Nuestro Señor muy acertadamente cuando le dijo a San Pedro: “¿Pedro, me amas?” —“Señor, tú sabes muy bien que te amo” (Cf. Juan 21,15). Si tú me lo has dado, Señor, te amo; si no me lo has dado, no te amo.

Ahora prestad atención a la segunda palabrita, allí donde dice: “Os he llamado mis amigos, porque os he revelado todo cuanto he escuchado de mi Padre” (Juan 15,15). Observad, pues, que Él dice: “Os he llamado mis amigos”. En el mismo origen donde surge el Hijo —allí donde el Padre enuncia su Verbo eterno— y del mismo corazón surge y emana también el Espíritu Santo.⁶ Y si el Espíritu Santo no hubiera emanado del Hijo, no se habría conocido ninguna diferencia entre el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando prediqué, pues, en el día de la Trinidad,⁷ pronuncié en latín la [siguiente] palabrita: Que el Padre había dado a su Hijo unigénito todo cuanto es capaz de ofrecer —toda su divinidad, toda su bienaventuranza— sin reservarse nada para sí mismo. Entonces surgió una pregunta: ¿Le dio también su peculiaridad? Y yo contesté: ¡Así es!, porque la paterna peculiaridad de engendrar no es otra cosa que Dios, y yo acabo de decir que Él no se ha reservado nada para sí. De cierto digo: La raíz de la divinidad la enuncia totalmente en su Hijo. Por ello dice San Felipe: “¡Señor, muéstranos al Padre y nos basta!” (Juan 14,8). Un árbol que da frutos, empuja sus frutos hacia fuera. Quien me da el fruto, no me da [necesariamente] el árbol. Pero quien me da el árbol y la raíz y el fruto, me ha dado más. Ahora bien, Él dice: “Os he llamado mis amigos” (Juan 15,15). De cierto, en el mismo nacimiento en el cual el Padre engendra a su Hijo unigénito y le da la raíz y toda su divinidad y toda su bienaventuranza, y no se reserva nada para sí, en este mismo nacimiento nos llama amigos suyos. Si bien tú no oyes ni entiendes nada de ese hablar, existe, sin embargo, una potencia en el alma —de aquélla hablé cuando prediqué aquí el otro día—⁸ esta [potencia] se halla completamente desapegada y del todo pura en sí misma y [tiene] íntimo parentesco con la naturaleza divina: en esta potencia [el hablar] se entiende. De ahí que Él diga muy acertadamente: “Por ello os he revelado todo cuanto he escuchado de mi Padre” (Juan 15,15).

⁶ Según el *Symbolum Nicaeno-Constantinopolitanum* el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Quint (*op. cit.*, t. II, p. 51, n. 2) considera que Eckhart, usa una expresión abreviada, y remite también a Thomas, *Summa theologiae*, I, q. 36, a. 2.

⁷ En el *Sermo II* de la obra latina.

⁸ Quint opina que se refiere al sermón XXVI.

4. De la utilidad del desasimiento que uno debe realizar interior y exteriormente

Has de saber que en esta vida nunca hombre alguno se ha desasido de sí mismo sin haber descubierto que debe desasirse más aún. Son pocas las personas que reparan bien en este hecho y perseveran en tal [actitud]. Se trata de un trueque equivalente y un negocio justo: hasta donde sales de todas las cosas, hasta ahí, ni más ni menos, entra Dios con todo lo tuyo, siempre y cuando en todas las cosas abandones completamente lo tuyo. Comienza tú a hacerlo y permite que te cueste todo cuanto eres capaz de rendir. Ahí y en ninguna otra parte encontrarás la verdadera paz.

La gente nunca debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; tendrían que meditar más bien sobre lo que son. Pues bien, si la gente y sus modos fueran buenos, sus obras podrían resplandecer mucho. Si tú eres justo, también tus obras son justas. Que no se pretenda fundamentar la santidad en el actuar; la santidad se debe fundamentar en el ser, porque las obras no nos santifican a nosotros sino que nosotros debemos santificar a las obras. Por santas que sean las obras, no nos santifican en absoluto en cuanto obras: sino en cuanto somos santos y poseemos el ser, en tanto santificamos todas nuestras obras, ya se trate de comer, de dormir, de estar en vigilia o de cualquier cosa que sea. Quienes no tienen grande el ser, cualquier obra que ejecuten, no dará resultado. Sabe por lo dicho que uno tiene que cifrar todo su empeño en ser bueno y no [insistir] tanto en lo que uno hace o en la índole de las obras, sino en cómo es el fundamento de las obras.

5. Observa qué es lo que hace buenos al ser y al fundamento

He aquí la razón debido a la cual son perfectamente buenos el ser y el fundamento existencial del hombre [y] de donde las obras humanas adquieren su bondad: [consiste] en que la mente del hombre esté orientada únicamente hacia Dios. Pon todo tu esfuerzo en que Dios se haga grande para ti y que todos tus afanes y empeños se dirijan hacia Él en todas tus acciones y en todo cuanto dejas de hacer. De cierto, cuanto mayor sea este [esfuerzo], tanto mejores serán todas tus obras, cualquiera que sea su índole. Mantente apegado a Dios y Él te añadirá todo el ser-bueno. Busca a Dios, entonces hallarás a Dios y todo lo bueno. Ah sí, en verdad, con semejante disposición de ánimo podrías pisar una piedra [y] sería una obra más aceptable para Dios que si

recibieras el Cuerpo de Nuestro Señor y al hacerlo hubieses puesto tus miras más bien en lo tuyo y tu intención fuera menos desasida. Quien se apega a Dios, a éste se apegan Dios y cualquier virtud. Y aquello que tú buscabas anteriormente, ahora te busca a ti; aquello tras lo cual corrías tú, ahora corre detrás de ti y aquello de que huías, ahora huye de ti. Por eso: quien se apega estrechamente a Dios, a éste se le apega todo cuanto es divino y huye de él todo cuanto es desigual y ajeno a Dios.

6. Del desasimiento y de la posesión de Dios

Me hicieron la siguiente pregunta: Que algunas personas se aislaban rigurosamente de los hombres y les gustaba estar siempre solos y de ahí provenía su paz así como del hecho de que se hallaban en la iglesia ¿si esto era lo mejor? Entonces dije: “¡No!” Y ¡presta atención porque [no es así]! Quien está bien encaminado en medio de la verdad, se siente a gusto en todos los lugares y con todas las personas. Mas, quien anda mal, se siente mal en todos los lugares y entre todas las personas. Pero aquel que anda por buen camino, en verdad lleva consigo a Dios: Mas, aquel que bien [y] en verdad posee a Dios, lo tiene en todos los lugares y en la calle y en medio de toda la gente exactamente lo mismo que en la iglesia o en el desierto o en la celda; con tal de que lo tenga en verdad y solamente a Él, nadie podrá estorbar a semejante hombre.

¿Por qué? Porque posee únicamente a Dios y pone sus miras sólo en Dios, y todas las cosas se le convierten en puro Dios. Semejante hombre lleva consigo a Dios en todas sus obras y en todos los lugares, y todas las obras de este hombre las opera sólo Dios; pues, la obra pertenece más propia y verdaderamente a quien es causa de ella que a quien la ejecuta. Si concentramos, pues, nuestra vida pura y exclusivamente en Dios, Él, en verdad, habrá de hacer nuestras obras y nadie, ni la muchedumbre ni el lugar, son capaces de detenerlo en sus obras. Resulta, pues, que a tal hombre nadie lo puede estorbar porque no ambiciona ni busca ni le gusta nada fuera de Dios; porque Él se une con el hombre en todas sus aspiraciones. Y así como ninguna multiplicidad lo puede distraer a Dios, así nada puede distraer ni diversificar a este hombre ya que es uno solo en lo Uno, donde toda multiplicidad es una sola cosa y una no-multiplicidad.⁵

⁵ Traducimos por no-multiplicidad la palabra acuñada por Eckhart: *unvermanicvaltecheit*.

acendrado, tan desnudo en sí mismo que no pienses en nada ni ames cosa alguna fuera de [la] bondad y de Dios.

Pues bien, Él dice: “como os he amado”. ¿Cómo nos ha amado Dios? Nos amaba cuando [todavía] no existíamos y cuando éramos sus enemigos. Nuestra amistad le hace tanta falta a Dios que no puede esperar hasta que se lo imploremos: viene a nuestro encuentro y nos pide que seamos sus amigos, pues nos solicita que anhelemos ser perdonados por Él. Por ello, Nuestro Señor dice muy acertadamente: “Esta es mi voluntad que oréis por los que os hacen daño” (cf. Lucas 6,28). Debemos tomar muy en serio la oración por los que nos hacen daño. ¿Por qué?... Para cumplir la voluntad de Dios [en el sentido] de que no esperemos hasta que nos rueguen a nosotros, deberíamos decir [más bien]: “¡Amigo, perdóname por haberte entristecido!” Y deberíamos tornar igualmente en serio la virtud: cuanto mayor fuera el esfuerzo, tanto mayor debería ser nuestro empeño en [conseguir] la virtud. Del mismo modo, tu amor ha de ser uno solo porque [el] amor no quiere estar sino allí donde hay igualdad y unidad. Entre un patrono y un siervo suyo no hay paz, porque ahí no hay igualdad. Una mujer y un hombre son desiguales entre sí, mas en el amor son bien iguales. Por eso, la Escritura dice muy acertadamente que Dios tomó a la mujer de la costilla y del costado del varón (Génesis 2,22), y no de la cabeza ni de los pies; porque donde hay dos, hay [un] defecto. ¿Por qué?... Porque lo uno no es lo otro, pues este *no* que produce diferenciación, no es sino amargura ya que en ese caso no hay paz. Si tengo una manzana en la mano, entonces es placentera para mi vista, mas a la boca se la priva de su dulzura. En cambio, si la como, le quito a mi vista el placer que me da. De este modo pues, dos no pueden existir juntos por que uno [de ellos] ha de perder su ser.

Por ende, dice Él: “Amaos los unos a los otros”, esto quiere decir: el uno en el otro, Sobre este punto la Escritura se expresa muy hermosamente. San Juan dice: “Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (1 Juan 4,16). ¡Ah sí, lo dice con gran acierto! [Pues], si Dios permaneciera en mí y yo no permaneciese en Dios, o si yo permaneciera en Dios pero Dios no permaneciese en mí, no habría nada más que discordia.

Mas, si Dios permanece en mí y o en Dios, yo no valgo menos y Dios no es más elevado. Ahora podríais decir: ¡Señor, tú dices que

¡Ahora prestad atención! ¿Qué es lo que quiere decir cuando toma tan en serio el hecho de que amemos? Quiere decir que el amor con el cual amamos, debe ser tan acendrado, tan desnudo, tan desasido, que no se debe inclinar ni hacia mí ni hacia mi amigo ni hacia [ninguna cosa] a su lado. Dicen los maestros⁵ que no se puede llamar obra buena a ninguna obra buena, ni virtud a ninguna virtud, si no se hacen por amor. [La] virtud es tan noble, tan desasida, tan acendrada, tan desnuda en sí misma que no conoce nada mejor que a sí misma y a Dios.

Él dice, pues: “Este es mi mandamiento”. Cuando alguien me manda [hacer] algo que me resulta dulce, que me es útil y en lo cual reside mi felicidad, entonces me agrada mucho. Cuando tengo sed, la bebida es la que me manda [beber]; cuando tengo hambre, la comida es la que me manda [comer]. Y lo mismo hace Dios; ah sí, [Él manda hacer] cosas tan dulces que todo este mundo no puede ofrecer nada igual. Y quien una sola vez ha probado esta dulzura, de veras, tan poco como Dios es capaz de dar la espalda a su divinidad, tan poco puede semejante hombre desviar su amor de [la] bondad y de Dios; ah sí, le resulta más fácil desasirse de sí mismo y de toda su bienaventuranza y [luego] permanecer con su amor junto a [la] bondad y junto a Dios.

Ahora dice Él: “Que os améis los unos a los otros”. ¡Oh, ésta sería una vida noble, sería una vida bienaventurada! ¿No sería una vida noble si cada uno se fijara tanto en la paz de su prójimo como en su propia paz, y su amor fuera tan desnudo y tan acendrado y tan desapegado en sí mismo que no tuviera otra meta que [la] bondad y Dios? Si se preguntara a un hombre bueno: “¿Por qué amas a [la] bondad?” —“¿Por amor de [la] bondad!” “¿Por qué amas a Dios?” —“¿Por amor de Dios!” Y si las cosas son así, que tu amor es tan acendrado, tan desasido, tan desnudo en sí mismo que no amas nada fuera de [la] bondad y de Dios, entonces es una verdad segura que todas las virtudes obradas jamás por todos los hombres, te pertenecen tan completamente como si tú mismo las hubieras obrado, y ello de modo más acendrado y mejor, porque el hecho de que el Papa es Papa, a él le produce a menudo gran trabajo, [mas] tú posees esa virtud de manera más pura y desapegada y con tranquilidad, y ella te pertenece más a ti que a él, siempre y cuando tu amor sea tan

El hombre debe aprehender a Dios en todas las cosas y ha de acostumbrar a su ánimo a tener siempre presente a Dios en ese ánimo y en su disposición y en su amor. Observa cuál es tu disposición hacia Dios cuando te encuentras en la iglesia o en la celda: esta misma disposición consévala y llévala contigo en medio de la muchedumbre y de la intranquilidad y de la desigualdad. Y —como ya he dicho varias veces— cuando se habla de igualdad no se afirma que todas las obras o todos los lugares o toda la gente tengan que considerarse como iguales. Esto sería un gran error, porque rezar es una obra mejor que hilar y la iglesia es un lugar más digno que la calle. Debes conservar, empero, en todas tus obras un ánimo y una confianza y un amor hacia Dios y una seriedad siempre iguales. A fe mía, si estuvieras así equilibrado, nadie te impediría tener presente a tu Dios.

Pero en quien Dios no vive tan de veras, sino que le hace falta, continuamente, aprehender a Dios desde fuera en esta cosa y en aquélla, y sí busca a Dios de manera despareja, ya sea en las obras, o entre la gente, o en [determinados] lugares, éste no posee a Dios. Y fácilmente habrá alguna cosa que lo estorbe a semejante hombre porque no posee sólo a Dios y no busca ni ama ni aspira sólo a Él; y por ello no lo estorban únicamente las malas compañías sino también las buenas y no sólo la calle sino también la iglesia, y no sólo las palabras y obras malas, sino también las palabras y obras buenas, porque el impedimento se halla dentro de él, ya que Dios, en su fuero íntimo, no se le ha convertido en todas las cosas. Pues, si fuera así, estaría contento y a gusto en todos los lugares y con todas las personas porque él poseería a Dios y a Este nadie se lo puede quitar ni estorbarlo en su obra.

¿En qué consiste entonces, esta verdadera posesión de Dios de modo que uno lo tenga en verdad? Esta verdadera posesión de Dios depende de la mente y de una entrañable [y] espiritual tendencia y disposición hacia Dios, [y] no de un continuo y parejo pensamiento [cifrado] en Dios; porque esto sería para la naturaleza una aspiración imposible; sería muy difícil y además no sería ni siquiera lo mejor de todo. El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él, pues cuando se desvanece el pensamiento, también se desvanece ese Dios. Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas. Este Dios no se desvanece, a no ser que el hombre voluntariamente se aparte de Él.

⁵ Cf. *ibid.*, I-II, q. 62, a. 4.

Quien posee a Dios así, en [su] esencia, lo toma al modo divino, y Dios resplandece para él en todas las cosas; porque todas las cosas tienen para él sabor de Dios y la imagen de Dios se le hace visible en todas las cosas. Dios reluce en él en todo momento, y en su fuero íntimo se produce un desasimiento libertador y se le imprime la imagen de su Dios amado [y] presente. Es como en el caso de un hombre que sufre agudamente de verdadera sed: puede ser que haga algo que no sea beber, y también podrá pensar en otras cosas, pero haga lo que hiciere y esté con cualquier persona, cualesquiera que sean sus empeños o sus ideas o sus acciones, mientras perdure la sed no le pasará la representación de la bebida y cuanto mayor sea la sed tanto más fuerte y penetrante y presente y constante será la representación de la bebida. O quien ama una cosa ardientemente [y] con todo fervor, de modo que no le gusta ninguna otra ni lo afecta en el corazón fuera de ésta [la amada], y sólo aspira a ella y a nada más: de veras, a este hombre, dondequiera y con quienquiera que esté o cualquier cosa que emprenda o haga, nunca se le apagará en su fuero íntimo aquello que ama tan entrañablemente, y en todas las cosas hallará justamente la imagen de esa cosa y la tendrá presente con tanta más fuerza cuanto más fuerte sea su amor. Semejante hombre no busca [la] tranquilidad porque ninguna intranquilidad lo puede perturbar. Este hombre merece un elogio mucho mayor ante Dios porque concibe a todas las cosas como divinas y más elevadas de lo que son en sí mismas. De veras, para esto se necesita fervor y amor y [hace falta] que se cifre la atención exactamente en el interior del hombre y [que se tenga] un conocimiento recto, verdadero, juicioso [y] real de lo que es el fundamento del ánimo frente a las cosas y a la gente. Esta [actitud] no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, que exteriormente huya de las cosas y vaya al desierto; al contrario, él debe aprender [a tener] un desierto interior dondequiera y con quienquiera que esté. Debe aprender a penetrar a través de las cosas y a aprehender a su Dios ahí dentro, y a ser capaz de imprimir su imagen [la de Dios] en su fuero íntimo, vigorosamente, de manera esencial. Comparémoslo con alguien que quiere aprender a escribir: de cierto, si ha de dominar este arte, tiene que ejercitarse mucho y a menudo en esta actividad, por más penoso y difícil que le resulte y por imposible que le parezca; si está dispuesto a ejercitarse asiduamente y con frecuencia, lo aprenderá y dominará este arte. A fe mía, primero tiene que fijar sus pensamientos en cada letra individual y grabársela muy firmemente en la memoria. Más tarde, cuando domina el arte, ya no le hacen falta en absoluto la representación de la

XXVII¹

Hoc est praeceptum meum ut' diligatis invicem, sicut dilexi vos. [Este es mi precepto: que os améis unos a otros, como yo os he amado.]

He pronunciado en latín tres palabritas que están escritas en el Evangelio. La primera palabrita la dice Nuestro Señor: “Este es mi mandamiento de que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Juan 15,12). En segundo lugar dice: “Os he llamado mis amigos, pues todo cuanto he escuchado alguna vez de mi Padre, os lo he revelado” (Juan 15,15). En tercer lugar dice: “Os he elegido para que vayáis y deis fruto y que el fruto permanezca en vosotros” (Juan 15,16).

Ahora fijaos en la primera palabrita, cuando El dice: “Este es mi mandamiento”. Sobre ello diré una palabrita para que “permanezca con vosotros”. “Este es mi mandamiento de que améis.” ¿Qué quiere decir al mandar: “que améis”? Quiere decir una palabrita en la cual debéis fijaros: [El] amor es tan acendrado, tan desnudo, tan retraído en sí mismo que los maestros más destacados dicen² que el amor con el que amamos, es el Espíritu Santo. Hubo algunos³ dispuestos a contradecirlo. Pero, siempre es verdad lo siguiente: en todo movimiento por medio del cual somos inducidos a amar, no nos mueve nada que no sea el Espíritu Santo. [El] amor en lo más acendrado, en lo más retraído, en sí mismo no es sino Dios. Dicen los maestros⁴ que la meta por la cual el amor opera todas sus obras, es [la] bondad, y la bondad es Dios. Así como mi ojo no puede hablar ni mi lengua conocer el color, así tampoco [el] amor puede inclinarse hacia ninguna otra cosa que no sea [la] bondad y Dios.

¹ Encabezamiento: “Para el día de Santiago”. El texto de Juan 15,16 se halla en el gradual de la misa de la fiesta del apóstol San Jacobo, el mayor (25 de julio). Juan 15,12 a 16 figuraba en el antiguo misal de los domingos en el *Commune apostolorum* como texto del Evangelio.

² Eckhart se refiere, entre otros, a Petrus Lombardus (*Sent.*, I, d. 17, c. 1, n. 143) quien, a su vez, remite a Augustinus (*De trinitate*, XV).

³ Thomas, *Summa theologiae*, II, q. 23, a. 2.

⁴ Véase, por ejemplo, Thomas, *Summa theologiae*, t. I-II, q. 27, a. 1.

imagen ni la reflexión; entonces escribe despreocupada y libremente... Y lo mismo sucede cuando se trata de tocar el violín o de cualquier otra obra que ha de realizar con habilidad. A él le basta perfectamente saber que quiere poner en práctica su arte; y aun cuando no lo haga en forma continuamente consciente, ejecuta su tarea gracias a su habilidad sean los que fueren sus pensamientos.

Del mismo modo el hombre debe estar compenetrado de la presencia divina y ser configurado a fondo con la forma de su Dios amado y hacerse esencial en Él de modo que le resplandezca el estar presente [de Dios] sin esfuerzo alguno y más aún: que logre desnudarse de todas las cosas y que se mantenga completamente libre de ellas. Para conseguirlo se necesita, al comienzo, de la reflexión y de un atento ejercicio de la memoria, tal como [le hacen falta] al alumno en [el aprendizaje de] su arte.

7. Cómo el hombre debe ejecutar sus obras de la manera más sensata

Hay algo que se halla en mucha gente y el hombre, si quiere, lo alcanza con gran facilidad: consiste en que las cosas con las que tiene que habérselas no lo estorban ni proyectan en él ninguna representación fija; pues allí donde el corazón rebosa de Dios, las criaturas no pueden tener ni encontrar lugar alguno. Pero no debemos contentarnos con esto; debemos aprovechar en gran medida todas las cosas, sea lo que fuere, estemos donde estemos, veamos o escuchemos lo que sea, por extraño y poco apropiado que nos resulte. Sólo entonces estamos bien y no antes, y en esto el hombre nunca debe llegar a un fin sino que puede crecer en ello sin cesar y lograr cada vez más en un progreso verdadero.

Y en todas sus obras y en todas las cosas el hombre ha de usar atentamente su entendimiento y en todas ellas debe tener inteligente conciencia de sí mismo y de su interioridad y aprehender a Dios en todas las cosas de la manera más sublime que sea posible. Pues, el ser humano debe ser tal como dijo Nuestro Señor: “¡Habéis de ser semejantes a hombres que a toda hora están despiertos y esperan a su señor!” (Lucas 12,36). A fe mía, la gente que espera así, está alerta y mira alrededor suyo [para ver] de dónde viene aquel a quien están esperando y lo aguardan en todo cuanto suceda por extraño que les resulte, [pensando] si acaso no se halla ahí. Nosotros debemos, de la misma manera, mirar conscientemente todas las cosas por [si se

esconde en ellas] Nuestro Señor, Necesariamente hace falta mucha diligencia para tal [empeño], y uno no debe ahorrar gastos, dando todo cuanto puedan rendir los sentidos y potencias. Al proceder así, la gente estará bien y aprehenderán a Dios de igual modo en todas las cosas y siempre encontrarán en ellas a Dios en la misma medida.

Es cierto que una obra es distinta de la otra; pero si alguien hiciera sus obras con una disposición de ánimo siempre igual, de veras, sus obras serían todas iguales; y si estuviera bien encaminado, habiéndose posesionado de Dios de dicha manera, para este [hombre] Dios resplandecería, sin duda, tan de-veladamente en la [obra] mundana como en la más divina. Pero esto no ha de entenderse, a fe mía, en el sentido de que el hombre mismo debiera hacer una cosa mundana o incorrecta, sino que ha de orientar hacia Dios todas las cosas externas que le traen la vista y el oído. Quien de tal manera tiene presente a Dios en todas las cosas y quien domina y usa su entendimiento en lo más elevado, sólo éste conoce la verdadera paz y posee el legítimo reino de los cielos.

Pues, a aquel que ha de estar bien encaminado, le debe suceder una de dos cosas: o tiene que aprender a tomar y retener a Dios en las obras, o debe dejar todas las obras. Pero, como el hombre en esta vida no puede estar sin actividades, ya que éstas pertenecen al *ser-hombre*, y se dan en múltiples formas, le hace falta aprender a poseer a su Dios en todas las cosas y no sentir impedimentos en ninguna obra ni lugar alguno, y por ende: cuando el principiante tiene que obrar alguna cosa junto a otras personas, ha de cerciorarse con firmeza de Dios, colocándolo fijamente en su corazón y uniendo a Él todas sus aspiraciones y sus pensamientos, su voluntad y sus fuerzas de modo que en este hombre no pueda configurarse la imagen de ninguna otra cosa.

8. De la aplicación perseverante en el más elevado progreso

El hombre nunca ha de tener una opinión tan buena de una obra, ni debe ejecutarla [considerándola] tan acertada, que en ningún momento se sienta tan libre y seguro de sí mismo en las obras, que su entendimiento en ningún instante se vuelva ocioso o se duerma. Debe elevarse sin interrupción con las dos potencias: el entendimiento y la voluntad, y al hacerlo aprehender en grado sumo lo mejor de todo para él, y debe cuidarse con prudencia de que exterior e interiormente

(Lucas 14,20). El alma, cuando está dirigida hacia Dios, es enteramente varón. Cuando el alma se dirige hacia abajo, se la llama mujer; mas cuando uno llega a conocer a Dios en su propio fuero íntimo y busca a Dios en casa de uno, entonces ella [el alma] es varón. Ahora bien, en la Vieja Alianza estaba prohibido que ningún hombre se pusiera vestimenta de mujer, ni las mujeres vestimenta de hombre. El [alma] es varón siempre y cuando penetre en Dios con simplicidad [y] sin mediación.

Mas, cuando mira de alguna manera hacia fuera, luego es mujer. Entonces dijo el Señor: “¡De cierto! Nunca probarán mi comida”, y le dijo al criado: “Sal a las calles angostas y anchas y a los cercados y a los caminos espaciosos” (Lucas 14,21 y 23 a 24). Cuanto más angosto, tanto más ancho. “A los cercados”: ciertas potencias están cercadas con vallados en determinado lugar. Con la potencia con la cual veo, no oigo, y con la que oigo, no veo. Así sucede también con las demás. Sin embargo, el alma es entera en cualquier miembro, pero alguna potencia no está ligada a ninguna parte.

Luego ¿qué es el criado? Lo son los ángeles y los predicadores. Pero, a mí me parece que el criado es la chispita. Ahora bien, él le dijo al criado: “Sal a los cercados y haz entrar a la fuerza a las siguientes cuatro clases de gente: ciegos y tullidos, enclenques y enfermos. ¡De cierto! ningún otro probará jamás mi cena”. Que Dios nos ayude a deshacernos de esas tres cosas [indicadas arriba] para que así lleguemos a ser *varones*. Amén.

lleva el alma inmediatamente impreso... incluso en quienes se hallan en el infierno. Por eso, es una cena grande.

Entonces le dijo al criado: “Vete y diles a los invitados que vengan; que todo está preparado” (Lucas 14,17). Todo cuanto Él es, lo recibe el alma. Cuanto apetece el alma, ahora está preparado. Cualquier cosa que da Dios, siempre se ha encontrado en estado de devenir; en este momento, su devenir es nuevo y fresco y completo dentro del “ahora” eterno. Dice un gran maestro:¹¹ Aquello que veo, es purificado y espiritualizado dentro de mi vista, y la luz que llega a mis ojos no llegaría nunca al alma de no existir aquella potencia que se halla por encima. Dice San Agustín que la chispita está más adentrada en la verdad que todo cuanto el hombre pueda aprender. Una luz está encendida. Ahora bien, se dice que una cosa es encendida por otra. Si esto ha de suceder, es necesario que aquello que arde, se halle arriba. Es como si alguien tomara un cirio apagado que ardiera aún sin llama y echara humo, y lo acercase a otro [cirio], entonces la llama humearía hacia abajo y encendería al otro. Dicen que un fuego enciende a otro. Esto lo rebato. Un fuego se encenderá a sí mismo. El que ha de encender a otro, debe hallarse por encima de él, así como el cielo no arde y es frío; sin embargo, enciende el fuego y esto sucede gracias al toque del ángel. Así también el alma se prepara con el ejercicio. Debido a él es encendida desde arriba. Esto se debe a la luz del ángel.

Dice, pues, al criado: “Sal y dile a los invitados que vengan, que todo está preparado” (Lucas 14,17). Entonces dijo uno: “He comprado una aldea, no puedo ir” (Lucas 14,18). Ahí se trata de gente que en alguna forma está pegada aún a las preocupaciones: nunca probarán esta cena. El otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes” (Lucas 4, 19). En verdad estas cinco yuntas —así me parece— se refieren a los cinco sentidos; pues cada sentido se halla dividido en dos partes, también la lengua es doble en sí [=la lengua y el paladar]. Por ello —según dije anteayer— cuando Dios le dijo a la mujer: “Tráeme a tu marido”, ella contestó: “No tengo [marido]”. Entonces dijo Él: “Tienes razón; pero has tenido cinco y el que tienes ahora no es tu marido” (Juan 4, 16,18). Esto quiere decir: Quienes viven de acuerdo con los cinco sentidos, de veras no probarán nunca jamás esta comida. El tercero dijo: “Acabo de casarme, no puedo ir”

no le suceda ningún daño; [si procede] así, no desatenderá nunca nada, en ninguna cosa que sea, sino que progresará mucho [y] sin cesar.

9. Cómo la inclinación al pecado siempre le resulta provechosa al hombre

Debes saber que para el hombre recto el impulso de faltar a la virtud nunca carece de gran bendición y utilidad. ¡Ahora, escucha! Ahí hay dos hombres: [supongamos] que uno tiene un carácter tal que no lo tienta ninguna debilidad o que esto sólo suceda en poca medida; el otro, empero, tiene una naturaleza tal que sufre tentaciones. Su hombre exterior es excitado por la presencia exterior de las cosas, sea por ejemplo, que [lo inciten] a la ira o a la vana codicia de honores o quizás a la sensualidad, según sea lo que le sucede. Pero él en sus potencias superiores se mantiene completamente firme, inmóvil, y no quiere cometer la falta, ya sea enojándose, ya sea pecando de cualquier forma, y entonces lucha con fuerza contra la flaqueza, pues puede tratarse de una debilidad [enraizada] en la naturaleza, así como algunas personas son iracundas o soberbias o cualquier otra cosa por naturaleza y, sin embargo, no quieren cometer ese pecado. Semejante [hombre] debe elogiarse mucho más, y su recompensa es mucho mayor y su virtud más noble que [la] del primero, porque la perfección de la virtud proviene sólo de la lucha, según dice San Pablo: “La virtud se realiza en la flaqueza” (2 Cor. 12,9).

La inclinación al pecado no es pecado, pero querer pecar, esto sí es pecado, querer encolerizarse, esto sí es pecado. En verdad, si aquel que está bien encaminado tuviera el poder de desear, no se le ocurriría desear que perdiera la inclinación al pecado, pues sin ella el hombre estaría inseguro en todas sus cosas y en todas sus obras y no sentiría preocupación frente a las cosas, y carecería también del honor [ganado] con la lucha, de la victoria y de la recompensa. Porque el impulso y la excitación [producidos] por la falta de virtud traen consigo la virtud y la recompensa por el esfuerzo [hecho]. Pues, la inclinación hace que el hombre se empeñe cada vez más en el vigoroso ejercicio de la virtud, y lo empuja a la fuerza hacia la virtud, y es un azote áspero que impulsa al ser humano para que tenga cuidado y sea virtuoso porque, cuanto más débil se sienta el hombre, tanto más deberá armarse de fortaleza y victoria, ya que la virtud como la falta de virtud residen en la voluntad.

¹¹ Aristóteles.

10. Cómo la voluntad lo puede todo y cómo todas las virtudes residen en la voluntad, siempre y cuando ésta sea recta

Mientras el hombre nota que su voluntad es buena, no se debe asustar con desmesura de nada, ni ha de afligirse si no es capaz de aplicarla en las obras; por otra parte, si descubre en su fuero íntimo una genuina buena voluntad, no se debe considerar ajeno a las virtudes, pues la virtud y todo lo bueno residen en la buena voluntad. Si tienes una voluntad honesta y recta nada te puede faltar, ni [el] amor ni [la] humildad ni ninguna virtud. Antes bien, aquello que quieres poderosamente y con entera voluntad [ya] lo tienes, y Dios y todas las criaturas no te lo pueden quitar con tal de que la voluntad sea íntegra y verdaderamente divina y [cifrada] en el presente. No debe ser: “Quisiera próximamente”, esto sería sólo en el futuro, sino: “¡Quiero que sea así, ahora mismo!” ¡Escucha pues! Si algo se halla a una distancia de mil millas y yo quiero tenerlo, lo tengo con más propiedad que aquello que tengo en mi seno y no quiero tenerlo.

Lo bueno no es menos poderoso para el bien que lo malo para el mal. ¡Recuerda!: aunque yo no hiciera nunca ninguna obra mala, pero tuviera la voluntad de [obrar] el mal, yo habría caído en pecado como si hubiese ejecutado la acción; y con la voluntad decidida yo podría cometer un pecado tan grande como si hubiera matado todo el mundo sin haber ejecutado jamás la acción. ¿Por qué la buena voluntad no podría lograr lo mismo? ¡De hecho, [puede hacer] mucho e incomparablemente más!

De veras, con la voluntad lo puedo todo. Puedo sobrellevar las fatigas de todos los hombres y dar de comer a todos los pobres y hacer las obras de todos los seres humanos y cualquier cosa que se te ocurra. Si no te falta la voluntad sino sólo la capacidad, por cierto, lo habrás hecho todo ante Dios, y nadie te lo podrá quitar ni impedir aunque fuera por un solo momento; porque el querer hacer tan pronto como yo pueda hacerlo y el haberlo hecho, ante Dios son lo mismo. Si yo, además, quisiera tener tanta voluntad como la tiene el mundo entero, y si mi anhelo de tenerla es grande e íntegro, de veras la tengo; porque lo que quiero tener lo tengo. Si yo en verdad deseara tener tanto amor como lo han reunido todos los hombres en todos los tiempos, y [si quisiera] loar a Dios de la misma manera [que todos ellos] o [hacer] cualquier otra cosa que te puedas imaginar, pues, todo esto lo tienes en verdad, si la voluntad es perfecta.

no existe palabra alguna. Dice San Agustín:⁷ Cuanto se enuncia de Dios no es verdad, y lo que no se enuncia de Él, esto es verdad. Cualquier cosa de la que se dice que es Dios, no lo es; lo que no se enuncia de Él, lo es más verdaderamente que aquello de lo cual se dice que lo es. ¿Quién ha preparado este banquete? *Un hombre*: el hombre que es Dios. Ahora bien, dice el rey David: “Oh Señor, cuán grande y múltiple es tu banquete y el sabor de la dulzura preparada para quienes te aman, [mas] no para aquellos que te temen” (Salmo 30,20). San Agustín⁸ reflexionaba sobre esta comida, entonces se estremeció y no le gustaba. En eso, escuchó una voz de arriba, cerca de él, [que dijo]: “Yo soy una comida para gente mayor, crece y vuélvete grande y cómeme. Pero no creas que yo sea transformado en ti: tú serás transformado en mí”. Cuando Dios obra en el alma, luego es transformado en el ardor del fuego y echado afuera aquello que hay de desigual en el alma. ¡Por la verdad acendradal el alma entra más en Dios de lo que [entra] cualquier comida en nosotros, más aún: el alma es transformada en Dios. Y en el alma hay una potencia que va segregando lo más burdo y es unida con Dios: ésta es la chispita del alma. Más que la comida con mi cuerpo, mi alma se une con Dios.

¿Quién ha preparado este banquete? *Un hombre*. ¿Sabes cómo se llama? El hombre innominado. Este hombre envió a su criado. Ahora bien, San Gregorio dice⁹: A este criado lo representan los predicadores. [Interpretándolo] en otro sentido, los ángeles son este criado. En tercer lugar, este criado es, así me parece a mí, la chispita del alma, que fue creada por Dios y es una luz impresa desde arriba y una imagen de la naturaleza divina que en todo momento está luchando contra todo cuanto no es divino, y no es una potencia del alma —como opinaban algunos maestros— y siempre es propensa a lo bueno, incluso en el infierno es propensa a lo bueno. Dicen los maestros:¹⁰ Esta luz tiene una naturaleza tal que posee un afán constante y se llama *sindéresis*, y esto significa una relación y un apartamiento. Tiene dos actuaciones. Una consiste en una hostilidad empedernida contra todo cuanto no es puro. La otra actuación consiste en que persuade continuamente [a dirigirse] hacia lo bueno y esto lo

⁷ Quint remite a Augustinus, *De trinitate*, VIII, c. 2, n. 3.

⁸ *Confessiones*, 1, VII, c. 10, n. 16.

⁹ Gregorius M., *1Hom. in Evang.*, XXXVI, 2.

¹⁰ Cf. Thomas, *Sent.*, II, d. 39, q. 3, a. 1; Bonaventura, *Seni.*, II, d. 39, a. 2, q. 2, c. Quint dice (*op. cit.*, t. 1, p. 334, n. 1) que —según ha podido ver— la palabra *sindéresis* aparece en las obras alemanas de Eckhart sólo en este contexto.

amante de Dios, que lo obliga a Dios a [hacer] todo cuanto ella quiere y que lo seduce completamente de modo que Él no le puede negar nada de todo cuanto Él es. De una manera se retiró y de otra se entregó; se retiró en cuanto Dios y hombre y se entregó en cuanto Dios y hombre como otro sí mismo en un pequeño recipiente secreto. No nos gusta permitir que una gran reliquia sea tocada o vista develada. Por eso, se puso la vestimenta bajo la forma del pan, exactamente así como la comida material es transformada por mi alma de modo tal que no haya rincón en mi naturaleza que no le sea unido. Porque en la naturaleza existe una fuerza que desprende lo más burdo y lo echa afuera; y lo más noble lo lleva hacia arriba para que no quede en ninguna parte tanto como la punta de una aguja que no le sea unido. Lo que comí hace quince días, está tan unido a mi alma como aquello que recibí en el vientre materno. Lo mismo le sucede a quien recibe con pureza esta comida; se une tan verdaderamente con ella, como la carne y la sangre son uno con mi alma.

Era *un hombre*, ese hombre no tenía nombre porque ese hombre es Dios. Ahora bien, dice un maestro⁵, con referencia a la causa primigenia, que ésta se halla por encima de las palabras. La deficiencia reside en la lengua. Ello se debe a la excesiva pureza de su ser [=de Dios]. Uno no puede hablar de las cosas sino de tres maneras: primero, por medio de aquello que se encuentra por encima de las cosas, segundo, por medio de las semejanzas de las cosas [y] tercero, mediante el efecto de las cosas. Traeré a colación un símil. Cuando la fuerza del sol hace subir desde la raíz hasta las ramas la savia más noble produciendo así la flor, la fuerza del sol permanece, sin embargo, por encima. Exactamente del mismo modo, digo yo, obra la luz divina en el alma. Aquello con lo cual el alma enuncia a Dios, sin embargo, no encierra en sí nada de la verdad propia de su ser: sobre Dios nadie sabe decir en sentido propio lo que es. A veces se dice.⁶ Una cosa se asemeja a otra. Como, pues, todas las criaturas encierran en sí poco menos que nada de Dios, tampoco saben revelar nada de Él. El arte de un pintor que ha creado un cuadro perfecto, se conoce por este último. Sin embargo, no es posible conocerlo por él íntegramente. Todas las criaturas [juntas] no son capaces de expresar a Dios, porque no son susceptibles de lo que Él es. Este Dios y hombre [pues] ha preparado la cena, este hombre inefable para el cual

Ahora podrías preguntar: ¿Cuándo la voluntad es una voluntad recta? La voluntad es íntegra y recta cuando carece de ataduras al yo y ha salido de sí misma y se ha hecho imagen y forma dentro de la voluntad divina. Ah sí, cuanto más suceda esto, tanto más recta y verdadera es la voluntad. Y con semejante voluntad eres capaz de todo, ya se trate del amor o de lo que quieras.

Ahora preguntas: ¿Cómo podría tener yo ese amor mientras no lo siento ni percibo tal como lo veo en muchas personas que pueden exhibir grandes obras, y en quienes observo una gran devoción y cosas maravillosas en tanto que yo no tengo nada de esto?

Aquí tienes que observar dos cosas inherentes al amor: una es la esencia del amor, la otra es una obra o un efluvio violento del amor. La esencia del amor radica únicamente en la voluntad; quien tiene más voluntad, tiene también más amor. Pero quién es el que tiene más, esto no lo sabe nadie con respecto al otro; esto yace escondido en el alma mientras Dios yace escondido en el fondo del alma. Este amor reside única y exclusivamente en la voluntad; quien tiene más voluntad, tiene también más amor.

Pero existe todavía una segunda cosa: un efluvio violento y una obra del amor, Aquí son muy llamativas [ciertas actitudes], como ser el fervor entrañable y la devoción y el júbilo, y esto, sin embargo, no siempre es lo mejor. Porque a veces no proviene ni siquiera del amor sino que a ratos procede de la naturaleza el que se tenga semejante sensación de gozo y de dulzura, o se puede tratar de la influencia del firmamento o también ser producto de los sentidos. Y quienes tienen con mayor frecuencia estas [experiencias] no son siempre los mejores de todos. Pues, aun en el caso de que provengan realmente de Dios, Nuestro Señor se las brinda a esas personas para atraerlas y estimularlas y acaso también para que alguien de esta manera se mantenga bien alejado de los demás [hombres]. Pero cuando estas mismas personas luego crecen en el amor, es fácil que ya no tengan tantas emociones y sensaciones, y sólo así se hace bien patente que tienen amor: si ellos, sin semejante apoyo, conservan plena y firmemente su lealtad hacia Dios.

Mas supongamos que se trate sólo de amor, aun así no es lo mejor de todo. Esto se evidencia por lo que sigue: de vez en cuando uno debe renunciar a semejante júbilo en aras de algo mejor por amor y para hacer a veces una obra de caridad donde haga falta, ya sea espiritual, ya sea corporal. Tal como he dicho también en otra ocasión: Si el hombre se hallara en un arrobamiento tal como San

⁵ Cf. *Liber de causis*, prop. 6.

⁶ Explicación relativa al segundo modo mencionado arriba.

Pablo,⁶ y supiera de un hombre enfermo que necesitara de él una sopita, yo consideraría mucho mejor que tú, por amor, renunciaras [al arrobo] y socorrieras al necesitado con un amor más grande.

El hombre no se debe imaginar que al proceder así pierda alguna gracia, pues aquello que él deja voluntariamente por amor, lo recibirá en forma mucho más noble, tal como dijo Cristo: “Quien dejare una cosa por mí, recibirá cien veces tanto”. (Mateo 19,29). Si, en verdad, lo que el hombre deja y de lo cual se desprende por amor de Dios, incluso en el caso de que ansíe muchísimo tener esa sensación de consuelo y de fervor entrañable, y si hace todo cuanto pueda hacer [para conseguirlo], pero Dios no se lo da, y [luego] él se resigna y renuncia a ello voluntariamente por amor de Dios: en verdad, lo encontrará en Él exactamente como si hubiera tenido plena posesión de todo el bien que existiera jamás, [pero] se hubiese privado, enajenado y desprendido de él voluntariamente por amor de Dios; recibirá cien veces tanto. Pues todo cuanto al hombre le gustaría tener, pero prescinde y se abstiene de ello por amor de Dios, ya sea de índole material o espiritual, lo encuentra todo en Dios como si lo hubiera poseído y se hubiese despojado de ello voluntariamente; porque el hombre, de buena voluntad, debe hallarse privado de todas las cosas por amor de Dios, y por amor desembarazarse y prescindir de todo consuelo en el amor.

El que a veces tengamos que desprendemos por amor de tal sensación, nos lo indica Pablo, [hombre] lleno de amor, allí donde dice: “Porque he deseado ser apartado de Cristo por amor de mis hermanos” (Romanos 9,3). Así opina conforme con esta misma modalidad [y] no según la primera modalidad del amor,⁷ porque de ésta no quiso hallarse apartado ni un instante por todo cuanto pudiera suceder en el cielo y la tierra; [al decirlo], él piensa en el consuelo.

Debes saber, empero, que los amigos de Dios nunca carecen de consuelo, pues lo que quiere Dios es su máximo consuelo, ya sea consuelo, ya sea desconsuelo.

XX a¹

Homo quidam fecit cenam magnam [Cierta hombre hizo una gran cena.]

San Lucas nos escribe en su Evangelio: “Un hombre había preparado una cena o un gran banquete nocturno” (Lucas 14,16. ¿Quién la preparó? Un hombre. ¿Qué quiere decir que lo llame una cena? Un maestro dice que significa un gran amor porque Dios no permite el acceso a nadie que no sea íntimo de Dios. En segundo lugar da a entender lo puros que deben ser quienes disfrutan de esta cena. Ahora bien, nunca llega el anochecer sin que le haya precedido un día entero. Si no existiera el sol, nunca se haría de día. Cuando sale el sol hay luz matutinal; luego brilla cada vez más hasta que llegue el mediodía. Del mismo modo surge la luz divina en el alma para iluminar cada vez más las potencias del alma hasta que llegue el mediodía. Si el alma no ha recibido una luz divina, de ninguna manera se hace jamás de día en el alma, [hablando] espiritualmente. En tercer lugar nos da a entender que, quienquiera que desee participar dignamente de esta cena, tiene que llegar al anochecer. Cada vez que fenece la luz de este mundo, se hace de noche. Ahora bien, dice David: “Él asciende hacia el anochecer y su nombre es el Señor” (Salmo 67,5). Así [hizo] Jacobo: cuando era de noche, se acostó y se durmió (cf. Génesis 28,11). Esto significa el descanso del alma. En cuarto lugar [el pasaje de la Escritura] da a entender, según dice San Gregorio,² que luego de la cena ya no hay más comida. A quien Dios da esta comida, le sabe tan dulce y deliciosa que no apetece nunca más otra comida. Dice San Agustín:³ Dios es de tal índole que aquel que la comprende, nunca más puede descansar en otra cosa. Dice San Agustín:⁴ Señor, si te nos quitas a ti, danos otro tú, o no descansaremos nunca; no queremos nada más que a ti. Ahora bien, dice un santo con respecto a un alma

¹ Se supone que los sermones XXa y XXb constituyen dos prédicas independientes y no dos versiones del mismo sermón. (Cf. Quint. *op. cit.*, t. 1, p. 324). Atribución: *Sermo magistri Ekhardi*. Encabezamiento “Otro sermón sobre San S.”.

² Gregorius, M. *Hom. In Evang.*, II, hom. 36, n. 2.

³ Cf. Augustinus, *Confessiones*, I, l. c. 1.

⁴ Cita no asegurada. Quint remite a *Confessiones*. 1, XIII, c. 8.

⁶ Referencia a 2 Corintios 12, 2 a 3.

⁷ Quint explica que se trata de la diferencia entre ‘la esencia del amor’ y la ‘obra del amor’.

Una palabrita más sobre el alma y luego nada más: “¡Vosotras, hijas de Jerusalén, no os fijéis en que soy morena! El sol me destiñó y los hijos de mi madre lucharon contra mí” (Cant. de los Cant. 1,4 y 5). Con ello se refiere a los hijos de este mundo; a ellos les dice el alma: Aquello del sol, o sea, los placeres de este mundo, que me alumbraba y toca, me hace oscura y morena. El marrón no es un color perfecto; tiene un matiz claro pero también alguno oscuro. Cualquier cosa que el alma piense u opere con sus potencias, por clara que sea en ella, sin embargo, es una mezcla. Por eso dice: “Los hijos de mi madre lucharon contra mí”. Los hijos, éstos son todas las potencias inferiores del alma, todas ellas la combaten y tientan. El Padre celestial es nuestro Padre [verdadero] y la Cristiandad nuestra madre. Por más hermosa y adornada que se presente, y por útil que sea con sus obras, todo esto aún es imperfecto. Por eso se dice: “¡Oh tú, la más hermosa por entre las mujeres, sal y retírate! (Cant. de los Cant. 1,7). Este mundo es como una mujer porque es débil. Pero ¿por qué dice, no obstante: “la más hermosa entre las mujeres”? Los ángeles son más hermosos y muy superiores al alma.¹² Por eso dice: “La más hermosa” —a su luz natural [del entendimiento]— “sal y retírate!” Sal de este mundo y retírate de todo aquello hacia lo cual todavía se inclina tu alma. Y cualquier cosa que ella toque aún, la debe odiar.

Suplicad a Nuestro querido Señor que odiamos a nuestra alma, bajo la vestimenta por la cual es *nuestra* alma, de modo que la conservemos para la vida eterna. Que Dios nos ayude a lograrlo. Amén.

11. Lo que debe hacer el hombre cuando extraña a Dios y Dios se ha escondido

Tienes que saber, además, que la buena voluntad en absoluto puede perder a Dios. Pero sí lo extraña a veces en la sensación de su ánimo y a menudo cree que Dios se ha ido. ¿Qué debes hacer entonces? Exactamente lo mismo que harías si gozaras del mayor de los consuelos: aprende a hacer esto mismo cuando padezcas el mayor de los sufrimientos y compórtate exactamente igual a como te comportabas en el primer caso. No existe ningún consejo tan bueno para encontrar a Dios [como el que dice] que [se lo halla] allí donde uno se desprende de Él. Y así como te sentías cuando lo tuviste por última vez, así haz ahora mientras lo extrañas [y] de esta manera lo encontrarás. Más aún: la buena voluntad no pierde ni extraña a Dios nunca jamás. Mucha gente dice: Tenemos buena voluntad, pero no tienen la voluntad de Dios; quieren tener su propia voluntad y enseñarle a Nuestro Señor que haga las cosas así o así. Esta no es buena voluntad. En Dios hay que buscar cuál es su queridísima voluntad.

Dios aspira en todas las cosas a que renunciemos a nuestra voluntad. Cuando San Pablo habló mucho con Nuestro Señor y Nuestro Señor mucho con él, todo esto no dio ningún resultado hasta que él renunciara a su voluntad diciendo: “Señor ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos de los Apóstoles 9,6). Entonces Nuestro Señor sabía muy bien qué era lo que él tenía que hacer. Lo mismo sucedió cuando el ángel se apareció a Nuestra Señora: todo cuanto ella y él hubieran hablado alguna vez, nunca la hubiese convertido en Madre de Dios; pero tan pronto como ella renunció a su voluntad, llegó a ser inmediatamente una verdadera Madre del Verbo eterno y recibió a Dios en seguida. Él se hizo hijo suyo por naturaleza. No hay tampoco cosa alguna para hacernos hombres verdaderos fuera del renunciamiento a nuestra voluntad. De veras, sin renunciar a nuestra voluntad en todas las cosas, no obramos absolutamente nada ante Dios. Pero, si llegáramos a desprendernos íntegramente de nuestra voluntad y nos animáramos a renunciar a todas las cosas, exterior e interiormente, por amor de Dios, entonces habríamos hecho todo y antes no.

Son pocos los hombres a quienes, a sabiendas o sin saberlo, no les gustaría ser exactamente así, pero [con la condición] de tener la

¹² Quint señala (*op. cit.*, t. 1, p. 292 y ss., n. 3) que los ángeles no pertenecen a la región de los sentidos en el mundo y por lo tanto, no se puede hablar de ellos como de “mujeres”.

experiencia de grandes cosas y querrían tener el modo y el bien,⁸ todo esto no es nada más que propia voluntad. Entrégate totalmente a Dios con todas las cosas y luego no te aflijas por lo que Él hace con lo suyo. Miles de hombres han muerto y están en el cielo sin haberse desprendido nunca de su voluntad con cabal perfección. Una voluntad perfecta y verdadera sería sólo aquella con la cual uno se hubiera entregado íntegramente a la voluntad de Dios, careciendo de propia voluntad: y quien haya logrado más a este respecto, será colocado en mayor medida y más verdaderamente en Dios. Ah sí, un avemaría pronunciado con tal disposición de ánimo, en la cual el hombre se despoja de sí mismo, es más útil que mil salterios leídos sin ella; sí, [dar] un paso con esta disposición, sería mejor que cruzar el mar careciendo de ella.

El hombre que por entero hubiera renunciado a sí mismo junto con todo lo suyo, en verdad, se hallaría colocado tan completamente en Dios, que dondequiera que se tocara a ese hombre, se debería tocar primero a Dios; porque él se halla del todo en Dios, y Dios se encuentra en torno de él, tal como mi bonete encierra mi cabeza; y quien quisiera agarrarme debería tocar primero mi vestimenta. Del mismo modo: si he de beber, la bebida debe pasar primero por mi lengua; allí adquiere su sabor. De veras, si la lengua se halla revestida de amargor, el vino, por dulce que sea en sí, habrá de convertirse siempre en amargo a causa de aquello por cuyo intermedio me llega. En verdad, un hombre que se hubiera desasido totalmente de lo suyo, estaría envuelto en Dios de tal manera que todas las criaturas no serían capaces de tocarlo sin tocar antes a Dios, y las cosas que habrían de llegar hasta él, tendrían que llegarle a través de Dios; aquí reciben su sabor y se hacen deiformes. Por grande que sea el sufrimiento, si viene a través de Dios, Dios es el primero en sufrir por él. Sí, por la verdad que es Dios mismo: un sufrimiento que afecta al hombre, por ejemplo, un malestar o una contrariedad, nunca es tan insignificante que, una vez puesto en Dios, no lo toque a Él inconmensurablemente más de lo que lo toca al hombre, y le resulte más repugnante de lo que le resulta repugnante al hombre. Mas, si Dios lo sufre a causa del bien que ha previsto para ti con ese [sufrimiento], y si tú estás dispuesto a sufrir lo que sufre Dios y que te llega a través de Él, entonces adquiere de derecho índole divina, ya se trate de desprecio, así como de honores, de amargura al igual que de dulzura y de la más profunda oscuridad lo mismo que de la luz más clara: todo recibe de Dios su

cuanto hay en este mundo. Por eso dicen nuestros maestros en ciencias naturales⁷ que el cuerpo se halla mucho más en el alma que el alma en el cuerpo. Así como el barril contiene el vino antes que el vino el barril, así el alma contiene al cuerpo antes que el cuerpo al alma. Aquello que el alma ama en este mundo, constituye una privación en su naturaleza. Dice un maestro:⁸ La naturaleza y natural perfección del alma consisten en que llegue a ser en sí un mundo racional allí donde Dios formó en ella las imágenes primigenias de todas las cosas. Quien dice que ha logrado poseer su naturaleza, debe descubrir que dentro de él todas las cosas están configuradas en una pureza tal como son en Dios, no como son en su propia naturaleza, sino como son en Dios. No hay ningún espíritu ni ángel alguno que toquen el fondo del alma ni tampoco la naturaleza del alma. Allí, ella llega a lo primigenio, el principio donde Dios irrumpe con bondad en todas las criaturas. Allí, ella toma todas las cosas en Dios, no en la pureza tal como son en su pureza según la natura, sino en la pura simplicidad tal como son en Dios. Dios hizo todo este mundo como si fuera de carbón. La imagen hecha de oro es más firme que la hecha de carbón. Así [también] en el alma todas las cosas son más puras y nobles de lo que son en este mundo. La materia [empero] de la cual Dios hizo todas las cosas, es más ruin que el carbón en comparación con el oro. Quien quiere hacer una olla, toma un poco de arcilla; ésta es la materia con la cual trabaja. [Mas] luego le da una forma que se halla en su interior: ésta es más noble en su fuero íntimo que la materia. Con esto quiero decir que todas las cosas son inconmensurablemente más nobles en el mundo racional que es el alma, de lo que son en este mundo; así como la imagen cincelada e impresa en oro, así se hallan las imágenes de todas las cosas [como] simples en el alma. Dice un maestro:⁹ El alma tiene en sí la potencialidad de que sean estampadas en ella las imágenes de todas las cosas. Otro dice:¹⁰ El alma nunca ha logrado poseer su naturaleza pura, a no ser que halle configuradas en sí todas las cosas [existentes] en el mundo racional que es incomprendible; hasta allí no llega ningún pensamiento. Dice Gregorio:¹¹ Aquello que decimos de las cosas divinas, lo tenemos que balbucear porque hay que expresarlo con palabras.

⁷ Cf. Aristóteles, *De anima*, t. 90.

⁸ Avicenna, *Met.*, IX, c. 7.

⁹ Aristóteles, *De anima*, 111,1. j8.

¹⁰ Avicenna, *Met.*, IX, c. 7.

¹¹ Cf. Gregorius Magnus, *Moralia in Job*. I XX, c. 32.

⁸ Según Quint "el modo" equivale a "los grandes sentimientos y emociones" y "el bien" a la anulación de sí mismo en la voluntad de Dios.

darle al alma un nombre que fuera puro y acendrado. En los ángeles existe el número —se habla de un ángel, de dos ángeles—, también en la luz existe el número. Por eso se la designa [al alma] de acuerdo con lo más desnudo y acendrado y, sin embargo, esto no llega a tocar el fondo del alma. Dios que es sin nombre —no tiene nombre alguno— es inefable y el alma, en su fondo, es igualmente inefable tal como Él es inefable.

Hay una [razón] más porque dice que ella odia. La palabra que nombra al alma, se refiere al alma en cuanto se halla en la cárcel del cuerpo,⁵ y por ello opina [San Juan] que el alma, al ser capaz de convertir aún [en objeto] de su pensamiento aquello que ella es en sí misma, se halla todavía en su cárcel. Allí donde presta aún atención a esas cosas bajas y donde recoge algo en su interior por intermedio de los sentidos, allí se estrecha en seguida; pues [las] palabras no son capaces de dar ningún nombre a naturaleza alguna que se encuentre por encima de ellas.

Tres son las causas por las que el alma debe odiarse a sí misma. Una causa es: he de odiarla en cuanto es mía; pues en cuanto es mía, no es de Dios. La segunda [causa]: porque mi alma no se halla totalmente ubicada y plantada en Dios y hecha a su imagen. Dice Agustín:⁶ Quien quiere que Dios le pertenezca, antes debe hacerse propiedad de Dios, y esto ha de ser así por necesidad. La tercera causa es: Si el alma gusta de sí misma, en cuanto alma, y si Dios le gusta junto con el alma, está mal hecho. Dios le debe gustar en Él mismo, porque se halla completamente por encima de ella. Fue eso que dijo Cristo: “Quien ama a su alma, la perderá” (Juan 12,25).

El alma debe odiar todo cuanto de ella se halla en este mundo o mira hacia este mundo y [también] donde algo es tocado por el [mundo] y mira hacia fuera. Dice un maestro que el alma en su parte más elevada y más pura se encuentra por encima del mundo.

Fuera del amor nada hace entrar al alma en este mundo. A veces se trata de un amor natural que ella siente por su cuerpo. A veces tiene un amor voluntario que siente hacia las criaturas. Dice un maestro: Así como la vista nada tiene que ver con el canto, ni el oído con el color, así el alma en su naturaleza nada tiene que ver con todo

⁵ “La cárcel del alma no la constituyen sólo el cuerpo (y el tiempo) sino también la misma alma en la región del ser de las potencias interiores del alma, que se hallan por debajo del intelecto y por las cuales el alma está atada al cuerpo siendo restringida la extensión de su ser racional”. (Quint, *op. cit.*, 1.1. p. 285 y Ss. n. 1).

⁶ Nicolaus Cusanus cita el mismo pasaje en su sermón XII.

sabor y se hace divino, porque todo cuanto sucede a ese hombre se va adaptando a Dios, ya que [ese hombre] no tiende hacia otra cosa ni le gusta nada más, y por ello aprehende a Dios en medio de toda amargura como en la mayor de las dulzuras.

La luz resplandece en las tinieblas, allí la percibimos, Si no, la doctrina o la luz ¿para qué servirían a la gente a no ser que la aprovecharan? Cuando se hallan en medio de las tinieblas o del sufrimiento, habrán de ver la luz.

Ah sí cuanto más nos pertenezcamos [a nosotros], tanto menos le pertenecemos [a Dios]. El hombre que hubiera abandonado lo suyo, nunca podría echar de menos a Dios en ninguna actividad. Pero, si sucediera que el hombre diese un paso en falso o dijese palabras equivocadas o si las cosas realizadas por él resultaran mal hechas, [Dios], ya que se hallaba en el comienzo de la acción, debería cargar por obligación con el daño; [pero], en tal caso, tú no debes en absoluto abandonar tu obra. A este respecto encontramos un ejemplo en San Bernardo y en otros muchos santos. En esta vida nunca es posible librarse del todo de semejantes percances. Mas no se debe rechazar el noble trigo porque, de vez en cuando, cae neguilla por entre ese trigo. De veras, quien estuviera bien intencionado y poseyera un buen entendimiento de Dios, a ese hombre todos esos sufrimientos y percances le resultarían una gran bendición. Pues, a los buenos todas las cosas les redundan en bien, como dice San Pablo (cf. Romanos 8,28), y como manifiesta San Agustín:⁹ “Ah sí, incluso los pecados”.

12. Esta [plática] trata de [los] pecados: cómo uno debe comportarse cuando se halla [caído] en pecado

En verdad, el haber cometido pecados no es pecado con tal de que nos dé pena. El hombre no debe querer cometer un pecado por todo cuanto pueda suceder en el tiempo o en la eternidad, ni pecados mortales ni veniales ni de cualquier índole. Quien supiera portarse bien con Dios, debería tener siempre presente que Dios, leal y amante [como es], ha llevado al hombre de una vida pecaminosa a otra divina, que lo ha convertido de enemigo en amigo suyo, lo cual es más que crear una nueva tierra. Este hecho habría de ser uno de los más fuertes acicates para afianzar al hombre totalmente en Dios y sería maravillosa la fuerza que tendría para inflamar al hombre con un amor

⁹ Augustinus, *De correptione et gratia*, n. 24. Santo Tomás, a su vez, en *Summa theologae*, I, II, q. 79. a. 4. cita a Agustín, *De Natura et Gratia*.

grande [y] vigoroso de modo tal que renunciara por completo a sí mismo.

Ah sí, quien estuviera bien afianzado en la voluntad divina, no debería querer que el pecado, en el cual había caído, no hubiese sucedido. Por cierto, aquí no se contempla el hecho de que [el pecado] estaba dirigido contra Dios, sino la medida en la cual tú, al haberlo cometido, estás obligado a acrecentar tu amor y te hallas rebajado y humillado, exceptuando el hecho de que hayas obrado en contra de Dios. Pero debes confiar mucho en Dios [pensando] que Él no habría permitido que te sucediese tal cosa, a no ser que hubiera querido obtener con ello lo mejor para ti. Mas, cuando el hombre se levanta totalmente de sus pecados y les vuelve por completo la espalda, entonces hace el leal Dios como si el hombre nunca hubiera caído en pecado y no quiere hacerle pagar por todos sus pecados ni por un solo instante; aunque fueran tantos como todos los hombres juntos los hubieran cometido jamás: Dios no quiere hacérselo pagar nunca; sería posible que Él lo tratara con tanta intimidad como jamás la tuvo con criatura alguna. Con tal de que lo halle preparado ahora mismo, no mira lo que fue antes. Dios es un Dios del presente. Tal como te encuentra, te toma y te recibe, no como fuiste sino como eres ahora. Toda la iniquidad y todo el oprobio que pudiera sufrir Dios a causa de todos los pecados, los quiere soportar con gusto y haberlos soportado durante muchos años para que el hombre luego llegue a [tener] un gran conocimiento de su amor [el divino] y para que su amor y gratitud propios aumenten y su empeño se haga más ferviente en proporción, como suele ocurrir naturalmente y a menudo luego de los pecados.

Por ello Dios permite gustosamente que los pecados hagan daño y lo ha permitido a menudo, y con mayor frecuencia ha permitido que les sucediera a aquellos hombres a quienes ha elegido para elevarlos a [hacer] grandes cosas según su voluntad. ¡Mira pues! ¿Quién fue alguna vez más querido por Nuestro Señor y con quién tuvo más intimidad que con los apóstoles? Ninguno de ellos se salvó de caer en pecado mortal; todos habían sido graves pecadores. También lo demostró a menudo en la Vieja y la Nueva Alianza con aquellos que posteriormente llegaron a ser con mucho los más queridos por Él; y todavía en nuestros días raras veces se tiene conocimiento de personas que hayan logrado grandes cosas sin haber cometido antes algún desliz. Y con ello Nuestro Señor aspira a que conozcamos su gran misericordia y nos quiere exhortar a tener una

XVII¹

Qui odit animam suam in hoc mundo etc.
[Quien odia su alma en este mundo, etc.]

He pronunciado una palabra en latín que dice Nuestro Señor en su Evangelio: “Quien odia a su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna” (Juan 12,25).

Ahora [al escuchar] estas palabras prestad atención a lo que quiere significar Nuestro Señor cuando dice que debemos odiar al alma. Quien ama a su alma en esta vida mortal y tal como es en este inundo, la pierde en la vida eterna; pero, quien la odia en cuanto mortal y [tal como] es en este mundo, la guarda para la vida eterna.

Son dos las causas porque dice *alma*. Afirma un maestro:² La palabra “alma” no se refiere al fondo y no toca a la naturaleza del alma. Por eso dice un maestro:³ Quien escribe sobre las cosas móviles, no toca ni a la naturaleza ni al fondo del alma. Quien ha de nombrar al alma según la simplicidad y pureza y desnudez, tal como es en sí misma, no puede encontrarle ningún nombre. Le dicen alma: es como cuando se llama carpintero a una persona, entonces no se lo llama ni hombre ni Enrique, ni según su ser propiamente dicho, sino que se lo llama de acuerdo con su obra. Este es el pensamiento de Nuestro Señor [cuando dice]: Quien ama al alma en la pureza, conforme con la naturaleza simple del alma, la odia con esta vestimenta [terrestre] y es su enemigo; la odia y está triste y apenado porque ella se halla tan alejada de la luz pura que ella es en sí misma.

Dicen nuestros maestros:⁴ El alma se llama fuego por la fuerza y el calor y el brillo que posee. Otros dicen que es una chispita de naturaleza celestial. Los terceros dicen que es una luz. Los cuartos, que es un espíritu. Los quintos, que es un número. No encontramos nada que sea tan puro y acendrado como el número. Por eso querían

¹ Conservado en forma no muy confiable. Atribuido a “Fray Eghart”. Encabezamientos: “Un sermón sobre San Lorenzo”. “Del amor de su alma.”.

² Avicenna, *De anima*, 1. c. 1.

³ *idem*.

⁴ Para el pasaje cf. Aristóteles. *De anima*. I,1,20.

humildad y devoción grandes y verdaderas. Pues, cuando se renueve el arrepentimiento, también el amor crecerá y se renovará mucho.

13. De las dos formas de arrepentimiento

Hay dos formas de arrepentimiento: una es temporal o sensible, la otra divina y sobrenatural. El arrepentimiento temporal se va sumergiendo con persistencia en penas cada vez mayores y le produce al hombre una aflicción tal como si tuviera que desesperarse ahora mismo, y en este caso el arrepentimiento se detiene en la pena y no progresa, Con esto no se llega a ninguna parte.

Mas el arrepentimiento divino es muy distinto. Tan pronto como el hombre siente un desagrado, se eleva en seguida hacia Dios y se afianza en una voluntad inquebrantable de dar por siempre la espalda a todos los pecados. Y al hacerlo se eleva hacia una gran confianza en Dios y adquiere una gran seguridad; y de ello proviene una alegría espiritual que sube al alma por encima de toda pena y aflicción, y la vincula firmemente con Dios. Pues, cuanto más débil se halle el hombre y cuanto más haya pecado, tanta más razón tiene para vincularse con Dios mediante un amor indiviso en el cual no hay ni pecado ni imperfección. El mejor escalón, pues, que se puede pisar, cuando se quiere ir hacia Dios con plena devoción, es [el siguiente]: estar sin pecado en virtud del arrepentimiento divino.

Y cuanto más grave uno mismo considere el pecado, tanto más dispuesto estará Dios a perdonarlo y visitar al alma expulsando el pecado; porque cada uno se esfuerza más que nada por quitarse aquello que le resulta más repugnante. Y cuanto mayores y más graves sean los pecados tan infinitamente más le gustará a Dios perdonarlos y hacerlo con mayor rapidez, porque le repugnan. Y entonces, cuando el arrepentimiento divino se levanta hacia Dios, todos los pecados han desaparecido más rápidamente en el abismo divino que en un cerrar de ojos mío, y con tal de que el arrepentimiento llegue a ser perfecto, serán por completo aniquilados como si nunca hubieran sucedido.

14. De la verdadera confianza y de la esperanza

Al amor verdadero y perfecto hay que conocerlo por si uno tiene gran esperanza y confianza en Dios. Porque no existe nada mejor que la confianza para saber si se tiene un amor íntegro. Pues, cuando alguien

ama grande y perfectamente a otro, se produce confianza; porque todo cuanto uno se anima a creer de Dios lo encuentra de veras en Él y [aun] mil veces más. Y así como un hombre nunca puede amar demasiado a Dios, tampoco puede confiar jamás demasiado en Él. Todo cuanto se haga, no es tan provechoso como [tener] una gran confianza en Dios. Nunca dejó de obrar grandes cosas con quienes alguna vez lograron tenerle una gran confianza. En todas estas personas ha demostrado claramente que esta confianza proviene del amor; pues [el] amor no sólo tiene confianza sino que posee también un saber genuino y una seguridad carente de dudas.

15. De las dos formas de certidumbre respecto a la vida eterna

En esta vida existen dos formas del saber relativo a la vida eterna. Una consiste en el hecho de que Dios mismo se lo diga al hombre o se lo anuncie por intermedio de un ángel o que se lo revele mediante una iluminación especial. Esto sucede raras veces y sólo a pocas personas.

El otro saber es incomparablemente mejor y más útil y a menudo les cae en suerte a todos los hombres que aman con perfección: consiste en que el hombre por amor y a causa del trato íntimo que tiene con su Dios, confía tan completamente en Él y se siente tan seguro de Él, que nunca podría dudar y esto le da tanta seguridad que lo ama en todas las criaturas sin distinción. Y aun cuando todas las criaturas se le opusieran y lo abandonaran bajo juramento e incluso si Dios mismo se le opusiera, él no desconfiaría, porque el amor no puede desconfiar, lleno de confianza no espera sino cosas buenas. Y no hace falta que se le diga algo [explícitamente] al amante y al amado; porque [Dios] cuando siente que el [hombre] es su amigo, conoce al mismo tiempo todo cuanto es bueno para él y forma parte de su bienaventuranza. Pues, por más amor que le tengas, has de estar seguro de que Él te tendrá un amor mucho más desmedido, mayor y más fuerte y que confiará incomparablemente más en ti. Porque Él es la lealtad misma; de esto hay que estar seguro y esta certidumbre la tienen todos cuantos lo aman.

Esta seguridad es mucho más grande, perfecta y genuina que la primera¹⁰ y no puede engañar. La intuición, en cambio, podría engañar y fácilmente podría tratarse de una iluminación falsa. Esta

¹⁰ La seguridad fundada en comunicaciones directas de Dios y en visiones.

XVI a¹

Dice un maestro...

Dice un maestro: si faltara cualquier medio [separador] entre yo y el muro, entonces estaría yo junto al muro, mas no me hallaría dentro del muro. En las cosas espirituales no es así, porque una [cosa] siempre se encuentra dentro de otra; lo que recibe es lo que es recibido, porque no recibe nada fuera de sí mismo. Este es [un asunto] sutil. A quien lo comprende ya no le hacen falta los sermones. Mas [diré] un poco más de la imagen del alma.

Son muchos los maestros que opinan que esta imagen ha nacido de la voluntad y del conocimiento, [mas] no es así; antes bien, digo que esta imagen es expresión de sí misma sin [la] voluntad y sin [el] conocimiento. Os traeré a colación un símil: que pongan un espejo delante de mí: me reflejo en el espejo, quíralo o no, sin voluntad ni conocimiento de mí mismo. Esta imagen no proviene del espejo y tampoco proviene de sí misma, esta imagen se fundamenta más que nada en aquel de quien tiene su esencia y su naturaleza. Cuando el espejo ya no se halla delante de mí, no me reflejo más en él, porque yo mismo soy la imagen.

Otro símil más: Cuando una rama brota de un árbol, lleva tanto el nombre como la esencia del árbol. Aquello que brota es lo [mismo] que permanece adentro, y aquello que permanece adentro es lo [mismo] que brota. Así pues, la rama es la expresión de sí misma.

Lo mismo digo también de la imagen del alma: Aquello que sale es lo [mismo] que lo que permanece adentro, y aquello que permanece adentro es lo [mismo] que lo que sale. Esta imagen es el Hijo del Padre y esta imagen la soy yo mismo y esta imagen es la Sabiduría, Dios sea loado por ello ahora y por siempre jamás. Amén.

Quien no lo comprende ¡que no se preocupe!

¹ Texto incompleto de un sermón de Eckhart. El subtítulo no figura en los textos de la edición crítica. Véase nota I del sermón XLVIII.

[seguridad], empero, se siente en todas las potencias del alma y no puede ser engaño en todos cuantos aman verdaderamente a Él; ellos lo dudan tan poco como dudan de Dios [mismo], ya que el amor expulsa todo el temor. “El amor no tiene temor” (1 Juan 4,18), según dice San Pablo,¹¹ y también está escrito: “El amor cubre la plenitud de los pecados” (1 Pedro 4,8). Pues allí donde se cometen pecados, no puede haber plena confianza ni amor; porque éste cubre por completo el pecado; no sabe nada de pecados. No es como si uno no hubiera pecado, sino que [el amor] borra por completo los pecados, y los expulsa como si nunca hubiesen existido. Pues todas las obras de Dios son tan completamente perfectas y de riqueza sobreabundante que Él, a quien perdona, lo perdona por entero y sin reserva, y con mucho mayor agrado los [pecados] grandes que los pequeños y esto produce una confianza cabal. Considero que este saber es infinita e incomparablemente mejor y trae más recompensa y es más genuino que el primero; ya que para él ni el pecado ni cualquier otra cosa constituyen un estorbo. Porque, a quien Dios encuentra lleno de determinado amor lo juzga también de manera proporcional, no importa que haya pecado mucho o nada. Pero aquel a quien se le perdona más, también debe amar más, según dijo Cristo, Nuestro Señor: “Aquél a quien se le perdona más, que ame también más” (cf. Lucas 7,47).

16. De la verdadera penitencia y de la vida bienaventurada

Muchas personas se imaginan que deberían realizar grandes obras en cuanto a cosas exteriores, como son ayunar, ir descalzo y otras actitudes por el estilo, que se llaman obras de penitencia. [Pero] la verdadera penitencia y la mejor de todas, con la cual uno logra enmendarse con fuerza y en el más alto grado, consiste en que el hombre le dé la espalda completa y perfectamente a todo aquello que no es del todo Dios ni divino en él mismo y en todas las criaturas, y que se vuelva cabal e íntegro hacia su querido Dios¹² con un amor imperturbable, de manera que su devoción y su anhelo [de encontrarlo] sean grandes. En aquella obra en la cual estás más dispuesto [a ello], eres también más justo; cuanto más aciertas en este aspecto, tanto más verdadera es la penitencia y borra proporcionalmente más pecados e incluso todo castigo. Sí, es cierto,

¹¹ Se trata de un error de Eckhart o del escriba.

¹² “Querido Dios.” Generalmente se suele traducir “buen Dios”, pero opino que en el texto de Eckhart *lieber got* tiene todavía el valor de “querido, amado”, que se ha perdido un poco en *lieber Gott* en alemán moderno.

rápido y a la brevedad podrías dar la espalda a todos los pecados con tanto vigor y tanta repugnancia verdadera y dirigirte con el mismo vigor hacia Dios que —aunque hubieras cometido todos los pecados hechos jamás desde los tiempos de Adán y a hacerse de ahora en adelante— todo esto te sería completa y absolutamente perdonado junto con el castigo, de modo que tú, si murieras en este instante, te irías a ver el rostro de Dios.

Esta es la verdadera penitencia y ella proviene en especial y de la manera más perfecta de la digna Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, [sufrida] con perfecta penitencia. Cuanto más el hombre vaya formando su imagen dentro [de esta penitencia] tanto más se le quitarán todos los pecados y los castigos correspondientes. Además, el hombre debe adquirir, en todas sus obras, el hábito de formar su imagen dentro de la vida y actuación de Nuestro Señor Jesucristo, en todo su hacer y no hacer, en sus sufrimientos y su vida, y, al hacerlo, debe pensar siempre en Él, tal como Él ha pensado en nosotros.

Semejante penitencia no consiste sino en [tener] el ánimo apartado de todas las cosas, elevándolo por entero hacia Dios. Y aquellas obras donde logras tener, más que en otras, tal estado de ánimo y lo tienes gracias a esas obras, hazlas con toda libertad; pero si te estorba en ello alguna obra externa, como son ayunos, vigiliias, lecturas o lo que sea, renuncia a ella sin vacilar y sin preocuparte de que puedas descuidar alguna obra de penitencia. Porque Dios no mira cuáles son las obras sino sólo cuáles son el amor y la devoción y la disposición de ánimo en las obras. Pues a Él, nuestras obras no le importan mucho sino exclusivamente nuestra disposición de ánimo en todas nuestras obras y el que lo amemos tan sólo a Él en todas las cosas. Pues el hombre que no halla su contento en Dios es demasiado codicioso.¹³ La recompensa de todas tus obras debe consistir en que Dios las conozca y que tú, al hacerlas, pienses en Él; en todo momento esto te debe bastar y cuanto más natural y con mayor ingenuidad pienses en Él, tanto más propiamente expiarás tus pecados mediante todas tus obras.

Puedes recordar también que Dios ha sido el Salvador universal de todo el mundo y por este hecho le debo mucho mayor gratitud que en el caso de que Él me hubiera salvado sólo a mí. De la misma manera tú también has de ser un Salvador universal de cuanto has corrompido en ti a causa de los pecados, y con todo esto

mí mismo con la misma desnudez con que los he recibido de ti, a tal hombre Dios le daría exactamente lo mismo que si lo hubiera ofrecido todo con sus manos. Otro hombre [empero] que no poseyera nada, ni corpóreo ni espiritual para renunciar a ello u ofrecerlo, éste habría renunciado a más que ningún otro. Quien renunciara a sí mismo del todo por un instante, a éste se le daría todo. Si, en cambio, un hombre se hubiera desasido durante veinte años y volviera a agarrarse a sí mismo por un solo instante, entonces resultaría que nunca se había desasido. El hombre que ha renunciado y está desasido y que nunca jamás por un solo instante mira aquello a que ha renunciado, y que persevera, inmóvil, en sí mismo e inmutable, sólo este hombre se halla desasido.

Que Dios y la eterna Sabiduría nos ayuden para que seamos tan perseverantes e inmutables como el Padre eterno. Amén.

¹³ Cita tomada de San Agustín. Se puede identificar con varios pasajes de la obra agustiniana. Eckhart la trae también en *El libro de la consolación divina*.

Ahora se suele preguntar con respecto a los ángeles, si los ángeles que viven acá con nosotros y nos sirven y nos guardan, si ellos [digo] tienen de algún modo menos igualdad en cuanto a sus alegrías que aquellos que se hallan en la eternidad, o si ellos debido a su actividad de guardarnos y servirnos, experimentan alguna pérdida. Yo digo: ¡No, en absoluto! Su alegría y su igualdad por ello no son menores; porque la obra del ángel es la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios es la obra del ángel, por eso no sufre ningún menoscabo en cuanto a su alegría, a su igualdad y a sus obras. Si Dios le mandara al ángel que se fuera a un árbol y le quitara las orugas, el ángel estaría dispuesto a quitar las orugas y eso constituiría su felicidad y sería la voluntad divina.

El hombre que de tal modo se conserva apegado a la voluntad de Dios, no quiere nada fuera del ser divino y de la voluntad de Dios. Si estuviera enfermo, no querría estar sano. Toda pena es una alegría para él, toda multiplicidad es para él una sencillez y unidad, siempre y cuando se conserve apegado a la voluntad de Dios como es debido. Ah sí, aunque se vinculara a ello el suplicio infernal, para él sería una alegría y una felicidad. Es libre y se ha desasido de sí mismo y debe ser libre de todo cuanto ha de recibir. Si mi ojo ha de ver el color, debe ser libre de todo color. Si veo el color azul o el blanco, entonces la vista que ve el color, o sea justamente aquello que ve, es lo mismo que es visto por el ojo. El ojo con el cual veo a Dios, es el mismo ojo con el cual me ve Dios; mi ojo y el de Dios son un solo ojo y una sola visión y un solo conocer y un solo amar.

El hombre que se conserva así apegado al amor de Dios, debe haber muerto para sí mismo y para todas las cosas creadas, de modo tal que se fija tan poco en sí mismo como en alguien [que se encuentra] a más de mil millas de distancia. Semejante hombre permanece en la igualdad y permanece en la unidad y permanece completamente igual: dentro de él no cabe ninguna desigualdad. Este hombre debe haberse desasido de sí mismo y de todo este mundo. Si hubiera un ser humano a quien perteneciera todo este mundo y él lo dejara por amor de Dios tan desnudo como lo había recibido, a semejante [hombre] Nuestro Señor le devolvería todo este mundo y le daría también la vida eterna. Y si hubiera otra persona que no poseyera nada más que una buena voluntad y él pensara: Señor, si este mundo fuera mío y si tuviera otro más y otro tercero —serían tres en total—y si él expresara el deseo: Señor, voy a desasirme de éstos y de

estréchate totalmente contra Él, pues con los pecados has corrompido todo cuanto hay en ti: el corazón, los sentidos, el cuerpo, el alma, las potencias y cuanto haya en ti y dentro de ti: todo está muy enfermo y corrupto. Por lo tanto, acógete con Aquel en quien no hay defecto alguno sino sólo cosas buenas, para que sea un Salvador universal de toda la corrupción existente en ti, tanto interior como exteriormente.¹⁴

17. Cómo el hombre debe permanecer en paz cuando se encuentra sin trabajos exteriores tales como los soporaron Cristo y muchos santos; cómo ha de seguir a Dios

La gente bien podrá sentirse presa del miedo y de la pusilanimidad frente al hecho de que la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de los santos era muy rigurosa y penosa, mientras el hombre en este aspecto no es capaz de hacer gran cosa y tampoco se siente impulsado a hacerla. Por ende, cuando la gente se nota tan distinta en este aspecto, a menudo se considera muy apartada de Dios a quien [—según dicen—] no pueden seguir. ¡Que nadie haga esto! El hombre nunca [y] de ninguna manera debe considerarse alejado de Dios, ni a causa de un defecto, ni por una flaqueza, ni por ninguna otra cosa. Aun en el caso de que tus grandes pecados te desvíen alguna vez tanto que tú no te puedas considerar cerca de Dios, debes suponer, sin embargo, que Dios se halla cerca de ti. Porque el hecho de que el hombre aleje de sí a Dios implica un gran perjuicio; pues, aun cuando el hombre ambula a distancia o en la proximidad, Dios no se aleja nunca, siempre permanece cerca; y si no puede permanecer adentro, a lo sumo se aleja para permanecer delante de la puerta.

Así sucede también con el rigor de la imitación.¹⁵ Fíjate en cuál es la cosa en que puede consistir tu imitación. Debes reconocer y haber observado cuál es la actitud que Dios te exige más que ninguna otra; porque en absoluto todos los hombres son llamados a recorrer un único camino hacia Dios, según dice San Pablo (Cf. 1 Cor. 7,24). Si encuentras pues, que tu camino más cercano no corre a través de muchas obras externas y de grandes trabajos o privaciones —cosa que

¹⁴ "El sentido de todo el pasaje es que el hombre, que a causa de sus pecados se ha corrompido totalmente en todo cuanto es, se debe convertir en salvador total para esta su corrupción total, refugiándose en Cristo y [...] trasladándose por completo en Él, que como Salvador universal no ha salvado a un hombre individual sino a todo el mundo y quien, por ello, cuando 'me coloco en Él' (*hineinfüge*), sana no sólo uno de mis pecados particulares, sino toda mi corrupción" (Quint, *op. cit.*, p. 346, n. 255).

¹⁵ "Imitación" = *Nachfolge* en alemán moderno (*nächfolgen* en el texto original). Usamos el término "imitación" porque se ha usado generalmente en castellano, pero dejamos constancia de que se trata del "seguimiento" de acuerdo con el texto alemán.

de ninguna manera importa mucho a no ser que el hombre sea impulsado especialmente por Dios y tenga la fuerza de hacerlo bien, sin perjuicio para su intimidad—, si no encuentras, pues, nada de eso en tu fuero íntimo, quédate contento y no te preocupes mucho por ello.

Ahora bien, podrías decir: Si no tiene importancia, ¿por qué lo hicieron nuestros antepasados, muchos santos?

Entonces reflexiona: Nuestro Señor les dio ese modo de ser y les brindó también la fuerza para hacerlo a fin de que pudieran perseverar con ese modo; y le gustaba que en ellos fuera así; en tal actitud debían lograr lo mejor para ellos. Porque Dios no ha vinculado la salvación de los seres humanos a ningún modo especial. Lo que tiene un determinado modo, otro no lo tiene; [pero] Dios ha dado eficiencia a todos los modos buenos sin negársela a ningún modo bueno, porque un determinado bien no está en contra de otro. Y por lo tanto, la gente debe darse cuenta en su fuero íntimo de que hacen mal cuando por casualidad ven a una persona buena u oyen decir de ella que no observa el modo de ellos, entonces [en su concepto] todo está perdido. Si no les gusta el modo [de esas personas], tampoco aprecian lo bueno de su modo y su buena intención. ¡Eso no está bien! Respecto al modo [de proceder] de los hombres, uno debe fijarse más en el hecho de que estén bien dispuestos, sin despreciar el modo de nadie. No es posible que cada cual tenga el mismo modo y tampoco que todos los hombres tengan un solo modo, ni que un hombre tenga todos los modos, ni el de ningún otro.

Que cada uno conserve su modo bueno, incluyendo en él todos los demás y que aprehenda en su modo todo el bien y todos los modos, [El] cambio del modo perturba la manera de ser y el ánimo. Lo que te puede dar determinado modo, lo puedes lograr también con otro, siempre y cuando sea bueno y elogiado y se refiera sólo a Dios. Por lo demás, no todos los hombres pueden seguir por un solo camino. Así sucede también con la imitación de la rigurosa vida de esos santos. Seguramente debes amar semejante modo de ser y te puede gustar, pero sin que tengas la obligación de imitarlo.

Ahora podrías decir: Nuestro Señor Jesucristo observó siempre el más elevado modo; de derecho deberíamos imitarlo en todo momento.

¡Esto sí es cierto! Es justo que sigamos a Nuestro Señor, pero no de todos los modos. Nuestro Señor ayunó durante cuarenta días.

podía tomar de Dios y renunció a todo cuanto Dios podía darle y a todo cuanto podía recibir de Dios. Cuando renunció a ello, renunció a Dios por amor de Dios, y entonces Dios quedó para él tal como es esencialmente en sí mismo [y] no según su modo de ser recibido o conquistado, sino en su esencia primigenia que es Dios en sí mismo. Él nunca le dio nada a Dios, ni recibió jamás nada de Dios; se trata de una sola cosa y una unión pura. Allí, el hombre es hombre verdadero y en tal hombre no entra ninguna pena como tampoco puede entrar en el ser divino; según ya he dicho varias veces que hay en el alma un algo tan afín a Dios que es uno sin estar unido. Es uno, no tiene nada en común con nada, ni le resulta común ninguna cosa de todo cuanto ha sido creado. Todo lo creado es [una] nada. Esto [de que hablo] está alejado de toda criaturidad y le resulta ajeno. Si el hombre fuera sólo así, sería por completo increado e increable; si todo aquello que es corpóreo y achacoso, se hallara así comprendido en la unidad, no se distinguiría de la unidad misma. Si me hallara por un solo instante en este ser, cuidaría tan poco de mí mismo como de un gusanito de estiércol.²

Es igual la medida en la que Dios provee a todas las cosas, y así como emanan de Dios son iguales; ah sí, en su primera emanación [los] ángeles y [los] hombres y todas las criaturas fluyen de Dios como iguales. Quien tomara, pues, las cosas en su primera emanación, tomaría todas las cosas [como] iguales. Si resultan así iguales en el tiempo, son todavía mucho más iguales en Dios, en la eternidad. Cuando se toma una mosca en Dios, ella [en cuanto tornada] en Dios es más noble que el ángel supremo en sí mismo. Ahora resulta que en Dios todas las cosas son iguales y son Dios mismo. Allí, en esa igualdad, Dios se complace tanto que su naturaleza y su ser se desahogan por completo en la igualdad consigo mismo. Le resulta tan placentero como si alguien dejara correr un corcel por una campiña verde que sería toda lisa y llana: correspondería a la naturaleza del corcel que se desahogara por completo [y] con toda su fuerza mientras corriera por la campiña; le sería placentero y estaría de acuerdo con su naturaleza. De la misma manera es placentero para Dios y le da satisfacción encontrar la igualdad. Le resulta placentero verter su naturaleza y su ser por completo en la igualdad, ya que Él es la igualdad misma.

² Quint (*op. cit.*, t. 1, p. 198 y ss., n. 3) explica que Eckhart no quiere decir que yo sea de tan escaso valor como el gusanito —según se ha afirmado— sino que en este pasaje se expresa “la unidad e igualdad indivisibles que me unen a mí y al gusanito de estiércol sin distinción en ese ser”.

enseña, lo obra y enseña todo en su Hijo unigénito, Dios hace todas sus obras a fin de que seamos el hijo unigénito. Cuando Dios ve que somos el hijo unigénito, Dios se inclina tan afanosamente hacia nosotros y se apresura tanto y hace como si su ser divino se quisiera quebrar y deshacer en sí mismo, para revelarnos todo el abismo de su divinidad y la plenitud de su ser y de su naturaleza; Dios está apurado para que eso sea propiedad nuestra tal como lo posee Él. Ahí Dios siente [el] placer y [el] deleite en su plenitud. Ese hombre se halla inmerso en el conocimiento y el amor de Dios y no será sino lo que es Dios mismo.

Si te amas a ti mismo, amas a todos los hombres como a ti mismo. Mientras le tienes menos amor a un solo hombre que a ti mismo, nunca has llegado a amarte de veras, con tal de que no ames a todos los hombres como a ti mismo, a todos los hombres en un solo hombre: y este hombre es Dios y hombre. De modo que va por buen camino el hombre que se ama a sí mismo y ama a todos los hombres como a sí mismo; y éste sí va por buen camino. Algunas personas dicen empero: Prefiero a mi amigo que me hace el bien, a otro hombre. Eso está mal, es una imperfección. Sin embargo, hay que dejarlo pasar, así como alguna gente cruza el mar a medio viento y llega también [a destino]. Así sucede con las personas que prefieren un hombre a otro; es natural. Si yo lo amara en verdad como a mí mismo, cualquier cosa que le pasara, ya sea alegría, ya sea pena, ya sea muerte, ya sea vida, todo esto me gustaría tanto si me acaeciera a mí como a él, y ésta sería verdadera amistad.

Por eso dice San Pablo: “Quisiera estar apartado eternamente de Dios por amor a mi amigo y de Dios” (cf. Romanos 9,3). Apartarse de Dios por un instante significa estar apartado de Dios eternamente; [y] apartarse de Dios implica una pena infernal. ¿Qué insinúa, pues, San Pablo con esta palabra, diciendo que quería estar apartado de Dios? Resulta que los maestros preguntan si San Pablo en ese momento sólo estaba en camino hacia la perfección o si ya era del todo perfecto. Digo que su perfección ya era completa; de otro modo no habría podido decirlo. Voy a interpretar esa palabra dicha por San Pablo según la cual quería estar apartado de Dios.

Lo más elevado y lo extremo a que puede renunciar el hombre, consiste en que renuncie a Dios por amor de Dios. Pues bien, San Pablo renunció a Dios por amor de Dios, renunció a todo cuanto

Pero que nadie se proponga imitarlo a este respecto. Cristo hizo muchas obras con la intención de que lo siguiéramos de manera espiritual y no material. Por ello debemos esforzarnos por ser capaces de seguirlo de un modo racional; porque a Él le interesa más nuestro amor que nuestras obras. Debemos seguirlo en cada caso a [nuestro modo propio.

¿Cómo, pues? ¡Escucha: en todas las cosas!... ¿Cómo y de qué manera? Así como ya lo he dicho a menudo: Estimo que una obra espiritual es mucho mejor que otra material.

¿Cómo es esto? Cristo ayunó durante cuarenta días. Imítalo en el sentido de observar cuál es la cosa a que eres más propenso o dispuesto a hacer la entonces ocúpate de eso y obsérvate con rigurosidad a ti mismo. A menudo te conviene desprenderte más y sin preocupación de dicha cosa en lugar de abstenerte completamente de la comida. Del mismo modo, te resultará a veces más difícil callar una sola palabra que abstenerse de toda conversación. Y de la misma manera, a veces le es más difícil a una persona aceptar una palabrita injuriosa sin importancia que acaso un golpe pesado para el cual estaba preparada y le resulta más difícil estar sola en una muchedumbre que en el yermo, y a menudo le cuesta más renunciar a una cosa pequeña que a otra grande y hacer una obra pequeña en lugar de otra considerada grande. De esta manera el hombre, en la medida de su flaqueza puede seguir muy bien a Nuestro Señor y no puede ni debe pensar jamás que se halle lejos de Él.

18. De qué manera el hombre puede aceptar, si le corresponde, un plato delicioso, vestimenta noble y compañeros alegres, tales como le tocan en el orden natural

No has de inquietarte por la comida y vestimenta de modo que te parezcan demasiado buenas. A tu fondo más íntimo y a tu ánimo créales más bien el hábito de estar muy por encima de eso. A excepción de Dios nada debe mover a [tu ánimo] para que sienta placer o amor, ¡ha de estar por encima de todas las demás cosas!

¿Por qué? Pues, sería una intimidad flaca aquella que debería ser justificada por el vestido exterior; lo interior ha de determinar precisamente lo exterior en cuanto ello depende sólo de ti. Pero, si te cae en suerte un [vestido exterior] diferente, puedes aceptarlo como bueno en tu fondo más íntimo de tal manera que te lo pongas con la disposición que tendrías si fuera distinto y tú, en ese caso, lo

aceptarías gustosa y obedientemente. Lo mismo rige para la comida y los amigos y parientes y para todo cuanto Dios te dé o te quite.

Y por ende considero que la mejor de todas las cosas es ésta: que el hombre se confie por completo a Dios, de modo que él, si Dios quiere imponerle una carga, ya sean ignominias, penas o un sufrimiento cualquiera, la acepte con alegría y gratitud, y que el hombre, antes que colocarse él mismo en tal situación, se deje guiar por Dios. Por lo tanto ¡aprendedlo todo gustosamente de Dios y seguidlo, así seréis buenos! Procediendo de este modo también es lícito aceptar honores o comodidades. Mas si a tal hombre le sobrevienen incomodidades y deshonra, que las aguante también y esté dispuesto a hacerlo con gusto. Y por ello pueden comer con pleno derecho quienes estarían igualmente dispuestos a ayunar.

Y en esto residirá también la razón de por qué Dios libra a sus amigos de sufrimientos grandes y numerosos; de otro modo no lo podría permitir su inconmensurable lealtad, ya que en el sufrimiento se esconde una bendición abundante y grande, y Él no quiere ni puede permitir que los suyos echen de menos ningún bien. Mas Él se contenta con una voluntad buena y justa; de lo contrario no les ahorraría ningún sufrimiento a causa de la inefable bendición inherente al sufrimiento.

Como Dios se contenta con esa situación, conténtate tú también: pero si le gusta otra cosa para ti, ponte contento lo mismo. Porque, en su fuero íntimo, el hombre debe pertenecer a Dios tan en plenitud [y] con toda su voluntad, que no le preocupen mucho ni los modos ni las obras. Sobre todo debes rehuir cualquier peculiaridad, ya sea en la vestimenta, ya sea en la comida, ya sea en las palabras — como por ejemplo, usar palabras grandilocuentes—o también tener gestos raros, lo cual no sirve para nada. En cambio, debes saber también que no te está prohibido tener ninguna peculiaridad. Hay muchas peculiaridades que uno está obligado a observar en algún momento y con muchas personas; pues, quien es [un hombre] peculiar, tiene que hacer también muchas cosas peculiares en determinados momentos y de muchos modos.

Interiormente, el hombre debe haber formado su imagen dentro de Nuestro Señor Jesucristo con miras a todas las cosas, de un modo tal que se encuentre en él un reflejo de todas las obras y de la apariencia divinas; y el hombre, en cuanto sea capaz de hacerlo, debe, con perfecta adaptación, llevar en su fuero íntimo todas las obras de [Cristo]. Tú debes obrar y Él debe adquirir [forma]. Haz tu obra con

XII¹

Qui audit me.
[Quien me oye.]

La palabra que acabo de pronunciar en latín, la dice la eterna Sabiduría del Padre, y ella reza [así]: “Quien me escucha a mí, no se avergüenza” —si se avergüenza de alguna cosa, entonces se avergüenza de avergonzarse—. “Quien obra en mí no peca. Quien me revela e irradia, obtendrá la vida eterna” (Eclesiástico 24, 30 y 31). De estas tres palabritas que acabo de decir, cada una daría margen para un sermón.

En primer lugar, me referiré al hecho de que la Sabiduría eterna dice: “Quien me escucha a mí, no se avergüenza”. Quien ha de escuchar la eterna Sabiduría del Padre, tiene que hallarse adentro y estar en su casa y ser una sola cosa, luego podrá escuchar la eterna Sabiduría del Padre.

Son tres las cosas que nos impiden escuchar la palabra eterna. La primera es [la] corporalidad, la segunda [la] multiplicidad, la tercera [la] temporalidad. Si el hombre hubiera avanzado más allá de estas tres cosas, viviría en la eternidad y viviría en el espíritu y viviría en la unidad y en el desierto, y allí escucharía la palabra eterna. Ahora dice Nuestro Señor: “Nadie escuchará mi palabra ni mi doctrina a no ser que haya renunciado a sí mismo” (cf. Lucas 14,26). Pues, quien ha de escuchar la palabra de Dios, debe estar completamente desasido. Lo mismo que escucha, es lo mismo que es escuchado en la Palabra eterna. Todo cuanto enseña el Padre eterno, es su esencia y su naturaleza y su entera divinidad; esto nos lo revela todo a la vez en su Hijo unigénito y nos enseña que somos el mismo hijo. El hombre que se hubiera desasido tanto de sí mismo que fuese el hijo unigénito, poseería lo que posee el Hijo unigénito. Cuanto obra Dios y cuanto

¹ En un encabezamiento se dice: “En la Fiesta de la Concepción o del nacimiento de Nuestra Señora”. Atribución: “[M]aister Eghart dice”. Probablemente, el sermón fue predicado en Colonia en el convento de los Santos Macabeos, con anterioridad al sermón XV.

opera, tampoco se hace la casa. Donde descansa el hacha, descansa también el devenir. Dios y yo somos uno en semejante obrar; Él obra y yo llego a ser. El fuego transforma en sí cuanto se le agrega, y [esto] se convierte en su naturaleza [de fuego]. No es la leña la que transforma en sí el fuego, sino que el fuego transforma en sí la leña. Así también seremos transformados en Dios para que lo conozcamos tal como es (cf. 1 Juan 3,2). Dice San Pablo: Así conoceremos: yo [lo conoceré] de modo exacto lo mismo que de Él soy conocido, ni más ni menos, simplemente igual (cf. 1 Cor. 13,12). “Los justos vivirán eternamente y su recompensa está con Dios” exactamente igual.

Que Dios nos ayude para que amemos a la justicia por ella misma y a Dios sin porqué. Amén.

recogimiento íntegro y toda la disposición de tu ánimo; acostúbralo a éste en todo momento a proceder así y [acostúmbrate] a formar tu imagen dentro de Él en todas tus obras.

19. Por qué Dios permite .a menudo que algunos hombres buenos, que son buenos de verdad, frecuentemente hallen obstáculos para [hacer] sus buenas obras

Nuestro leal Dios permite que sus amigos a menudo sucumban a sus flaquezas sólo para que carezcan de todo sostén que les permitiría reclinarsse o apoyarse. Pues, a un hombre amante le daría una gran alegría poder hacer numerosas y grandes cosas, ya sea con vigiliass, ayunos u otros ejercicios, y con cosas especialmente grandes y difíciles: todo esto da gran alegría, apoyo y esperanza de modo que sus obras le brindan sostén y apoyo y confianza. Justamente esto se lo quiere quitar Nuestro Señor y quiere ser, Él solo, su sostén y confianza. Y la única razón porque procede así, reside en su pura bondad y misericordia. Pues, fuera de su propia bondad no hay nada que lo mueva a Dios a hacer ninguna obra; nuestras obras no sirven en absoluto para que Dios nos dé o haga algo. Nuestro Señor quiere que sus amigos se desprendan de semejante sostén y por lo tanto se lo quita para que Él solo sea su sostén. Pues quiere darles algo grande y quiere hacerlo puramente por su libre bondad; Él habrá de ser su sostén y consuelo y ellos deben descubrir y considerar que son pura nada en medio de todos los grandes dones de Dios. Porque, cuanto más desnudo y libre sea el ánimo que se abandone a Dios, siendo sostenido por Él, tanto más hondo será colocado en Dios el hombre y será susceptible de hallar a Dios en todos sus preciosísimos dones. Pues el hombre ha de confiar sólo en Dios.

20. Del Cuerpo de Nuestro Señor. Cómo se lo debe recibir a menudo y de qué manera y con qué devoción.

A quien desea recibir de buena gana el Cuerpo de Nuestro Señor, no le hace falta mirar qué es lo que siente o nota en su fuero interior o cuán grande es su ternura o devoción, sino que ha de observar cómo son su voluntad y disposición de ánimo. No debes dar mucha importancia a lo que sientes; antes bien, considera como grande aquello que amas y anhelas.

El hombre que quiere y puede acercarse de manera despreocupada a Nuestro Señor, en primer lugar debe averiguar si tiene la conciencia libre de todo reproche en cuanto al pecado. En segundo lugar, la voluntad del hombre ha de estar dirigida hacia Dios de manera que no pretenda ni apetezca nada que no sea Dios ni completamente divino, y que le disguste aquello que no es compatible con Dios. De hecho en este aspecto el hombre debe darse cuenta de lo alejado o cercano de Dios que se halla: depende de si posee mucho o poco de tal disposición. En tercer lugar, al hacerlo [=comulgar con frecuencia] ha de notarse en él que el amor del Sacramento y de Nuestro Señor va creciendo cada vez más y que la veneración temerosa no disminuye a causa de las frecuentes comuniones. Pues, aquello que a menudo es vida para determinada persona, para otra es mortal. Por ello debes fijarte en tu fuero íntimo [para ver] si crece tu amor hacia Dios y no se apaga tu veneración. Si haces así, cuanto más a menudo acudas al Sacramento, tanto mejor llegarás a ser y también dará un resultado tanto mejor y más útil. Y por eso, no permitas que te quiten a tu Dios con palabras o prédicas; porque, cuanto más, tanto mejor y más agradable a Dios. Pues Nuestro Señor tiene ganas de morar dentro del hombre y junto con él.

Ahora podrías decir: ¡Ay, señor, me veo tan vacío y frío y perezoso y por esto no me animo a acudir a Nuestro Señor!

Entonces digo yo: ¡Tanto más necesitas acudir a tu Dios! pues por Él serás inflamado y sentirás ardor y en Él serás santificado y vinculado y unido sólo a Él, pues, en el Sacramento, y en ninguna otra parte, encuentras con igual excelencia esta merced de que tus fuerzas corpóreas se unan y concentren gracias al excelso poder de la presencia corpórea del Cuerpo de Nuestro Señor, de modo que todos los sentidos dispersos del hombre y su ánimo se concentren y unan en esta [presencia], y ellos que, dispersos entre si, estaban demasiado inclinados hacia abajo, aquí son enderezados y presentados con orden a Dios. Y este Dios que mora en el interior los acostumbra a dirigirse hacia dentro y les quita el hábito de dejarse estorbar físicamente por las cosas temporales y así se tornan hábiles para las cosas divinas, y, fortalecido por su Cuerpo, tu cuerpo es renovado. Porque nosotros hemos de ser transformados en Él y unidos con integridad a Él (cf. 2 Cor. 3,18), de modo que lo suyo llegue a ser nuestro y todo lo nuestro suyo, nuestro corazón y el suyo, un solo corazón, nuestro cuerpo y el suyo, un solo cuerpo. Nuestros sentidos y nuestra voluntad e intención, nuestras potencias y miembros, habrán de ser trasladados

padre no hace sino una sola obra, por eso hace de mí su hijo unigénito, sin ninguna diferencia.

“Seremos transformados y transfigurados totalmente en Dios” (cf. 2 Cor. 3,18), ¡Escucha un símil! [Sucede] exactamente del mismo modo que cuando en el Sacramento el pan se transforma en el Cuerpo de Nuestro Señor; cualquiera sea el número de panes, se transforman en un solo cuerpo. Del mismo modo, si todos los panes fueran transformados en mi dedo, no habría más que un solo dedo. Luego, si mi dedo fuera transformado [otra vez] en pan, éste sería tanto como aquél. La cosa que se transforma en otra, llega a ser una sola con ella. Exactamente de la misma manera soy transformado en Él, de modo que Él me convierte en ser suyo [y esto] como uno [y] no igual; por Dios vivo, es verdad que no existe distinción alguna.

El Padre engendra a su Hijo sin cesar. Cuando el Hijo ha nacido, [ya] no toma nada del Padre porque lo tiene todo, pero cuando nace, toma del Padre. Con miras a ello, tampoco debemos desear nada de Dios como si fuera un extraño. Nuestro Señor dijo a sus discípulos: “No os he llamado siervos sino amigos” (cf. Juan 15,14 y ss.). Quien pide algo de otro es *siervo* y quien paga es *señor*. El otro día reflexioné sobre si quería tomar o pedir alguna cosa de Dios. Lo pensaré dos veces, pues si aceptara algo de Dios, me hallaría por debajo de Él como un *siervo* y Él, al dar, [sería] un *señor*. [Pero] así no ha de ser con nosotros en la vida eterna.

Dije una vez en este mismo lugar y sigue siendo verdad: Cuando el hombre atrae o toma algo [que se halla] fuera de él, procede mal. Uno no debe tomar ni mirar a Dios como [si estuviera] fuera de uno mismo, sino [que lo debe tomar y ver] como propiedad y como algo que se halla dentro de mí; además, no se ha de servir ni obrar a causa de ningún porqué, ni por la gloria de Dios ni por el propio [honor], ni por cosa alguna que se halle fuera de uno, sino sólo a causa de lo que son el propio ser y la propia vida dentro de uno. Algunas personas bobas opinan que deberían ver a Dios como si estuviera allá y ellas acá. No es así, Dios y yo somos uno. Mediante el conocimiento acojo a Dios dentro de mí, [y] mediante el amor me adentro en Dios. Hay quienes dicen que la bienaventuranza no depende del conocimiento sino sólo de la voluntad. Se equivocan; pues, si dependiera únicamente de la voluntad no sería una sola cosa. [Mas] el obrar y el devenir son una sola cosa. Cuando el carpintero no

sus obras con Dios y Dios [las hace] con ellos. Dice San Juan: “El Verbo estaba con Dios” (Juan 1, 1). Era por completo igual y estaba a su lado, ni por debajo ni por encima, sino que [era] igual. Cuando Dios creó al hombre, creó a la mujer del costado del hombre para que le fuera igual. No la creó ni de la cabeza ni de los pies, para que no fuera para él ni mujer ni hombre, sino que fuese igual. Así también el alma justa ha de ser igual, junto con Dios y al lado de Dios, exactamente igual, ni por debajo ni por encima.

¿Quiénes son los que de tal manera son iguales? Quienes no se igualan a nada, sólo éstos son iguales a Dios. El ser divino no se iguala a nada; en Él no hay ni imagen ni forma. A las almas que se [le] igualan de tal modo, el Padre les da en forma igual y no les escatima nada. Cuanto el Padre es capaz de hacer, lo da a esta alma de modo igual, por cierto, siempre y cuando ella no se asemeje más a sí misma que a otra persona, y no ha de hallarse más cerca de sí misma que de otro. Su propio honor, su provecho y cualquier cosa suya, no los debe apetecer más ni prestarles mayor atención que a los de un forastero. Cualquier cosa —ya sea buena, ya sea mala— que pertenezca a alguien no le ha de resultar ni ajena ni alejada. Todo el amor de este mundo está erigido sobre el amor propio. Si hubieras renunciado a este último, habrías renunciado al mundo entero.

El Padre engendra a su Hijo en la eternidad como igual a sí mismo. “El Verbo estaba con Dios y Dios era el Verbo”: era lo mismo en la misma naturaleza. Digo además: Lo ha engendrado en mi alma. Ella no sólo está con Él y Él con ella como iguales, sino que se halla dentro de ella, y el Padre engendra a su Hijo dentro del alma de la misma manera que lo engendra en la eternidad, y no de otro modo. Tiene que hacerlo, le agrade o le disguste. El Padre engendra a su Hijo sin cesar, y yo digo más aún: Me engendra a mí como su hijo y como el mismo Hijo. Digo más todavía: Me engendra no sólo como su hijo, me engendra a mí como [si yo fuera] Él, y a sí como [si fuera] yo, y a mí como su ser y su naturaleza. En el manantial más íntimo broto yo del Espíritu Santo; allí hay una sola vida y un solo ser y una sola obra. Todo cuanto obra Dios es uno; por eso me engendra como hijo suyo sin ninguna diferencia. Mi padre camal no es mi padre propiamente dicho, sino [que lo es] sólo con un pequeño pedacito de su naturaleza y yo estoy separado de él; él puede estar muerto y yo [puedo] vivir. Por eso, el Padre celestial es de veras mi padre, porque soy su hijo y tengo de Él todo cuanto poseo, y soy el mismo hijo y no otro. Como el

en Él de manera tal que no lo sienta y perciba en todas las potencias del cuerpo y del alma.

Ahora podrías decir: ¡Ay, señor, yo no percibo en mí nada de cosas grandes sino sólo pobreza! ¿Cómo podré atreverme entonces, a acudir a Él?

A fe mía, si quieres transformar del todo tu pobreza, acude al abundante tesoro de toda la riqueza inconmensurable, así serás rico; pues debes abrigar en tu fuero íntimo la certidumbre de que sólo Él es el tesoro que te puede bastar y colmar. “Por lo tanto —dirás— quiero dirigirme hacia ti para que tu riqueza llene mi pobreza, y toda tu inconmensurabilidad colme mi vacío y tu ilimitada e inescrutable divinidad llene mi humanidad demasiado indigna y corrupta.”

“¡Ay, Señor, he pecado mucho; no puedo expiarlo!” Justamente por ello acude a Él, que expió todas las culpas como era debido. En Él bien podrás ofrecer al Padre celestial un digno sacrificio por todas tus culpas.

“¡Ay, Señor, me gustaría cantar loas, pero no puedo!” Acude a Él, sólo Él es un agradecimiento aceptable para el Padre y una loa inconmensurable, verídica y perfecta de toda la bondad divina.

En suma, si quieres ser librado de todas las flaquezas y revestido de virtudes y mercedes y guiado y conducido deliciosamente hacia el origen, con todas las virtudes y mercedes, consérvate en un estado tal que puedas recibir el Sacramento con dignidad y frecuencia; entonces serás unido a Él y ennoblecido por su Cuerpo. Ah sí, en el Cuerpo de Nuestro Señor el alma es insertada en Dios con tal integridad que todos los ángeles, los querubines al igual que los serafines, ya no conocen ni saben encontrar ninguna diferencia entre ambos, pues dondequiera que toquen a Dios, tocarán al alma, y donde toquen al alma, [tocarán] a Dios. Nunca hubo unión tan estrecha, porque el alma se halla unida a Dios mucho más estrechamente que el cuerpo al alma, los que constituyen un solo hombre. Esta unión es mucho más estrecha de lo que [sería] si alguien vertiera una gota de agua en un tonel de vino: allí habría agua y vino: y esto será transformado de tal modo en una sola cosa que todas las criaturas juntas no serían capaces de descubrir la diferencia.

Ahora podrías decir: ¿Cómo puede ser? ¡Si yo no siento nada de eso! ¿Qué importa? Cuanto menos sientas y más firmemente creas, tanto más elogiable será tu fe y tanto más será estimada y elogiada; pues la fe íntima del hombre es mucho más que meros supuestos. En

ella poseemos un saber verdadero. En verdad, no nos falta nada sino una fe recta. El que nos imaginemos tener un bien mayor en una cosa que en otra, se debe sólo a preceptos externos, y sin embargo, no hay más en una cosa que en otra, Pues bien, en la misma medida en que uno cree, recibe y posee.

Ahora podrías decir: “¿Cómo sería posible que yo creyera en cosas más elevadas mientras no me encuentro en semejante estado sino que soy débil y me inclino hacia muchas cosas?”

Mira, en este caso debes observar en ti dos cosas diferentes que también caracterizaron a Nuestro Señor. Él también tenía potencias superiores e inferiores y ellas tenían [que hacer] dos obras distintas: sus potencias superiores poseían la eterna bienaventuranza y disfrutaban de ella, Pero, al mismo tiempo, las inferiores se encontraban sometidas a los máximos sufrimientos y luchas en esta tierra, y ninguna de esas obras era un obstáculo para el objeto de otra. Así habrá de ser también en tu fuero íntimo, de modo que las potencias supremas se hallen elevadas hacia Dios y le sean ofrecidas y unidas íntegramente. Más aún: todos los sufrimientos, a fe mía, han de ser encargados sólo al cuerpo y a las potencias inferiores y a los sentidos; mas el espíritu debe elevarse con plena fuerza y abismarse, desapegado, en su Dios. Pero el sufrimiento de los sentidos y de las potencias inferiores —al igual que esa tribulación— no lo afectan [al espíritu]; porque cuanto mayor y más recia es la lucha, tanto mayores y más elogiables son también la victoria y la honra por la victoria, pues en este caso, cuanto mayor sea la tribulación y cuanto más fuerte el impacto del vicio, y el hombre los vence, no obstante, tanto más poseerás también esa virtud y tanto más le gustará a tu Dios. Y por ello: si quieres recibir dignamente a tu Dios, cuida de que tus potencias superiores estén orientadas hacia tu Dios, que tu voluntad busque su voluntad y [fíjate en] cuál es tu intención y cómo anda tu lealtad hacia Él.

En semejante [estado] el hombre nunca recibe el precioso Cuerpo de Nuestro Señor sin recibir al mismo tiempo una gracia extremadamente grande; y cuanto más a menudo [lo haga] tanto más beneficioso [será]. Ah sí, el ser humano sería capaz de recibir el Cuerpo de Nuestro Señor con tal devoción y disposición de ánimo que él, estando destinado a llegar al coro más bajo de los ángeles, con recibirlo una sola vez sería elevado al segundo coro; ah sí, sería imaginable que lo recibieras con una devoción tal que te considerarían digno de [ingresar en] los coros octavo y noveno. Por ende, si dos

regocijo del reino de los cielos ni a cosa alguna. Es más: sí toda la pena que sufren aquellos que-están en el infierno, tanto hombres como diablos, o si todas las penas que en algún momento han sido o serán sufridas en esta tierra, estuvieran relacionadas con la justicia, no les daría un bledo; tan firmemente toman el partido de Dios y de la justicia. Al hombre justo nada le resulta más penoso y pesado que lo que está en contra de la justicia: [es decir, el hecho] de que no se muestre ecuánime en todas las cosas. ¿Cómo [es] eso? Si una cosa puede alegrar [a los hombres] y otra afligirlos, no son justos; más aún, si son alegres en un momento, lo son en todos; si en un momento están más alegres y en otro menos, eso está mal. Quien ama la justicia, se halla colocado con tanta firmeza sobre ella, que aquello que ama es su ser; no hay cosa capaz de apartarlo ni se fija en nada más. Dice San Agustín:⁵ “Donde el alma ama, ahí está con más propiedad que allí donde da vida”. Nuestra palabra de la Sagrada Escritura] suena modesta y comprensible para todos; y, sin embargo, difícilmente hay alguien que comprenda su significado; y no obstante, es verdad. Quien comprenda la doctrina de la justicia y del justo, comprenderá todo cuanto digo.

“Los justos vivirán...” Por entre todas las cosas no hay nada tan querido y tan apetecible como la vida. Y, por otra parte, no hay ninguna vida tan mala ni onerosa que el hombre, pese a todo, no quiera vivir. Dice un escrito: Cuanto más cerca se halla una cosa de la muerte, tanto más apenada está. No importa lo mala que sea la vida, quiere vivir, no obstante. ¿Por qué comes? ¿Por qué duermes? Para que vivas. ¿Por qué apeteces bienes u honores? Lo sabes muy bien. Pero ¿por qué vives? Por la vida y, sin embargo, no sabes por qué vives. La vida en sí es tan apetecible que uno la apetece a causa de ella misma. Quienes están en el infierno, [sufriendo] la pena eterna, no quisieran perder su vida, ni los diablos ni las almas, porque su vida es tan noble que fluye de Dios al alma sin mediador alguno. Como fluye tan de inmediato de Dios, por eso quieren vivir. ¿Qué es la vida? El ser de Dios es mi vida. Entonces, si mi vida es el ser de Dios, el ser de Dios ha de ser mío y la esencia primigenia⁶ de Dios mi esencia primigenia, ni más ni menos.

Ellos viven de manera eterna “con Dios”, de modo exactamente igual con Dios, ni por debajo ni por encima. Hacen todas

⁵ Se trataría de Bernardo de Clairvaux, *Liber de praecepto et dispensatione*, c. 20, n. 60.

⁶ “Esencia primigenia”. Eckhart usa la palabra *istichheit* traducida por Quint por *Wesenheit*.

corazón capaz de pensar lo grande que es la alegría que esto les da. ¿Por qué será así? Porque aman a Dios sobremanera, y su amor es tan verdadero que prefieren la honra [de Dios] a la bienaventuranza de ellos. Y esto les da tanto placer no sólo a los santos y a los ángeles, sino también a Dios mismo, tal como si fuera la bienaventuranza de Él, y su ser y su contento y su deleite dependen de ello. ¡Pues bien, ahora prestad atención! Si quisiéramos servir a Dios por ninguna otra causa que por la gran alegría que sienten quienes están en la vida eterna, y Dios mismo, podríamos hacerlo con gusto y con todo empeño posible.

También podemos prestar ayuda a quienes están en el purgatorio y [procurar] la corrección y...³ de los que todavía viven.

Semejante hombre es justo en determinada manera, pero en otro sentido son justos aquellos que aceptan de Dios todas las cosas con ecuanimidad, sea lo que fuere, grande o chico, querido o desagradable [considerándolo] todo como igual, sin más ni menos, una cosa como la otra. Si de algún modo valoras una cosa más que otra, está mal. Debes desasirte por completo de tu propia voluntad.

El otro día se me ocurrió la siguiente idea: si Dios no quisiera como yo, yo querría, sin embargo como Él. Algunas personas quieren tener su propia voluntad en todas las cosas; eso está mal, ahí hay un defecto. Hay otros un poco mejores: quieren por cierto lo que quiere Dios [y] no quieren nada en contra de su voluntad; [pero] si estuvieran enfermos, querrían más bien que fuera la voluntad divina que estuviesen sanos. Esa gente preferiría pues, que Dios quisiera según la voluntad de ellos antes que ellos quisieran [las cosas] de acuerdo con su voluntad [de Dios]. Hay que aceptarlo, pero es incorrecto. Los justos no tienen absolutamente ninguna voluntad; todo lo que quiere Dios, les da lo mismo, por grande que sea la aflicción.

Los hombres justos toman tan en serio la justicia que, si Dios no fuera justo, Él no les importaría un comino,⁴ y se mantienen tan firmes en la justicia habiéndose desasido tan completamente de sí mismos, que no prestan atención ni al tormento del infierno ni al

hombres fueran iguales en toda su vida, mas uno de ellos hubiera recibido dignamente el Cuerpo de Nuestro Señor una vez más que el otro, entonces el [primer] hombre sería frente al segundo como un sol resplandeciente y obtendría una unión especial con Dios.

Esta recepción y bienhadada fruición del Cuerpo de Nuestro Señor no dependen sólo de la ingestión exterior, sino que se dan también cuando se comulga espiritualmente con el ánimo ansioso y unido [a Dios] en la devoción. Esto lo puede hacer el hombre con una confianza tal que llega a ser más rico en mercedes que ninguna persona en esta tierra. El hombre puede hacerlo mil veces por día y más aún, se halle donde se hallare, esté enfermo o sano. Pero debemos prepararnos para ello como si fuéramos recibiendo el Sacramento, bien ordenados y de acuerdo con la fuerza del deseo. Mas si uno no tiene el deseo, que se estimule y prepare para tenerlo y que actúe conforme a ello, así llegará a ser santo en este tiempo y bienaventurado en la eternidad; pues seguir a Dios e imitarlo, esto es la eternidad. Que nos la dé el Maestro de la verdad y el Amante de la pureza y la Vida de la eternidad. Amén.

21. Del fervor

Cuando un hombre quiere recibir el Cuerpo de Nuestro Señor que acuda sin grandes preocupaciones. Pero conviene y es muy útil confesarse antes, aun sin tener conciencia de haber pecado, [sólo] para [obtener] el fruto del Sacramento de la confesión. Mas, si hubiera alguna cosa que lo declarara culpable y él, a causa de sus obligaciones, no fuera capaz de confesarse, entonces, que se reúna con su Dios, declarándose culpable ante Él con gran arrepentimiento y conformándose hasta que disponga de tiempo para confesarse. Si en el ínterin se olvida de la conciencia o del reproche del pecado, podrá pensar que Dios lo había olvidado también. Antes que con los hombres hay que confesarse con Dios, y cuando se es culpable, tomar muy en serio la confesión ante Dios y acusarse con rigor. Cuando uno quiere recibir el Sacramento, tampoco debe pasar por alto con ligereza esta última [obligación] ni dejarla a un lado a causa de la expiación exterior, porque [sólo] la disposición de ánimo del hombre en sus obras es justa y divina y buena.

Uno debe aprender a estar [interiormente] libre en plena actividad. Mas para un hombre inexperto constituye una empresa inusitada llegar a un punto donde no lo estorbe ninguna muchedumbre

³ Quint supone que falta un sustantivo tras "corrección" que tendría el significado de *aedificatio* = "buen ejemplo".

⁴ "Un comino" o "un bledo". El original dice *eine bone* = "un haba". El español antiguo también conocía esta expresión, Cf. Berceo: "toda su maestría non valió una hava". Tomamos la cita de Rafael Lapasa, *Historia de la lengua española*, Madrid, 1980, p. 230.

ni obra —para ello se requiere un gran fervor—y que tenga de continuo presente a Dios y que Él le resplandezca siempre, todo desnudo, en cualquier momento y en cualquier ambiente. Para esto se requieren un fervor bien ágil y dos cosas en especial: una [consiste en] que el hombre mantenga bien cerrado su fuero íntimo de modo que su ánimo esté protegido contra las imágenes que se hallan afuera, para que permanezcan fuera de él y no se paseen con él, ni lo traten de manera inadecuada, ni encuentren su morada dentro de él. La otra cosa [consiste en] que el hombre no se entregue ni a sus imágenes interiores, ya sean representaciones o un enaltecimiento de su ánimo, ni a las imágenes exteriores o cualquiera que sea la cosa que el hombre tenga presente, y que con todo esto no se desorganice ni se distraiga ni se enajene con la multiplicidad. El hombre ha de acostumbrar a todas sus potencias para que actúen así y se orienten en este sentido, mientras él se acuerda de su intimidad.

Ahora podrías decir: [Mas] el hombre debe dirigirse hacia fuera si ha de obrar cosas externas; porque ninguna obra puede ser realizada a no ser en su propia forma de presentación.

Esto es bien cierto. Sin embargo, las apariencias externas no son ninguna cosa externa para el hombre ejercitado porque todas las cosas tienen para el hombre interior una divina [e] interna forma de existencia.

He aquí lo que es necesario ante todas las cosas: que el hombre acostumbre y ejercite su entendimiento para que [se dirija] bien y perfectamente hacia Dios, así lo divino aparecerá en su interior en todo momento. Para el entendimiento no hay nada tan propio ni tan presente ni tan cercano como Dios. El [entendimiento] nunca se dirige hacia otra parte. No se vuelve hacia las criaturas a no ser que se le haga fuerza y agravio en cuyo caso es quebrantado y pervertido directamente. Luego, cuando está corrompido en un joven o en cualquier persona, hay que educarlo con grandes esfuerzos, y uno debe hacer todo cuanto pueda para acostumbrar y atraer otra vez al entendimiento. Pues, por más que Dios le sea propio y natural, una vez que se halle pervertido y afianzado en las criaturas habiéndose apropiado de sus imágenes y acostumbrado [al trato de las criaturas], se habrá debilitado tanto en esta parte y se hallará tan impotente respecto a sí mismo, y tan contrariado en sus nobles afanes, que todo el empeño que el hombre pueda poner, resultará poco para recuperar su viejo hábito. Y aun cuando ponga todo [su esfuerzo], necesitará cuidarse continuamente.

VI¹

Iusti vivent in aeternum.

[Los justos vivirán eternamente.]

“Los justos vivirán eternamente y su recompensa está con Dios” (Sabid. 5,16). Ahora fijaos muy bien en el sentido de esta [palabra]; puede ser que suene simple y comprensible para todos, sin embargo, es muy digna de consideración y del todo buena.

“Los justos vivirán...” ¿Quiénes son los justos? Un escrito dice:² “Es justo aquel que da a cada cual lo que es de él”: aquellos pues, que dan a Dios lo que es de Él, y a los santos y a los ángeles lo que es de ellos, y al semejante lo que es de él.

La honra pertenece a Dios. ¿Quiénes son los que honran a Dios? Son aquellos que se han desasido en su totalidad de sí mismos y no buscan en absoluto lo suyo en ninguna cosa, sea la que fuere, grande o pequeña; aquellos que no miran nada por debajo ni por encima de ellos, ni [lo que se halla] a su lado o en ellos; aquellos que no piensan ni en bienes, ni en honores, ni en comodidades, ni en placeres, ni en provecho, ni en recogimiento, ni en santidad, ni en recompensa, ni en el reino de los cielos, habiéndose desasido de todo ello, de todo lo suyo... de tales hombres Dios recibe honor y ellos honran a Dios en el sentido propiamente dicho y le dan lo que le pertenece.

A los ángeles y a los santos hay que darles alegría. ¡Oh, maravilla superior a todas las maravillas! ¿Es posible que un ser humano en esta vida les dé alegría a quienes se hallan en la vida eterna? ¡Sí, es cierto! Todo santo siente mucha e inefable alegría por cualquier obra buena; por una voluntad o una aspiración buenas sienten tamaña alegría que no hay boca capaz de pronunciar ni

¹ Se atribuye al “maestro Eberhart”. Según un encabezamiento corresponde a la Fiesta de todos los Santos.

² *Instituciones (Iustiniani)* 1. 1. 1 pr.

retirarse así como toda su divinidad. Mas, donde sale la imagen allí entra Dios. Él desea tanto que tú salgas de ti mismo, en cuanto a tu índole de criatura, como si de ello dependiera toda su bienaventuranza. Pues bien, mi querido hombre, ¿qué daño te hace si le permites a Dios que sea Dios dentro de ti? Sal por completo de ti mismo por amor de Dios, luego Dios saldrá por completo de sí mismo por amor de ti. Cuando estos dos salen, entonces lo que queda es un Uno simple. En este Uno el Padre engendra a su Hijo dentro del manantial más íntimo. Allí sale floreciendo el Espíritu Santo y allí surge dentro de Dios una voluntad que pertenece al alma. La voluntad es libre mientras no se halla afectada por ninguna criatura y por nada que sea criaturidad. Cristo dice: “Nadie asciende al cielo sino Aquel que ha bajado del cielo” (Juan 3,13). Todas las cosas fueron creadas de [la] nada; por eso su verdadero origen es [la] nada, y en cuanto esta noble voluntad se inclina hacia las criaturas, en tanto se derrama con ellas en su nada.

Ahora cabe preguntar: Esta noble voluntad ¿se derrama hasta un punto tal que nunca puede volver? Los maestros dicen⁷ por regla general que nunca volverá, en cuanto se haya derramado unto con el tiempo. Mas yo digo: Toda vez que esta voluntad se aparte de sí misma y de toda criaturidad, volviendo por un solo instante hacia su primer origen, la voluntad se presentará [otra vez] en su recta índole libre y es libre; y en ese instante se recupera todo el tiempo perdido.

A menudo la gente me dice: ¡Rogad por mí! Entonces pienso: ¿Por qué salís? ¿Por qué no permanecéis dentro de vosotros mismos y echáis mano de vuestro propio bien? Si lleváis dentro de vosotros toda la verdad en su esencia.

Que Dios nos ayude a permanecer verdaderamente adentro del modo señalado, [y] a poseer toda la verdad de inmediato y sin distinción en la verdadera bienaventuranza. Amén.

Ante todo, el hombre debe acostumbrarse a adquirir hábitos firmes y adecuados. Si un hombre inexperimentado y no ejercitado quisiera comportarse y actuar como otro experimentado, se arruinaría por completo y no llegaría a nada. Cuando el hombre antes que nada se ha desacostumbrado y enajenado, él mismo, de todas las cosas, entonces sí podrá ejecutar todas sus obras con tino y entregarse a ellas sin preocupación, o carecer de ellas sin ningún impedimento. En cambio: cuando el hombre ama una cosa y se regocija con ella y cede voluntariamente a ese gozo, ya se trate de comida o bebida o de cualquier otra cosa, esto no puede hacerse sin daño en un hombre no ejercitado.

El hombre debe acostumbrarse a no buscar ni desear lo suyo en nada sino que [ha de] encontrar y aprehender a Dios en todas las cosas. Porque Dios no otorga ningún don —y nunca lo otorgó— para que uno posea el don y descanse en él. Antes bien, todos los dones que Él otorgó alguna vez en el cielo y en la tierra, los dio sólo con la finalidad de poder dar un solo don: éste es Él mismo. Con todos esos dones sólo quiere prepararnos para [recibir] el don que es Él mismo; y todas las obras que Dios haya hecho alguna vez en el cielo y en la tierra, las hizo únicamente para poder hacer una sola obra, es decir, para que se haga feliz a fin de poder hacernos felices a nosotros. Por lo tanto digo: Debemos aprender a contemplar a Dios en todos los dones y obras, y no hemos de contentarnos con nada ni detenernos en nada. Para nosotros no existe en esta vida ningún detenerse en modo alguno de ser, y nunca lo hubo para hombre alguno por más lejos que hubiera llegado. Antes que nada, el hombre debe mantenerse orientado, en todo momento, hacia los dones divinos y [esto] cada vez de nuevo.

Me referiré brevemente a una mujer que deseaba mucho que Nuestro Señor le diera una cosa; pero entonces yo dije que ella no estaba bien preparada y si Dios le diese el don sin que estuviera preparada, [ese don] se echaría a perder.

Una pregunta: ¿Por qué no estaba preparada? ¿Si ella tenía buena voluntad y vos decís que ésta es capaz de hacer todas las cosas y contiene en sí todas las cosas y toda la perfección?

Esto es verdad. [Mas] en la voluntad hay que contemplar dos significaciones: una voluntad es contingente y no esencial, otra es decisiva y creadora y habitual.

⁷ Cf. *Ibid.*, III. q 80. a. 6.

A fe mía, no es suficiente que el ánimo del hombre se halle desasido en el momento actual cuando uno quiere unirse con Dios, sino que uno debe disponer de un desasimiento bien ejercitado que tanto precede como perdura. Entonces es posible recibir grandes cosas de Dios y recibir a Dios en todas las cosas. [Pero] si uno no está preparado, arruina el don y a Dios junto con el don. Es ésta la razón por la cual Dios no nos puede dar siempre lo que pedimos. La falta no está en Él, pues Él tiene mil veces más prisa de dar que nosotros de aceptar. Pero nosotros lo forzamos y lo agraviamos al impedirle [que haga] su obra natural por culpa de nuestra falta de preparación.

El hombre debe aprender a sacar de su interior su sí-mismo y a no retener nada propio y a no buscar nada, ni provecho ni placer ni ternura ni dulzura ni recompensa ni el paraíso ni la propia voluntad. Dios nunca se entregó, ni se entregará jamás, a una voluntad ajena. Sólo se entrega a su propia voluntad. Donde Dios encuentra su voluntad, ahí se entrega y se abandona a ella con todo cuanto es. Y cuanto más dejemos de ser en cuanto a lo nuestro, tanto más verdaderamente llegaremos a ser dentro de ésta [la voluntad divina]. Por ello no es suficiente que renunciemos una sola vez a nosotros mismos y a todo cuanto poseemos y podemos sino que debemos renovarnos con frecuencia y hacer que nosotros mismos seamos simples y libres en todas las cosas.

También es muy útil que el hombre no se contente con poseer en su ánimo las virtudes, como son [la] obediencia, [la] pobreza y otra virtud; antes bien, el hombre ha de ejercitarse, él mismo, en las obras y frutos de la virtud y ponerse a prueba con frecuencia, anhelando y deseando que la gente lo ejercite y ponga a prueba. Porque no basta con hacer las obras de la virtud, ya sea obedecer, ya sea cargar con la pobreza o el desprecio, ya sea que uno se humille o renuncie a sí mismo de otra manera, sino que se debe aspirar a obtener la virtud en su esencia y fondo y no hay que desistir nunca hasta lograrlo. Y si uno la tiene, esto se puede conocer por el siguiente hecho: cuando uno ante todas las cosas es propenso a la virtud y hace las obras de la virtud sin preparación [especial] de la voluntad, ejecutándolas sin designio propio y especial en aras de una causa justa y grande y las hace más bien por ellas mismas y por amor a la virtud y sin ningún porqué... entonces posee la virtud en su perfección y antes no.

Que uno aprenda a desasirse de sí mismo hasta no retener ya nada propio. Todo el tumulto y la discordia provienen siempre de la propia voluntad, no importa que uno lo note o no. Uno mismo debe

apartados de Dios, este *no* solo atormenta a las almas en el infierno, más que la propia voluntad o cualquier fuego. De cierto digo: Eres imperfecto en la medida en que te queda apegado el *no*. Por eso, si queréis ser perfectos, debéis ser libres del *no*.

Por ello dice la palabrita que os he citado: “Dios ha enviado a su Hijo unigénito al mundo”; esto no lo debéis interpretar con miras al mundo exterior, cómo comía y bebía con nosotros; tenéis que comprenderlo con respecto al mundo interior. Así como es verdad que el Padre en su naturaleza simple engendra a su Hijo en forma natural, también es verdad que lo engendra en lo más entrañable del espíritu y esto es el mundo interior. Ahí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo el de Dios. Ahí vivo de lo mío, así como Dios vive de lo suyo. Para quien mirara alguna vez en este fondo, aunque fuera por un solo instante, para ese hombre mil marcos de oro amonedado valdrían lo mismo que un maravedí falso. Desde este fondo más entrañable has de obrar todas tus obras sin porqué alguno. De cierto digo: Mientras hagas tus obras por el reino de los cielos o por Dios o por tu eterna bienaventuranza, [es decir], desde fuera, realmente andarás mal. Pueden aceptarte tal cual, pero no es lo mejor. Pues de veras, quien se imagina que recibe más de Dios en el ensimismamiento, la devoción, el dulce arrobamiento y en mercedes especiales, que [cuando se halla] cerca de la lumbre o en el establo, hace como si tomara a Dios, le envolviera la cabeza con una capa y lo empujara por debajo de un banco. Pues, quien busca a Dios mediante determinado modo, toma el modo y pierde a Dios que está escondido en el modo. Pero quien busca a Dios sin modo lo aprehende tal como es en sí mismo; y semejante persona vive con el Hijo y Él es la vida misma. Si alguien durante mil años preguntara a la vida: “¿Por qué vives?”... ésta, si fuera capaz de contestar, no diría sino: “Vivo porque vivo”. Esto se debe a que la vida vive de su propio fondo y brota de lo suyo; por ello vive sin porqué, justamente porque vive por sí misma. Si alguien preguntara entonces a un hombre veraz, uno que obra desde su propio fondo: “¿Por qué obras tus obras?”... él, si contestara bien, no diría sino: “Obro porque obro”.

Donde termina la criatura, ahí Dios comienza a ser. Pues bien, lo único que Dios te exige, es que salgas de ti mismo, en cuanto a tu índole de criatura, y que permitas a Dios ser Dios dentro de ti. La menor imagen de lo creado, que en algún instante se forma dentro de ti, es tan grande como lo es Dios. ¿Por qué? Porque te impide [tener] un Dios entero. Justamente allí donde entra la imagen, Dios debe

[también] a mí en esta naturaleza. Ahora podríais preguntarme lo siguiente: Como yo en esta naturaleza poseo todo cuanto Cristo puede realizar según su humanidad, ¿a qué se debe entonces que enaltezcamos a Cristo venerándolo como Nuestro Señor y Nuestro Dios? Esto se debe al hecho de que haya sido un mensajero de Dios [enviado] a nosotros, y nos ha traído nuestra salvación. La salvación que nos trajo era nuestra.⁴ Allí donde el Padre engendra a su Hijo en el fondo más entrañable, allí entra también volando esta naturaleza [humana]. Ella es una y simple. Puede ser que alguna cosa se deje entrever o se apegue, pero no es lo Uno.

Digo otra cosa que es más complicada aún: Quien ha de subsistir inmediatamente en la desnudez de esta naturaleza, debe haberse apartado de todo lo personal de modo que le desee tantas cosas buenas a un hombre allende el mar, a quien nunca vieron sus ojos, como al hombre que se halla junto a él y es su amigo íntimo. Mientras desees más bienes para tu propia persona que para el hombre que nunca viste, andas mal por cierto, y nunca atisbaste ni por un solo instante este fondo simple. Es bien posible que hayas visto la verdad en una imagen deducida al modo de un símil: pero no ha sido lo óptimo.

Por otra parte, debes tener el corazón puro, pues sólo es puro aquel corazón que ha aniquilado toda criaturidad.⁵ En tercer lugar debes mantenerte libre del *no*. Se suele preguntar ¿qué es lo que quema en el infierno? Los maestros dicen⁶ por regla general: Esto lo hace la propia voluntad. Pero yo digo conforme a la verdad, que lo que quema en el infierno es el *no*. ¡Escucha pues, un símil! Que tomen un carbón ardiente y me lo pongan en la mano. Si yo dijera entonces que el carbón me quemaba la mano, le haría una gran injusticia. Mas, si he de decir con acierto qué es lo que me quema, [afirmaré] que lo hace el *no*, porque el carbón contiene algo que no contiene mi mano. Mirad, justamente este *no* es lo que me quema. Mas, si mi mano contuviera todo cuanto es el carbón y lo que éste puede hacer, entonces ella poseería toda una naturaleza de fuego. Luego, si alguien tomara todo el fuego que hubiese ardido jamás y lo arrojara sobre mi mano, no me podría doler. De igual modo digo: Como Dios y todos cuantos se mantienen en la contemplación de Dios, poseen en la verdadera bienaventuranza algo que no tienen aquellos que están

entregarse, junto con todo lo suyo, a la buena y queridísima voluntad de Dios, mediante el puro desasimiento del querer y apetecer, y esto con respecto a todo cuanto uno pueda querer o apetecer con miras a cualquier cosa.

Una pregunta: ¿Hace falta que renunciemos también voluntariamente a [sentir] la dulzura de Dios? ¿No puede ser que esto provenga también de nuestra desidia y de poco amor hacia Él?

Sí, es cierto: cuando se pasa por alto la diferencia. Pues provenga de la desidia o del desasimiento o del verdadero retraimiento, uno debe observar si, estando del todo desasido en su fuero íntimo, se ve en este estado de modo tal que le es tan leal a Dios como si tuviera el sentimiento fortísimo, de manera que uno en semejante estado hace todo cuanto haría en aquél y nada menos, y que uno se mantendría tan desasido de todo consuelo y auxilio como haría en el caso de sentir la presencia de Dios.

Al hombre recto, que tiene la voluntad completamente buena, ningún tiempo le puede resultar demasiado breve. Pues, donde la voluntad tiene la calidad de querer [hacer] cabalmente todo cuanto puede —no sólo ahora sino que querría hacer todo cuanto pudiera en el caso de que le fuera dado vivir mil años— semejante voluntad rinde tanto como se pudiera lograr con las obras durante mil años: ante Dios lo ha hecho todo.

22. Cómo se debe seguir a Dios, y de un modo bueno

El hombre que quiere emprender una vida u obra nuevas, debe dirigirse hacia su Dios, y solicitarle con gran fuerza y perfecta devoción que le disponga lo óptimo de todo y aquello que quiera más y que le resulte lo más digno, y que con ello no quiera ni pretenda lo suyo sino sólo [hacer] la queridísima voluntad de Dios y nada más. Luego, cualquier cosa que Dios disponga para él, la aceptará de inmediato de Dios y la considerará lo óptimo para sí mismo y se contentará con ella total y perfectamente.

Aun cuando después otro modo le guste más, deberá pensar: Este modo te lo asignó Dios, y por eso debe resultarle el mejor de todos. A este respecto ha de confiar en Dios y tiene que incluir todos los buenos modos en este mismo modo y aceptar todas las cosas en él y conforme con él cualquiera sea su índole. Porque el bien que Dios ha hecho y otorgado a determinado modo, se puede encontrar también

⁴ Quint supone que el texto anterior a "allí" es incompleto, por falta de ilación.

⁵ Quint supone que este texto tampoco es auténtico y completo.

⁶ Cf. Thomas, *Summa theologiae*. suppl., q. 70. a. 3.

en todos los modos buenos. Justamente en un solo modo deben aprehenderse todos los modos buenos y no la peculiaridad de este modo. Pues, en cada caso el hombre tiene que hacer una sola cosa, no puede hacerlas todas. Ha de ser una sola cosa por vez y [justamente] en ésta deben agarrarse todas. Porque, si el hombre quisiera hacerlo todo, esto y aquello, y abandonar su modo y adoptar el de otra persona, que en ese momento le gustaba mucho más, en verdad, se produciría así una gran inconstancia. Resulta que un hombre que abandonara el mundo y entrara de una vez por todas en una sola orden, llegaría con facilidad a la perfección a diferencia de otro que pasara de una orden a otra, por santa que fuera; esto se debe al cambio del modo. Que el hombre adopte un solo modo bueno y se quede con él por siempre e incluya en él todos los modos buenos, considerando [el suyo] como recibido de Dios, y que hoy no emprenda una cosa y mañana otra y que se mantenga libre de toda preocupación con respecto a que pueda perder una oportunidad. Porque con Dios nada se puede perder; así como Dios no puede perder nada, tampoco se puede perder nada con Dios. Por eso, acepta de Dios un solo [modo] e incluye en él todo lo bueno.

Pero, si se demuestra que no hay armonía de manera que una cosa no tolera a otra, entonces tómallo como señal certera de que no procede de Dios. Un bien no está en contra de otro, pues según dijo Nuestro Señor: “Todo reino que está dividido en sí mismo, debe perecer” (Lucas 11,17), y como dijo también: “El que no está conmigo está contra mí y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lucas 11,23). Así pues, ha de ser para ti una señal certera: aquel bien que no admite a otro, ni siquiera un bien menor, o que lo destruye no proviene de Dios. Debería rendir y no destruir. Aquí se intercaló una breve observación del siguiente tenor: Sin duda alguna nuestro leal Dios toma a cada hombre en lo que es óptimo para él.

Esto es una verdad segura, y nunca toma a un hombre postrado al cual lo mismo hubiera podido hallar de pie; porque la bondad de Dios pretende lo óptimo para todas las cosas.

Luego preguntaron: ¿Por qué Dios no se lleva a aquellos hombre de los cuales sabe que perderán la gracia bautismal, haciéndolo morir en su infancia antes de que lleguen a usar la razón, ya que sabe de ellos que caerán y no se levantarán más?... pues esto sería lo mejor para ellos.

A lo cual he contestado: ¡Dios no es un destructor de ningún bien sino que es un cumplidor! Dios no es un destructor de la

V b¹

In hoc apparuit caritas dei in nobis.

[En esto se ha manifestado la caridad de Dios hacia nosotros.]

“En esto se nos ha manifestado y hecho visible el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios ha enviado al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos con el Hijo y en el Hijo y por el Hijo” (1 Juan 4,9); porque andan mal, por cierto, todos cuantos no viven por medio del Hijo.

Si en alguna parte existiera un rey rico que tuviese una hija hermosa y la desposara con el hijo de un hombre pobre, entonces serían elevados y ennoblecidos por este hecho todos los integrantes de su estirpe. Dice, pues, un maestro:² Dios se hizo hombre [y] gracias a ello todo el género humano ha sido elevado y ennoblecido. Con razón debemos regocijarnos de que Cristo, nuestro hermano, por fuerza propia haya ascendido al cielo por encima de todos los coros angelicales, y esté sentado a la diestra del Padre. Este maestro ha dicho palabras acertadas, pero yo por cierto, no daría gran cosa por ello. ¿De qué me serviría si yo tuviera un hermano que fuese un hombre rico mientras yo fuera pobre? ¿De qué me serviría si tuviera un hermano que friera un hombre sabio mientras yo fuera un necio?

Digo otra cosa que va más al grano: Dios no sólo se hizo hombre, sino que adoptó la naturaleza humana.

Los maestros dicen³ por lo general que todos los hombres son igualmente nobles en su naturaleza. Pero yo digo conforme a la verdad: Todo el bien que han poseído todos los santos y María, la Madre de Dios, y Cristo, en cuanto a su humanidad, me pertenece

¹ Atribuido en un códice a ‘Eberhan’, en otro ‘sernio Eghart’. En los encabezamientos se hace referencia al primer domingo después de Pascua de Resurrección, al primer domingo después de la Santa Trinidad y a Navidad, respectivamente. Su autenticidad es dudosa.

² Cf. Thomas, *Summa theologiae*, III, q. 57, a. 5.

³ Quint remite a Thomas, II Sent., d. 32. q. 2. a. 3.

naturaleza sino que la perfecciona. La gracia tampoco destruye a la naturaleza sino que la perfecciona. Si Dios entonces, en un comienzo, destruyera así a la naturaleza, le haría violencia e injusticia; y esto no lo hace. El hombre tiene libre albedrío con el cual puede elegir entre el bien y el mal, y Dios le ofrece [para que elija] la muerte por la mala acción y la vida por la buena acción. El hombre ha de ser libre y señor de todas sus acciones, y no destruido ni obligado. [La] gracia no destruye a la naturaleza, sino que la perfecciona. La gloria no destruye a la gracia, sino que la perfecciona porque la gloria es la gracia perfeccionada. No existe, pues, nada en Dios que destruya algo que en alguna forma tiene existencia; Él es, al contrario, quien perfecciona todas las cosas. Del mismo modo, nosotros tampoco hemos de destruir en nosotros ningún bien por pequeño que sea, ni un modo insignificante a causa de otro grande; sino que debemos perfeccionarlo al máximo.

Se hizo referencia, por ejemplo, a un hombre que debía reiniciar una vida nueva, y yo dije lo siguiente: que ese hombre debería llegar a ser un hombre que buscara a Dios en todas las cosas y que encontrase a Dios en todo momento y en todos los lugares y con toda clase de gente en cualquier modo. En este [empeño] se puede avanzar y crecer siempre, sin cesar, en un progreso que nunca llega a su fin.

23. De las obras interiores y exteriores

[Pongamos el caso de] que un hombre quisiera ensimismarse con todas sus potencias, las internas y las externas, y en ese estado se hallaría de tal manera que en su interior no hubiera ninguna representación ni impulso forzoso alguno [que lo hiciera obrar] y él se encontraría, pues, sin ninguna actividad, ni interna ni externa: entonces uno debe observar bien si, estando así las cosas, [el hombre] no se siente impulsado espontáneamente a obrar. Pero, si resulta que no es atraído por ninguna obra y no tiene ganas de hacer nada, él debe obligarse a la fuerza a [emprender] una obra, ya sea interior o exterior —porque el hombre no debe contentarse con nada por bueno que ello parezca o sea— esto [ha de ser] para que el hombre aprenda a cooperar con su Dios cuando él [en otra ocasión] se halle bajo una fuerte presión o coacción [por obra divina] de modo tal que uno más bien puede tener la impresión de que el hombre, en vez de obrar, es obrado. No [se trata] de que uno deba huir o escaparse o desdecir de su interior, sino que justamente dentro de él y con él y a partir de él

aprenda a obrar, haciendo que la intimidad se abra paso hacia la actividad y que uno conduzca la actividad hacia la intimidad y que de esta manera uno se acostumbre a obrar sin coacción. Pues hay que dirigir las miradas hacia esa obra íntima y obrar a partir de ella, ya sea leyendo, rezando o —si corresponde, haciendo una obra externa. Pero, si la obra externa está por destruir la interna, hay que dedicarse a la interna. Mas, si ambas pudieran existir de consuno, sería lo mejor para que así cooperáramos con Dios.

Ahora una pregunta: ¿Cómo ha de haber una cooperación allí donde el hombre se ha despojado de sí mismo y de todas sus obras y —según dijo San Dionisio:¹⁶ Habla lo más hermosamente de Dios, aquel que gracias a la plenitud de su riqueza interior es capaz de guardar el más profundo, silencio sobre Él— allí, pues, donde se van hundiendo las imágenes y obras, la loa y el agradecimiento o cualquier otra obra que podamos hacer?

Una respuesta: Una sola obra nos queda de manera justa y por excelencia, ésta es la anulación de uno mismo. Sin embargo, por grandes que sean esta anulación y este achicamiento de uno mismo, siguen siendo defectuosos si Dios no los completa dentro de uno mismo. Sólo cuando Dios humilla al hombre por medio del hombre mismo, la humildad es completamente suficiente; y sólo así y no antes se hace lo suficiente para el hombre y para la virtud y antes no.

Una pregunta: Pero Dios ¿cómo ha de anular al hombre por sí mismo? Parece como si esta anulación del hombre constituyera un ensalzamiento [operado] por Dios, porque el Evangelio dice: “El que se humillare, será ensalzado” (Mateo 23,12; Lucas 14,11).

Respuesta: ¡Sí y no! Él debe humillarse él mismo y esto no puede ser suficiente a no ser que lo haga Dios; y ha de ser ensalzado, pero no en el sentido de que el humillarse sería una cosa y otra el ser ensalzado. Antes bien, la altura máxima del ensalzamiento reside justamente en el profundo fondo de la humillación. Porque, cuanto más hondo y bajo sea el fondo, tanto más altas e inconmensurables serán la elevación y la altura, y cuanto más hondo sea el pozo, tanto más alto es, a la vez; la altura y la profundidad son una sola cosa. Por eso, cuanto más pueda humillarse una persona, tanto más alta será. Y por eso dijo Nuestro Señor: “Si alguno quiere ser el más grande ¡que se haga el más humilde entre vosotros!” (cf. Marcos 9,34). Quien quiere ser aquello debe llegar a ser esto. Aquel ser se encuentra tan

pertenezca al alma, y su ser depende de que —gústele o no— engendre a su Hijo en el alma. Alguna vez me preguntaron ¿qué era lo que hacía el Padre en el cielo? Entonces dije: Engendra a su Hijo y esta actividad le resulta tan placentera y le gusta tanto que no hace nunca otra cosa que engendrar a su Hijo, y los dos hacen florecer de sí al Espíritu Santo. Donde el Padre engendra dentro de mí a su Hijo, allí soy el mismo Hijo y no otro; es cierto que somos diferentes en el ser-hombre, mas allí soy el mismo Hijo y no otro. “Donde somos hijos, somos todos legítimos” (Romanos. 8,17). Quien conoce la verdad sabe bien que la palabra “padre” contiene la generación pura y el tener hijos. Por ello somos hijo en este aspecto y somos el mismo Hijo.

Ahora prestad [todavía] atención a la palabra: “Descienden de arriba”. Resulta que os dije, hace poco: Quien quiere recibir desde arriba, por necesidad debe estar abajo con verdadera humildad. Y sabedlo con toda verdad: a quien no se halla por completo abajo, nada le cae en suerte y tampoco recibe nada por insignificante que sea. Si de algún modo has puesto tus miras en ti mismo o en alguna cosa o en alguien no te hallas abajo y tampoco recibes nada; mas, si te encuentras por completo abajo, recibes también completa y perfectamente. El dar es propio de la naturaleza de Dios y su ser depende de que nos dé cuando nos hallemos abajo. Si no es así y no recibimos nada, le hacemos fuerza y lo matamos. Aun cuando no podemos hacérselo a Él mismo, lo hacemos a nosotros y en cuanto a nosotros se refiere. Para dárselo todo a Él como cosa suya, cuida de someterte a Dios con verdadera humildad y de enaltecer a Dios en tu corazón y tu conocimiento. “Dios, nuestro Señor, envió a su Hijo al mundo” (Gal. 4,4). Alguna vez dije aquí mismo: En la plenitud del tiempo Dios envió a su Hijo: [lo envía] al alma una vez que ella haya ido más allá del tiempo. Cuando el alma se ha liberado del tiempo y del espacio el Padre envía a su Hijo al alma. Pues bien, esto significa la palabra: “El don y la perfección óptimos descienden desde arriba del Padre de las luces”. Que el Padre de las luces nos ayude para que seamos propensos a recibir el don óptimo. Amén.

¹⁶ Cf. Dionysius Areopagita, *De mystica theologia*, c. 1, 1.

pureza. Buscas alguna cosa por medio de Dios y procedes tal como si convirtieras a Dios en una vela para buscar algo con ella; y cuando uno encuentra las cosas buscadas, tira la vela. Esto es exactamente lo que haces: cualquier cosa que busques por medio de Dios, no es nada, sea lo que fuere, provecho o recompensa o recogimiento o lo que sea; buscas [la] nada y por lo tanto encuentras [la] nada. El que halles [la] nada, no se debe sino a que buscas [la] nada. Todas las criaturas son pura nada. No digo que sean insignificantes o que sean algo: son pura nada. Lo que no tiene ser no es nada. Todas las criaturas no tienen ser, porque su ser pende de la presencia de Dios. Si Dios se apartara por un solo momento de todas las criaturas, se anonadarían. He dicho a veces, y es verdad: Quien tomara junto con Dios todo el mundo, no tendría más que si tuviera a Dios solo. Sin Dios, todas las criaturas no tienen más [ser] del que tendría una mosca sin Dios, exactamente lo mismo, ni más ni menos.

Pues bien, escuchad ahora una palabra verdadera! Si un hombre donara mil marcos de oro para que se construyeran con esta [suma] iglesias y conventos, esto sería una gran cosa. Sin embargo, hubiera dado mucho más quien fuese capaz de considerar como nada los mil marcos; éste hubiera hecho de manera considerable más que aquél. Cuando Dios creó todas las criaturas, eran tan insignificantes y estrechas que Él no pudo moverse en ellas. Pero al alma se la igualó tanto a Él y la hizo tan a su semejanza como para poder entregarse al alma; pues lo demás que Él podría darle, ella lo considera como nada. Dios tiene que dárseme a mí Él mismo tal como se pertenece a sí mismo, de otro modo no recibo nada y nada me satisface. Quien ha de recibirlo así, de manera íntegra, debe haber renunciado del todo a sí mismo y haber salido de sí mismo; semejante persona recibe de Dios todo cuanto Dios tiene, con la misma propiedad con que la tienen Él mismo y Nuestra Señora y todos cuantos están en el reino de los cielos: todo esto pertenece a dicha gente del mismo modo y con igual propiedad. Quienes se han desasido de tal manera, renunciando a sí mismos, recibirán también en la misma proporción y nada menos.

La tercera parte [de nuestro texto] habla “del Padre de las luces”. Por la palabra “padre” se entiende la filiación, y la palabra “padre” indica una generación pura y equivale a [decir]: una vida de todas las cosas. El Padre engendra a su Hijo en el conocimiento eterno, y exactamente de la misma manera el Padre engendra a su Hijo en el alma como en su propia naturaleza y lo engendra para que

sólo en este *llegar-a-ser*. Quien llega a ser el más humilde, éste es, en verdad, el más grande, pero quien ha llegado a ser el más humilde, ya es ahora el más grande de todos. Y de esta manera se confirma y se cumple la palabra del evangelista: “¡El que se humillare, será ensalzado!” (Mateo 23,12; Lucas 14,11). Pues toda nuestra esencia no se funda en nada que no sea un anularse.

“Se han enriquecido con todas las virtudes” (cf. 1 Cor. 1,5), así está escrito. A fe mía, algo así no puede suceder nunca si uno antes no llega a ser pobre en todas las cosas. Quien quiere recibir todas las cosas, debe también deshacerse de todas las cosas. Éste es un trato justo y un trueque equitativo, según dije una vez, hace mucho ya. Por ello, como Dios nos quiere dar a Él mismo y todas las cosas para que sean libre propiedad nuestra, nos quiere quitar del todo cualquier propiedad. Si, en verdad, Dios no quiere en absoluto que poseamos tanta cosa propia como la que pueda haber en mis ojos.¹⁷ Porque de todos los dones que nos dio alguna vez, ya sean dones de la naturaleza, ya sean dones de la gracia, nunca dio nada sin querer que no poseyéramos nada en carácter de propiedad; y ni a su Madre ni a ningún hombre ni a ninguna criatura nunca les dio en modo alguno semejante [propiedad]. Y para enseñarnos y otorgársenos¹⁸ nos quita a menudo ambos bienes, el material y el espiritual. Porque la posesión de la honra no debe ser nuestra sino sólo suya. Nosotros, en cambio, debemos tener las cosas sólo como si nos hubieran sido prestadas y no dadas, sin [pretender que sean] propiedad nuestra, ya se trate del cuerpo o del alma, de los sentidos, las potencias, los bienes externos o la honra, los amigos, los parientes, la casa, la finca y todas las cosas,

Pero, si Dios se obstina tanto en ello, ¿qué se propone? Pues Él quiere pertenecernos solo y totalmente. Lo quiere y se lo propone, y se obstina sólo en que pueda serlo y que se lo permitan. En este hecho residen su máximo deleite y placer. Y cuanto más y en forma más extensa pueda serlo, tanto mayores serán su deleite y su alegría; pues, cuanto más poseamos de todas las cosas, tanto menos lo poseeremos a Él, y cuanto menor sea nuestro amor a todas las cosas, tanto más lo tendremos a Él con todo cuanto Él puede ofrecer. Por eso, cuando Nuestro Señor quiso hablar sobre todas las bienaventuranzas, puso a la cabeza de todas ellas la pobreza en espíritu, y ella era la primera en señal de que toda bienaventuranza y

¹⁷ O sea, ni un polvillo, pues —según explica Quint (*op. cit.*, p. 370, n. 421)—si he de ver no debe haber nada en mi ojo.

¹⁸ Otorgársenos, es decir, dárse nos Él mismo como “libre propiedad”.

perfección, sin excepción alguna, comienzan con la pobreza en espíritu. Y, en verdad, si hubiera un fundamento sobre el cual se pudiera erigir todo el bien, ese fundamento no existiría sin esta [virtud].

Si nos mantenemos libres de las cosas que se hallan fuera de nosotros, Dios nos quiere dar, en cambio, todo cuanto hay en el cielo y el cielo mismo con todo su poder, ah sí, y todo cuanto de Él alguna vez ha emanado y lo que tienen todos los ángeles y santos para que sea tan nuestro como es de ellos, y aun más de lo que me pertenece cualquier cosa. A cambio de que yo, por amor de Él, salga de mí mismo, Dios me pertenecerá de manera total con todo cuanto es y puede ofrecer, [me pertenecerá] tanto a mí como a sí mismo, ni más ni menos. Me pertenecerá mil veces más de lo que jamás un hombre cualquiera haya obtenido, guardándolo en el arca, o de lo que se haya poseído a sí mismo. Nunca cosa alguna nos ha pertenecido tanto como Dios será mío con todo cuanto puede y es.

Esta propiedad debemos ganárnosla careciendo en esta tierra de toda posesión de nosotros mismos y de todo cuanto no es Él. Y cuanto más perfecta y desnuda sea esta pobreza, tanto más nos pertenecerá esta propiedad. Pero no debemos poner nuestras miras en semejante recompensa ni contemplarla nunca, y el ojo jamás habrá de fijarse, aunque fuera por una sola vez, en si ganamos o recibimos algo fuera del amor a la virtud. Pues, cuanto menos atados estemos a la posesión, tanto más nos pertenecerá, como dice San Pablo, [este hombre] noble: “Debemos tener como si no tuviéramos y, sin embargo, poseer todas las cosas” (cf. 2 Cor. 6,10). No tiene propiedad quien no apetece ni quiere tener nada, ni en sí mismo, ni con respecto a todo aquello que se halla fuera de él, ah sí, y ni siquiera en lo que a Dios y a todas las cosas se refiere.

¿Quieres saber qué es un hombre verdaderamente pobre? Verdaderamente pobre en espíritu es aquel hombre que es capaz de prescindir de todo cuanto no es necesario. Por ello, quien estaba desnudo en su tonel,¹⁹ le dijo a Alejandro Magno que dominaba todo el mundo: “Yo soy —así dijo— un señor mucho más grande que tú; pues he despreciado más de lo que tú has conquistado. Lo que a ti te parece valiosa posesión, me resulta demasiado pequeño para [siquiera] despreciarlo”. Quien puede prescindir de todas las cosas y no las necesita, es mucho más feliz que aquel que posee las cosas

multitud de las cosas corpóreas. Las cosas grandes se llaman muy propiamente *dones* y le pertenecen a El de la manera más propia y entrañable.

Dije alguna vez:² Aquello que en sentido propio puede expresar se mediante palabras, debe salir de adentro y moverse por la forma interior y no ha de entrar desde fuera: al contrario, debe salir desde dentro. Ello vive por excelencia en lo más íntimo del alma. Allí tienes presentes a todas las cosas y ellas viven y buscan en el fuero íntimo, hallándose allí en lo óptimo y lo más elevado. ¿Por qué no notas nada de ello? Porque ahí no estás en tu casa. Cuanto más noble es una cosa, tanto más universal es. Los sentidos los tengo en común con los animales, y la vida con los árboles. El ser me resulta todavía más íntimo, lo tengo en común con todas las criaturas. El cielo es más abarcador que todo cuanto está por debajo de él; por eso es también más noble. Cuanto más nobles son las cosas, tanto más abarcadoras y universales son. El amor es noble por ser universal.

Parece difícil aquello que mandó el Señor: que uno debe amar al hermano en Cristo³ como a sí mismo (cf. Marcos 12,31; Mateo 22,39). Las personas de mentalidad grosera suelen decir que la idea es ésta: uno los debería amar a ellos [los hermanos en Cristo] con miras al mismo bien por el cual uno se ama a sí propio. No, no es así. Uno debe amarlos tanto como a sí mismo y esto no es difícil. Si queréis pensarlo bien, el amor antes que mandamiento es recompensa. El mandamiento parece difícil, [pero] la recompensa es apetecible. Quien ama a Dios como ha de amarlo y también debe amarlo, quiéralo o no, y como lo aman todas las criaturas, tiene que amar a su semejante como a sí mismo, y regocijarse de sus alegrías como de sus propias alegrías, y [debe] ansiar la honra del otro tanto como la suya propia y [amar] al forastero tanto como al pariente. Y procediendo de esta manera, el hombre se halla siempre en [un estado de] alegría, honra y ventaja, y así está verdaderamente como en el reino de los cielos y siente alegría más a menudo que si se regocijara sólo de su propio bien. Y sabed por cierto: si tu propia honra te hace más feliz que la de otro, eso está mal.

Has de saber que cuando quiera que busques de algún modo lo tuyo, no encontrarás jamás a Dios, porque no buscas a Dios con

¹⁹ Diógenes.

² 2 No se ha podido establecer a qué se refiere.

³ Eckhart habla del *ebenkristen* o sea el “co-cristiano”.

ser lo mejor de todo para ti. Pues el ser de Dios depende de que quiere lo mejor. Por ello yo también debo quererlo y ninguna otra cosa ha de contentarme más. Si existiera una persona a la cual yo quisiera complacer con todo ahínco y si supiera con seguridad que yo a ese hombre le gustaba más con un vestido gris que con otro cualquiera por bueno que fuese, no cabe duda de que este vestido me gustaría más y lo preferiría a cualquier otro por bueno que fuera. Puesto el caso de que quisiera complacer a todos: yo haría la cosa y ninguna otra de la cual sabría que a alguien le gustaba, ya sea en palabras u obras. Pues bien ¡ahora examinaos vosotros mismos sobre cuál es el carácter de vuestro amor! Si amarais a Dios, nada podría resultaros más placentero que aquello que a El le gustara ante todo y que su voluntad se hiciera en nosotros más que nada. Por pesados que parezcan la pena o el infortunio, si tú al sufrirlos no sientes un gran bienestar, entonces está mal.

A menudo acostumbro a decir una palabrita y ésta es verdad: Todos los días exclamamos y gritamos en el Padrenuestro: “¡Señor, hágase tu voluntad!” (Mateo 6,10). Mas luego, cuando se hace su voluntad, tenemos ganas de enojarnos y su voluntad no nos satisface. Sin embargo, cualquier cosa que Él hiciera, debería gustarnos más que nada. Quienes lo aceptan así como lo mejor, permanecen en perfecta paz con respecto a todas las cosas. Ahora bien, a veces pensáis y decís: “Ay, si las cosas hubieran sucedido de otro modo, sería mejor”, o: “Si esto no hubiera sucedido así, acaso habría resultado mejor”. Mientras tengas esas ideas, nunca obtendrás la paz. Tú debes aceptarlo como lo mejor de todo. He aquí el primer significado de este pasaje [de la epístola].

Existe además otro significado, ¡pensadlo celosamente! Él [Santiago] dice: “Todo don”,. Sólo lo óptimo y lo más excelso son dones por excelencia y en sentido propio. No hay cosa alguna que Dios dé con tanto gusto como dones grandes. Una vez dije en este lugar que Dios incluso prefiere perdonar pecados grandes antes que pequeños. Y cuanto mayores son, con tanto más agrado y rapidez los perdona. Y exactamente lo mismo sucede con la gracia y el don y la virtud: cuanto más grandes sean, con tanto mayor placer los dará; pues su naturaleza pende del hecho de que otorgue cosas grandes. Y por ello, cuanto más valiosas son las cosas, tanto más hay de ellas. Las criaturas más nobles son los ángeles y ellos son sólo espirituales y no tienen corporeidad, y ellos son mayoría y hay *más* de ellos que la

considerándolas necesarias. El mejor de todos es aquel hombre que puede prescindir de lo que no le hace falta. Por lo tanto: quien en grado máximo puede prescindir [de las cosas] y despreciarlas, ha dejado más que ningún otro. Parece una gran cosa cuando un hombre, por amor de Dios, reparte mil marcos en oro y edifica con su dinero muchas ermitas y conventos y da de comer a todos los pobres, esto sería una gran cosa. Pero sería mucho más feliz aquel que despreciara lo mismo por amor de Dios. Poseería un verdadero reino de los cielos aquel hombre que por amor de Dios sería capaz de renunciar a todas las cosas, sea cual fuera lo que Dios diera o no diera.

Ahora dices tú: Ah sí, señor, ¿no seré yo con mis flaquezas un impedimento y obstáculo para que eso suceda?

Si tienes flaquezas, ruega a Dios con frecuencia [preguntándole] si no redundaría en su honor y si le gustaría quitártelas; porque sin Él no eres capaz de [hacer] nada. Si te las quita, dale las gracias; mas, si no lo hace, lo soportarás por amor de Él, pero ya no como pecaminosa flaqueza, sino como un gran ejercicio con el cual has de ganarte una recompensa y ejercitarte en la paciencia. Debes estar contento si te da o no su don.

El da a cada cual aquello que es lo óptimo para él y le resulta adecuado. Cuando hay que cortar un saco para una persona, se debe hacer de acuerdo con sus medidas; y el [saco] que le queda bien a uno, a otro no le asienta para nada. A cada uno se le toma la medida según le queda bien. Así, Dios le da también a cada uno lo mejor de todo, según sabe que es lo más adecuado para él. En verdad, quien a este respecto confía completamente en Él, recibe y posee lo más exiguo lo mismo que si fuera lo máximo. Si Dios quisiera darme lo que dio a San Pablo, lo aceptaría gustosamente con tal de que Él lo deseara [así]. Pero, como no me lo quiere dar —porque de acuerdo con su voluntad hay muy pocas personas que ya en esta vida llegan a tener semejante saber [cómo San Pablo]—, si Dios, pues, no me lo da, lo amo exactamente lo mismo e igualmente le doy muchas gracias y estoy del todo contento, tanto cuando me lo niega como cuando me lo da; y con tal de que yo esté bien encaminado, me resulta suficiente lo mismo y aprecio tanto [lo que me niega] como si me lo diera. De veras, debería contentarme con la voluntad divina de modo tal que, con respecto a todas las cosas que quisiera obrar o dar, su voluntad habría de serme tan querida y cara que no me resultaría menos valiosa que en el caso de que me diera ese don a mi y obrara en mí ese [efecto]. De este modo todos los dones y obras de Dios serían míos, y

por más que todas las criaturas hicieran lo mejor o lo peor de que serian capaces con el fin de robármelos, no podrían hacerlo. ¿Cómo puedo entonces quejarme si los dones de todos los hombres son míos? De veras, me bastaría por completo lo que Dios me hiciera o diera o no diera, que yo no querría pagar un solo penique por llevar la mejor vida que podría imaginarme.

Ahora dices tú: ¡Me temo que no tenga bastante empeño y no insisto tanto como podría hacerlo!

Pues apénate de ello y sopórtalo con paciencia y tómallo como ejercicio y quédate en paz. Dios sufre con gusto la ignominia y las penas, y quiere de buen grado prescindir del servicio y de la loa para que aquellos que lo aman y le pertenecen tengan paz en su fuero íntimo. Entonces, ¿por qué no habríamos de tener paz, no importa lo que Él nos diera o lo que nos faltara? Escrito está y lo dice Nuestro Señor que ‘son bienaventurados quienes sufren por la justicia’ (Mateo 5,10). De veras, si un ladrón a quien se estuviera por colgar [y] que bien lo tuviera merecido a causa de sus hurtos, o un individuo que hubiera asesinado ya quien con justicia estuvieran por enrodar, si ellos [—digo—] pudieran llegar a comprenderlo en su fuero íntimo, [pensando]: Mira, estás dispuesto a sufrirlo en aras de la justicia pues lo tienes bien merecido, ellos obtendrían inmediatamente la bienaventuranza. De veras, por injustos que seamos, si aceptamos como justo lo que Dios nos hace o no hace, y sufrimos por amor de la justicia, entonces somos bienaventurados. Por eso, no te lamentes, lamentate tan sólo de que todavía te lamentes y no estés contento; sólo puedes lamentarte de que tengas demasiado. Pues, quien tuviera recta disposición, recibiría tanto en la indignancia como [si fuera] propietario.

Ahora dices tú: Mira pues, Dios opera cosas muy grandes en numerosas personas y de esta manera los transubstancia²⁰ mediante el ser divino y es Dios quien opera en ellos, pero no ellos.

Entonces dale gracias a Dios por amor de ellos, y si te lo da a tí, ¡acéptalo, en el nombre de Dios! Si no te lo da, debes prescindir de ello de buen grado; piensa sólo en Él y no te hagas problema por si Dios opera tus obras o si lo haces tú; porque si tú estás pensando únicamente en Él, Dios tiene que obrarlas, quiéralo o no.

²⁰ Quint (*op. cit.*, p. 374, n. 458) indica que el verbo *überwesenen* (traducido por transubstanciar) parece hallarse sólo en este contexto y tendría como modelo *transsubstantiare* en latín.

IV¹

Omne datum optimum et omne datum perfectum desursum est. Jacobi 1. [Todo don óptimo y todo don perfecto viene de arriba. Santiago, 1.]

Santiago dice en la Epístola: “El don y la perfección óptimos descienden desde arriba, del padre de las luces” (Santiago 1,17).

Ahora, ¡prestad atención! Tenéis que saber lo siguiente: los hombres que se entregan a Dios y que buscan con todo ahínco sólo [hacer] su voluntad, cualquier cosa que Dios da a semejante hombre es la mejor; con la misma certeza que tienes con respecto a la existencia de Dios, has de saber que por necesidad debe ser lo mejor de todo y que no podría haber otro modo mejor. Por más que alguna otra cosa parezca mejor, para ti no sería tan buena, porque Dios quiere de hecho este modo y no otro, y este modo ha de ser, necesariamente, el mejor para ti. Sea pues, enfermedad o pobreza o hambre o sed o lo que sea, aquello que Dios te imponga o no te imponga o lo que Dios te dé o no te dé, para ti todo esto es lo mejor; aun cuando no tengas ni recogimiento ni fervor, ninguno de los dos, y lo que tengas o no tengas: disponte nomás a tener bien presente en todas las cosas la gloria de Dios y luego, cualquier cosa que te haga, será la mejor.

Ahora podrías decir acaso: ¿Cómo sé que es o no la voluntad de Dios? Sabed pues: si no fuera la voluntad de Dios, tampoco sería. No tienes ninguna enfermedad ni otra cosa alguna sin que lo quiera Dios. Y ya que sabes que es la voluntad de Dios, debería darte tanto placer y contento, que no consideraras ninguna pena como pena; cierto, si la pena llegase al extremo máximo y tú sintieras alguna pena o sufrimiento, aun en este caso sería un error completo; pues debes aceptarlo de Dios como lo mejor de todo ya que por necesidad ha de

¹ Lleva la anotación: “Maestro Egkart Orden de los Predicadores”. Según algunos encabezamientos el Sermón corresponde al cuarto domingo después de Pascua de Resurrección. En todos estos casos, se remite al misal romano.

puedo perderla. Pero cualquier cosa que se halla en Dios, es Dios; [y] no se le puede escapar. Es trasladada a la naturaleza divina, porque la naturaleza divina es tan fuerte que cualquier cosa que sea presentada a ella, será trasladada totalmente a ella o quedará afuera por completo. ¡Ahora escuchad con asombro! Como Dios transforma en sí cosas tan insignificantes ¿qué os parece que hará con el alma distinguida por Él como su imagen?¹³

Que Dios nos ayude a obtener este [fin]. Amén.

No te preocupes tampoco por [saber] cuál es la índole y el modo de ser que Dios da a una persona. Si yo fuera tan bueno y santo que tuvieran que levantarme [al nivel] de los santos, la gente hablaría e investigaría a su vez si era por gracia o por naturaleza lo que había en ello, y al hacerlo, se inquietarían. Eso está mal. Deja que Dios opere en ti, reconoce que la obra es suya, y no te preocupes por si Él opera junto con la naturaleza o en forma sobrenatural: ambas son tuyas, la naturaleza al igual que la gracia. ¿Qué te importa la cosa con la cual le conviene obrar o lo que obra en ti o en otra persona? Él ha de obrar cómo y dónde y de qué manera le place.

A un hombre le hubiera gustado desviar un manantial hacia su jardín y dijo: “Con tal de que consiga el agua, no me interesa la clase de caño por el cual fluye, ya sea de hierro o de madera o de hueso o [si está] oxidado, siempre que consiga el agua”. Así pues, proceden muy equivocadamente quienes se desconciertan respecto al medio con el cual Dios opera en ti sus obras, si es por naturaleza o por gracia. Déjalo operar a Él solo y quédate en paz.

Porque, cuanto te has adentrado en Dios, tanto estás en paz, y cuanto [te hallas] apartado de Dios, tanto estás apartado de la paz. Si algo se encuentra sólo en Dios, entonces tiene paz. Cuanto en Dios, tanto en paz. Cuanto estás adentrado en Dios o también si no es así, conócelo por lo siguiente: si tienes paz o desasosiego. Pues, ahí donde tienes desasosiego has de tenerlo necesariamente, porque el desasosiego proviene de la criatura y no de Dios. Tampoco hay nada en Dios que sea temible; todo cuanto hay en Dios sólo es digno de ser amado. Del mismo modo no hay nada en Él que sea motivo de tristeza.

Quien tiene su plena voluntad y su deseo [cumplido], tiene alegría. Pero ésta no la tiene nadie sino aquél cuya voluntad es completamente una con la de Dios. ¡Que Dios nos dé esta unión! Amén.

¹³ En opinión de Quint (*op. cit.*, t. 1, p. 57, n. 2) el final del sermón parece fragmentario en la tradición, aun cuando no se habrían perdido aspectos esenciales.

maestros⁹ que luego del primer efluvio violento de la divinidad, allí donde el Hijo emana del Padre, el ángel está formado del modo más inmediato a la imagen de Dios. Esto, bien es cierto: el alma está formada a la imagen de Dios en cuanto a su parte más elevada; pero el ángel es una imagen más aproximada a Dios. Todo cuanto hay en el ángel está formado a la imagen de Dios. Por eso, el ángel es enviado al alma para que la traiga de vuelta a la misma imagen según la cual él está formado; porque [el] conocimiento proviene de [la] igualdad. Pues bien, como el alma tiene la facultad de conocer todas las cosas, no descansa jamás hasta que se adentra en la imagen primigenia donde todas las cosas son uno, y allí descansa, es decir: en Dios. En Dios ninguna criatura es más noble que otra.

Los maestros dicen¹⁰ que [el] ser y [el] conocer son por completo una sola cosa, porque lo que no es, tampoco se conoce; lo que tiene el máximo de ser, se conoce también al máximo. Siendo pues, que Dios tiene un ser superabundante, Él excede también todo conocimiento, según dije anteayer en mi último sermón: que el alma es hecha imagen dentro de la pureza primaria, dentro de la impresión de la esencia acendrada donde saborea a Dios antes de que Él aprehenda para sí [la] verdad o [la] cognoscibilidad, allí donde está descartada toda posibilidad de nombrar; allí ella conoce del modo más puro, allí toma el ser con perfecta adecuación. Por eso dice Pablo: “Dios mora en una luz a la cual no hay acceso”. Él es una inhabitación (*inhangen*) en su propia esencia pura en la cual no hay nada adherido. Lo que posee “accidente” (*zuoval*) debe desaparecer. Él es un puro estar-en-sí-mismo donde no hay ni esto ni aquello; pues lo que hay en Dios, es Dios. Dice un maestro pagano: las potencias que flotan por debajo de Dios¹¹ tienen una inhabitación en Dios y si bien el suyo es un puro estar-en-sí-mismas, habitan, sin embargo, en Aquel que no tiene ni principio ni fin; porque nada ajeno puede caer en Dios. Que el cielo os sirva de testigo: no puede recibir una impresión extraña de modo extraño.¹²

Sucede lo siguiente: cualquier cosa que llega a Dios es transformada; por insignificante que ella sea, cuando la llevamos a Dios, se aleja de sí misma. Para eso os diré un símil: Cuando tengo sabiduría, no la soy yo mismo. Puedo obtener sabiduría, [y] también

⁹ Cf. Thomas, *In I Sent.*, d. 3, q. 3, a. 1. Albertus Magnus, *In II Sent.*, d. 2, a. 1.

¹⁰ Thomas, (*Summa theologiae*, I, q. 16, a. 3: *idem*, *in met.*, 1. 2.

¹¹ Las potencias son las inteligencias. Cf. *Liber de causis*, prop. 16.

¹² Se trata de la doctrina aristotélica según la cual el cielo es incorruptible.

Pues bien, Pedro dice: “Ahora conozco verdaderamente”. ¿Por qué se conoce verdaderamente en este caso? Porque se trata de una luz divina que no engaña a nadie. En segundo lugar, porque ahí se conoce desnuda y puramente sin que haya ninguna cosa encubridora. Por eso dice Pablo: “Dios mora en una luz a la cual no hay acceso” (1 Timoteo 6,16). Dicen los maestros:⁶ La sabiduría que aprendemos acá, nos habrá de subsistir allá. Mas Pablo dice que desaparecerá (1 Cor. 13,8). Afirma un maestro⁷ que el conocimiento puro, aun aquí, en esta vida, encierra en sí un placer tan grande, que el placer de todas las cosas creadas sería de veras como nada en comparación con el placer que abarca el conocimiento puro. Sin embargo, por noble que sea, no es sino una “casualidad”; y tan pequeña como es una palabrita comparada con todo el mundo, así de pequeña es toda la sabiduría que podemos aprender en esta tierra frente a la verdad desnuda [y] pura. Por eso dice Pablo que perecerá. Aun perdurando, se convierte de veras en una tonta y [es] como si no fuera nada frente a la verdad desnuda que allá se conoce. La tercera [razón] de por qué allá se conoce de verdad, reside en el siguiente hecho: las cosas que acá se ven sometidas al cambio, allá se las conoce como inmutables y se las aprehende allá como son totalmente indivisas y cercanas unas a otras; porque aquello que acá está lejos, allá está cerca, pues allá todas las cosas se hallan presentes. Lo que ha de suceder al primer día y al Día del Juicio, allá está presente.

“Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado su ángel.” Cuando Dios envía su ángel al alma, ella se vuelve en realidad cognoscitiva. No fue en vano que Dios le encomendara la llave a San Pedro, porque “Pedro” quiere decir “conocimiento” (cf. Mateo 16,19); pues el conocimiento tiene la llave y abre y penetra y atraviesa y encuentra a Dios en su desnudez, y luego le dice a su compañero de juegos, la voluntad, qué es lo de que se ha posesionado por más que ya antes haya tenido la voluntad [de hacerlo]; porque busco lo que quiero. [El] conocimiento va a la cabeza. Es un príncipe y busca su reinado en lo más elevado y acendrado, y luego se lo pasa al alma y el alma se lo pasa a la naturaleza y la naturaleza a todos los sentidos corporales. El alma, en su parte más elevada y acendrada, es tan noble que los maestros⁸ no saben encontrarle ningún nombre. La llaman *alma* en cuanto le otorga el ser al cuerpo. Ahora bien, dicen los

⁶ *Ibid.*, 1, q. 89, a. 5.

⁷ Aristóteles, *Ethica Nicom.*, II, c. 12., 1 152b, 24 y Ss.

⁸ Cf. Alcher de Clairvaux, *De spiritu et anima*, c. 9.

DEL DESASIMIEN TO

DEL DESASIMIEN TO¹

He leído muchos escritos tanto de los maestros paganos como de los profetas y del Viejo y del Nuevo Testamento, y he investigado con seriedad y perfecto empeño cuál es la virtud suprema y óptima por la cual el hombre es capaz de vincularse y acercarse lo más posible a Dios, y debido a la cual el hombre puede llegar a ser por gracia lo que es Dios por naturaleza, y mediante la cual el hombre se halla totalmente de acuerdo con la imagen que él era en Dios y en la que no había diferencia entre él y Dios,² antes de que Dios creara las criaturas. Y cuando penetro así a fondo en todos los escritos —según mi entendimiento puede hacerlo y es capaz de conocer— no encuentro sino que el puro desasimiento supera a todas las cosas, pues todas las virtudes implican alguna atención a las criaturas, en tanto que el desasimiento se halla libre de todas las criaturas. Por ello Nuestro Señor le dijo a Marta: “unum est necessarium” (Lucas 10,42), eso significa lo mismo que: Marta, quien quiere ser libre de desconsuelo y pura, debe poseer una sola cosa o sea el desasimiento.

Los profesores³ elogian grandemente el amor, como hace San Pablo quien dice: “Cualquier obra que yo haga, si no tengo amor, no soy nada” (cf. 1 Cor 13,1 y ss.). Yo, en cambio, elogio el desasimiento

¹ La autenticidad del tratado como obra de Eckhart ha sido discutida, pero Quint la afirma (*op.cit.*, pp.392-399), basándose también en el extenso estudio de su discípulo, Eduard Schaefer (*Meister Eckeharts Traktat: “Von Abegescheidenheit”*, 1956). Según Schaefer se trataría de una *colación*, según Quint de un *tratado* destinado, no a religiosas (Schaefer), sino a religiosos de la Orden de Eckhart, o sea monjes dominicos. “En este tratado el objetivo de Eckhart es [...] de naturaleza ética, no metafísica. Se trata de las *condiciones previas* al nacimiento de Dios, no de este mismo” (*ibid.*, p.395). El título alemán reza: *Von abegescheidenheit*, y Quint (*ibid.*, p.438, n.1) afirma que el término no aparece en los tiempos pre-místicos. Parecería que fue acuñado por Eckhart en su significado específicamente místico. Luego de traer una serie de citas relativas al concepto, Quint continúa diciendo (*ibid.*): “...se evidencia que la *abegescheidenheit* posee no sólo un aspecto negativo de desprendimiento, apartamiento, desnudamiento de la criatura y del propio yo y el sí mismo, sino también un matiz positivo, dado implícitamente por la dirección y orientación hacia Dios, constituyendo así la condición fundamental para la *unio mystica*. Resulta igualmente obvio que la *abegescheidenheit* abarca en Eckhart, el místico especulativo, en primer lugar y en especial gnoseológicamente, el desprendimiento del entendimiento supremo y del conocimiento de éste respecto a tiempo y espacio, *acá y ahora*, y de todos los accidentes, así como su dirección hacia lo único Uno de la divinidad, pero que además incluye también el comportamiento ético- místico del desprendimiento y de la inmovilidad frente a todas las criaturas”. Basándonos en estos argumentos, creemos que a *abegescheidenhet* corresponde en castellano “desasimiento”, usado con frecuencia por Santa Teresa. Véase también el capítulo X del *Camino de perfección*.

² Cf. Quint (*op. cit.*, p. 440, n. 3) donde dice que la *imagen* se referiría a “la pre-existencia del hombre como idea en Dios”.

³ Traducimos *léraere* por “profesores” a diferencia de la palabra *meister* = “maestro(s)”, mucho más usada por Eckhart.

antes que a todo el amor. En primer término, porque lo mejor que hay en el amor es el hecho de que me obligue a amar a Dios; el desasimiento, empero, obliga a Dios a amarme a mí. Ahora bien, es mucho más noble que yo lo obligue a Dios [a venir] hacia mí en lugar de que me obligue a mí [a ir] hacia Dios. Y ello se debe a que Dios se puede relacionar con más intensidad y unir mejor conmigo de lo que yo podría relacionarme con Dios. El que el desasimiento pueda obligar a Dios [a venir] hacia mí, lo demuestro como sigue: cualquier cosa gusta de estar en su lugar propio y natural. Ahora bien, el lugar propio y natural de Dios lo constituyen [la] unidad y [la] pureza que provienen del desasimiento. Por lo tanto, Dios debe entregarse, Él mismo, necesariamente a un corazón desasido. Por otra parte, elogio al desasimiento antes que al amor, porque el amor me obliga a sufrir todas las cosas por Dios, en tanto que el desasimiento hace que yo no sea susceptible de nada que no sea Dios. Ahora resulta que es mucho más noble no ser susceptible de nada que no sea Dios, antes que sufrir todas las cosas por Dios, porque en el sufrimiento el hombre presta una cierta atención a las criaturas de las cuales proviene el sufrimiento del ser humano; el desasimiento, en cambio, se halla completamente libre de todas las criaturas.⁴ Mas, el que el desasimiento no sea susceptible de nada que no sea Dios, lo demuestro así: Cuando alguna cosa ha de ser acogida, debe ser acogida dentro de algo. Resulta empero, que el desasimiento se halla tan cerca de la nada que fuera de Dios no hay ninguna cosa tan sutil que pueda subsistir en el desasimiento. Él es tan simple y tan sutil que bien puede caber en el corazón desasido. Por lo tanto, el desasimiento no es susceptible de nada que no sea Dios.

Los maestros⁵ ensalzan también la humildad ante muchas otras virtudes. Mas yo ensalzo el desasimiento ante toda humildad, y lo hago porque la humildad puede subsistir sin desasimiento, pero el desasimiento perfecto no puede subsistir sin la humildad perfecta, por que la humildad perfecta persigue el aniquilamiento perfecto de uno mismo. [Pero] el desasimiento toca tan de cerca a la nada que no puede haber cosa alguna entre el desasimiento perfecto y la nada. Por ende, [el] desasimiento perfecto no puede existir sin [la] humildad. Ahora bien, dos virtudes siempre son mejores que una sola. La

⁴ Quint señala (*Ibid.*, p.442. n.16) que si bien el sufrimiento por su dirección hacia las criaturas es, con miras a la unión con Dios, menos perfecto que el desasimiento, esto no impide que sea *el animal más rápido* que lleva al desasimiento.

⁵ En sus escritos latinos Eckhart cita a Bernard de Clairvaux. *De consideratione*, I, III, y varios pasajes de Augustinus.

III¹

Nunc scio vere, quia misit dominus angelum suum.
[Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su ángel.]

Cuando Pedro, gracias al poder de Dios sumo, Altísimo, había sido liberado de los vínculos de su cautiverio, dijo: “Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado su ángel y me ha salvado del poder de Herodes y de las manos de los enemigos” (Hechos 12,11; cf. también Salmo 17,1).

Ahora invertimos esta palabra y decimos: Porque Dios me ha enviado su ángel, conozco verdaderamente. “Pedro” quiere decir lo mismo que “conocimiento”. Ya lo he dicho en otras oportunidades: [El] conocimiento y [el] entendimiento unen al alma con Dios. [El] entendimiento penetra en el ser puro, [el] conocimiento corre a la cabeza, corre adelante y se abre camino para que nazca allí el Hijo unigénito de Dios. Nuestro Señor dice en [el evangelio de] Mateo que nadie conoce al Padre sino el Hijo [Mateo 11,27]. Los maestros afirman² que [el] conocimiento pende de [la] igualdad. Algunos maestros dicen³ que el alma está hecha de todas las cosas porque tiene la facultad de conocer todas las cosas. Suena como una tontería y, sin embargo, es verdad. Los maestros dicen:⁴ Lo que he de conocer, debe estar completamente presente para mí y ser igual a mi conocimiento. Los santos afirman⁵ que en el Padre se halla [la] potencia, en el Hijo [la] igualdad y en el Espíritu Santo [la] unidad. Dado que el Padre está por completo presente para el Hijo y el Hijo le está igual, nadie conoce al Padre sino el Hijo.

¹ En uno de los códices se atribuye el sermón a “Fray Eckhart”. En otro lleva el encabezamiento: “En la fiesta de las cadenas de San Pedro”.

² Quint (*op. cit.*, t. 1, p. 49, n. 2) trae a colación la Sentencia aristotélica: “simile simili cognoscitur”, Aristóteles, *De anima*, I, t. 27; en Thomas, *In libro I de anima*, lectio 4.

³ Cf. Aristóteles, *De anima*, III, c. 8, 431 b, 21.

⁴ Cf. *Liber XXIV philosophorum*, prop. XXIII in conimento (ed Baeumerker).

⁵ Thomas, *Summa theologiae*. I, q. 39, a. 8.

Padre está engendrando a su Hijo unigénito tan verdaderamente como en sí mismo, pues Él vive realmente en esta potencia y el Espíritu engendra junto con el Padre al mismo Hijo unigénito, y a sí mismo como el mismo Hijo y es el mismo Hijo dentro de esa luz, y es la Verdad. Si pudierais entender [las cosas] con mi corazón, comprenderíais bien lo que digo; porque es verdad y la misma Verdad lo dice.

¡Mirad, ahora prestad atención! Esta *villeta* en el alma, de la cual hablo y en la que pienso, es tan una y simple [y] por encima de todo modo [de ser] que esta noble potencia de la que he hablado, no es digna de mirar jamás en el interior de esa *villeta*, aunque fuera una sola vez, por un instante, y la otra potencia, de la cual he hablado, donde Dios fosforece y arde con toda su riqueza y todo su deleite, tampoco se atreve nunca a mirar allí adentro; tan completamente una y simple es esa *villeta*, y ese Uno único se halla tan por encima de todos los modos y potencias, que nunca jamás pueden echarle un vistazo una potencia y un modo y ni siquiera el mismo Dios. ¡Digo con plena verdad y juro por la vida de Dios!: Dios mismo nunca mirará ahí adentro ni por un solo momento y nunca lo ha hecho en cuanto existe al modo y en la cualidad de sus personas. Esto es fácil de comprender, pues ese Uno único carece de modo y cualidad. Y por eso: si Dios alguna vez ha de mirar adentro, debe ser a costa de todos sus nombres divinos y de su cualidad personal; todo esto lo tiene que dejar afuera si alguna vez ha de mirar adentro. Antes bien, en cuanto Él es un Uno simple, sin ningún modo ni cualidad, en tanto no es, en este sentido, ni Padre ni Hijo ni Espíritu Santo y, sin embargo, es un algo que no es ni esto ni aquello.

Mirad, así como Él es uno y simple, así entra en lo uno que acabo de llamar *villeta* en el alma, y de otro modo no entra ahí de manera alguna, sino que entra sólo así y está allí. Es ésta la parte en la cual el alma se asemeja a Dios y en ninguna otra. Lo que os he dicho es verdad; os pongo por testigo a la verdad y por prenda a mi alma.

Que Dios nos ayude a ser semejante *villeta* a la cual suba Jesús y sea recibido, permaneciendo por siempre jamás dentro de nosotros del modo que he dicho. Amén.

segunda razón por la cual elogio al desasimiento más que a la humildad, consiste en que la humildad perfecta se rebaja ante todas las criaturas y en esta humillación el hombre sale de sí mismo en dirección a las criaturas; el desasimiento, en cambio, permanece en sí mismo. Ahora resulta que ninguna salida puede llegar a ser tan noble que la permanencia dentro de uno mismo no sea mucho más noble. De esto habló el profeta David [diciendo]: “Omnis gloria eius filiae regis ab intus” (Salmo 44,14), esto quiere decir: “La hija del rey debe todo su honor a su ensimismamiento”. El desasimiento perfecto no persigue ningún movimiento, ya sea por debajo de una criatura, ya sea por encima de una criatura; no quiere estar ni por debajo ni por encima, quiere subsistir por sí mismo sin consideración de nadie, y tampoco quiere tener semejanza o desemejanza con ninguna criatura, [no quiere] ni esto ni aquello: no quiere otra cosa que ser.⁶ Pero la pretensión de ser esto o aquello, no la desea [tener]. Pues, quien quiere ser esto o aquello, quiere ser algo: el desasimiento en cambio, no quiere ser nada. Por ello, todas las cosas permanecen libres de él. A este respecto alguien podría decir: Pero si todas las virtudes se hallaban perfectas en Nuestra Señora, entonces debía de haber en ella también el desasimiento perfecto. Luego, si el desasimiento es más elevado que la humildad, ¿por qué se preció Nuestra Señora de su humildad y no de su desasimiento, cuando dijo: “Quia respexit dominus humilitatem ancillae suae”, lo cual quiere decir: “Él ha puesto sus ojos en la humildad de su sierva”? (Lucas 1,48)... ¿Por qué no dijo ella: Ha puesto sus ojos en el desasimiento de su sierva! A ello contesto, diciendo: En Dios hay desasimiento y humildad, en cuanto podemos hablar de virtudes en Dios. Ahora has de saber que su humildad llena de amor, lo movió a Dios a que se inclinara a la naturaleza humana, mientras su desasimiento se mantenía inmóvil en sí mismo, tanto cuando se hizo hombre como cuando creó el cielo y la tierra, según te diré más adelante. Y como Nuestro Señor, cuando quiso hacerse hombre, permaneció inmóvil en su desasimiento, Nuestra Señora entendió bien que le pedía lo mismo también a ella y que Él, en este caso, tenía puestos sus ojos en la humildad de ella y no en su desasimiento. Por eso, ella se mantenía inmóvil en su desasimiento y se preció de su humildad y no de su desasimiento. Y si ella hubiera recordado, aunque hubiese sido con una sola palabra, su desasimiento de modo que hubiera dicho: Él ha puesto sus ojos en mi desasimiento, esto habría empañado su desasimiento que ya no habría

⁶ Para Eckhart el verdadero desasimiento no existe como ser dirigido hacia algo sino como puro querer-ser. (Cf. Quint, *op. cit.*, p. 443. n. 26).

sido ni entero ni perfecto porque se habría producido un efluvio [del desasimiento]. Mas no puede haber ningún efluvio por insignificante que sea, sin que el desasimiento sea manchado. Y ahí tienes la razón por la cual Nuestra Señora se preciaba de su humildad y no de su desasimiento. Por eso dijo el profeta: “audiam, quid loquatur in me dominus deus” (Salmo 84,9), esto quiere decir: “Yo quiero callar y quiero escuchar lo que mi Dios y mi Señor le diga a mi fuero íntimo”, como si dijera: Si Dios me quiere hablar que se adentre en mí porque yo no quiero salir.

Ensalzo también el desasimiento ante toda misericordia, porque la misericordia no es sino el hecho de que el hombre salga de sí mismo en dirección a las aflicciones de sus semejantes, con lo cual se entristece su corazón. El desasimiento se mantiene libre de eso y permanece en sí mismo y no se deja entristecer por nada porque, mientras algo puede entristecer al hombre, éste no anda bien encaminado. En resumen, cuando miro todas las virtudes, no encuentro ninguna tan completamente inmaculada y tan capaz de relacionar con Dios como lo es el desasimiento.

Hay un maestro llamado Avicena que dice:⁷ La nobleza del espíritu que se mantiene desasido es tan grande que cualquier cosa que vea, es verdadera y cualquier cosa que pida, le está concedida y en cualquier cosa que mande, se le debe obedecer. Y has de saber con certeza: Cuando el espíritu libre se mantiene en verdadero desasimiento, lo obliga a Dios a [acercarse] a su ser; y si fuera capaz de estar sin ninguna forma ni accidente, adoptaría el propio ser de Dios. Pero este [ser] no lo puede dar Dios a nadie fuera de Él mismo; por lo tanto, Dios no le puede hacer al espíritu desasido otra cosa que dársele Él mismo. Y el hombre que se halle así en perfecto desasimiento, será elevado a la eternidad,⁸ en forma tal que ninguna cosa precedera lo pueda conmovier, que no sienta nada que sea corpóreo, y se dice que está muerto para el mundo porque no le gusta nada que sea terrestre. A esto se refirió San Pablo cuando dijo: “Vivo y, sin embargo, no vivo; Cristo vive en mí” (Gal. 2,20).

Ahora preguntarás acaso: ¿Qué es el desasimiento ya que es tan noble en sí mismo? A este respecto debes saber que el verdadero

⁷ Avicenna, cf. *Liber sextus naturalium*, pars 4, c. 4.

⁸ *Gezücket in die ewigkeit* = ‘elevado a la eternidad’ en castellano. A diferencia de otros autores, Quint (*op. cit.*, pp. 445 y ss., n. 41) opina que no se trata de un *arrobamiento*, un *éxtasis*, sino de una “elevación del hombre completamente desasido [... a la región de lo eterno e imperecedero”.

la razón y de acuerdo con la verdad, contemplara ahí, por un instante, el deleite y la alegría contenidos en [esta potencia]: todo el sufrimiento que padeciera y que Dios quisiera que lo soportase, le resultaría de poca monta y hasta como nada; digo más aún: Sería para él únicamente alegría y sosiego.

Si quieres saber bien si tu sufrimiento es tuyo o de Dios, lo habrás de notar por este hecho: si sufres a causa de ti mismo, cualquiera que sea la forma [en que lo hagas], este sufrimiento te duele y te resulta difícil soportarlo. Pero si sufres por Dios y sólo por Dios, este sufrimiento no te duele y tampoco te resulta pesado porque Dios sobrelleva la carga. Dicho con toda verdad: Si hubiera un hombre dispuesto a sufrir por Dios y puramente por amor de Dios, y si recayera sobre él el sufrimiento íntegro padecido por todos los hombres a través de los tiempos y con el que carga toda la humanidad junta, a él no le causaría dolor y tampoco le resultaría pesado porque Dios sobrellevaría la carga. Si alguien me colocara un quintal sobre la nuca y si luego otra persona lo sostuviera por encima de mi nuca, entonces sería lo mismo para mí cargar con cien [quintales] que con uno, porque no me resultaría pesado y tampoco me dolería. En resumen: cualquier cosa que el hombre sufre por Dios y sólo por Él, Dios se la convierte en liviana y dulce, según dije al comienzo cuando iniciamos nuestro sermón: “Jesús subió a una *villeta* y fue recibido por una virgen que era mujer”. ¿Por qué? Necesariamente tuvo que ser así, que ella era virgen y además mujer. Ahora bien, os he dicho que Jesús fue recibido; pero todavía no os he dicho qué es la *villeta* y entonces lo diré ahora.

He señalado a veces que hay en el espíritu una potencia, la única que es libre. A veces he dicho que es una custodia del espíritu; otras veces, que es una luz del espíritu; [y] otras veces, que es una chispita. Mas ahora digo: No es ni esto ni aquello; sin embargo, es un algo que se halla más elevado sobre esto y aquello, que el cielo sobre la tierra. Por eso, lo llamo ahora de una manera más noble que lo haya hecho jamás y, sin embargo, ello reniega, tanto de la nobleza como del modo, y se halla por encima de éstos. Está libre de todos los nombres y desnudo de todas las formas, por completo desasido y libre tal como Dios es desasido y libre en sí mismo. Es tan enteramente uno y simple, como Dios es uno y simple, así que uno mediante ningún modo [de ser] logra mirar adentro. Esta misma potencia de la cual he hablado, y en la que Dios está floreciendo y reverdece con toda su divinidad y el Espíritu [se halla] en Dios, en esta misma potencia el

con toda la alegría y gloria, como es en sí mismo. Allí hay una alegría del corazón y una felicidad tan incomprensiblemente grande que nadie sabe narrarla de manera exhaustiva. Pues el padre eterno engendra sin cesar a su Hijo eterno dentro de esta potencia, de modo que esta potencia co-engendra al Hijo del Padre y a sí misma como el mismo hijo en la potencia única del Padre. Si un hombre poseyera un reino entero o todos los bienes de la tierra y renunciara a ellos con pureza, por amor de Dios, y se convirtiera en uno de los hombres más pobres que viven en cualquier parte de este mundo, y si Dios luego le diera tantos sufrimientos como los ha dado jamás a un hombre, y si él lo sufriera todo hasta su muerte, y si entonces Dios le concediera ver una sola vez con un solo vistazo cómo Él se halla dentro de esta potencia: su alegría se haría tan grande que todo ese sufrimiento y esa pobreza todavía hubieran sido demasiado pequeños. Ah sí, aun en el caso de que Dios después nunca le diera el reino de los cielos, él habría recibido, sin embargo, una recompensa demasiado grande por todo cuanto había sufrido jamás, pues Dios se halla en esta potencia como en el ahora eterno. Si el espíritu estuviera unido todo el tiempo a Dios en esta potencia, el hombre no podría envejecer; pues el instante en el cual Dios creó al primer hombre y el instante en el que habrá de perecer el último hombre y el instante en que estoy hablando, son [todos] iguales en Dios y no son sino un solo instante.⁷ Ahora mirad, este hombre habita dentro de una sola luz junto con Dios, por lo tanto no hay en él ni sufrimiento ni transcurso del tiempo sino una eternidad siempre igual. A este hombre se le ha quitado en verdad todo asombro, y todas las cosas se yerguen esenciales dentro de él. Por ello no recibe nada nuevo de las cosas futuras ni de ninguna casualidad, ya que habita en un solo ahora, siempre nuevo: ininterrumpidamente. Tal majestad divina hay en esta potencia.

Existe otra potencia más, que es también incorpórea; emana del Espíritu y permanece en Él y es por entero espiritual.⁸ En esta potencia se halla Dios de continuo, fosforeciendo y ardiendo con toda su riqueza, con toda su dulzura y todo su deleite. De veras, en esta potencia hay una alegría tan grande y un deleite tan grande [e] inconmensurable que nadie sabe narrarlo ni revelarlo exhaustivamente. Digo otra vez: Si hubiera una sola persona que con

⁷ En este contexto hemos preferido el término "instante" por *nú* que generalmente traducimos por "ahora" (entre comillas) ya que Eckhart usa aquí *nú* tanto para el instante temporal como para el atemporal. Véase también la diferenciación hecha por Quint (*ibid.*, t. I. p. 169, n. 4). "El *nú* como parte ínfima del tiempo es y sigue siendo temporal, un algo delimitado y distinto a la eternidad sin tiempo, o sea el *nú* eterno".

⁸ Esta potencia es la voluntad.

desasimiento no consiste sino en el hecho de que el espíritu se halle tan inmóvil frente a todo cuanto le suceda, ya sean cosas agradables o penosas, honores, oprobios y difamaciones, como es inmóvil una montaña de plomo ante [el soplo de] un viento leve. Este desasimiento inmóvil lo lleva al hombre a la mayor semejanza con Dios. Porque el que Dios sea Dios, se debe a su desasimiento inmóvil y gracias a éste Él tiene su pureza y su simpleza y su inmutabilidad. Y por eso, si el hombre ha de asemejarse a Dios —en cuanto una criatura pueda tener semejanza con Dios— esto debe suceder mediante el desasimiento. Luego, este [último] arrastra al hombre a la pureza y desde la pureza a la simpleza y de la simpleza a la inmutabilidad; y estas cosas producen semejanza entre Dios y el hombre: y la semejanza debe darse en la gracia, ya que la gracia arrebató al hombre separándolo de todas las cosas seculares, y lo purifica de todas las cosas percederas. Y has de saber: estar vacío de todas las criaturas significa estar lleno de Dios, y estar lleno de todas las criaturas, significa estar vacío de Dios.

Ahora has de saber que Dios, antes de existir el mundo, se ha mantenido —y sigue haciéndolo— en este desasimiento inmóvil, y debes saber [también]: cuando Dios creó el cielo y la tierra y todas las criaturas, [esto] afectó su desasimiento inmóvil tan poco como si nunca criatura alguna hubiera sido creada. Digo más todavía: Cualquier oración y obra buena que el hombre pueda realizar en el siglo, afecta el desasimiento divino tan poco como si no hubiera ninguna oración ni obra buena en lo temporal, y a causa de ellas Dios nunca se vuelve más benigno ni mejor dispuesto para con el hombre que en el caso de que no hiciera nunca ni una oración ni las obras buenas. Digo más aún: Cuando el Hijo en la divinidad quiso hacerse hombre y lo hizo y padeció el martirio, esto afectó el desasimiento inmóvil de Dios tan poco como si nunca se hubiera hecho hombre. Ahora podrías decir: Entonces oigo bien que todas las oraciones y todas las buenas obras se pierden [= son inútiles] porque Dios no se ocupa de ellas [en el sentido de] que alguien lo pueda conmover con ellas y, sin embargo, se dice que Dios quiere que se le pidan todas las cosas. En este punto deberías escucharme bien y comprender perfectamente —siempre que seas capaz de hacerlo— que Dios en su primera mirada eterna —con tal de que podamos suponer una primera mirada— miró todas las cosas tal como sucederían, y en esta misma mirada vio cuándo y cómo iba a crear a las criaturas y cuándo el Hijo quería hacerse hombre y debía padecer; vio también la oración y la

buena obra más insignificante que alguien iba a hacer, y contempló cuáles de las oraciones y devociones quería o debía escuchar; vio que mañana tú lo invocarás y le pedirás con seriedad, y esta invocación y oración Dios no las quiere escuchar mañana, porque [ya] las ha escuchado en su eternidad antes de que tú te hicieras hombre. Mas, si tu oración no es ferviente y carece de seriedad, Dios no te quiere rechazar ahora, porque [ya] te ha rechazado en su eternidad. Y de esta manera Dios ha contemplado con su primera mirada eterna todas las cosas, y Dios no obra nada de nuevo porque todas son cosas pre-operadas. Y de este modo Dios se mantiene, en todo momento, en su desasimiento inmóvil y, sin embargo, por eso no son inútiles la oración y las buenas obras de la gente, pues quien procede bien, recibe también buena recompensa, quien procede mal, recibe también la recompensa que corresponde. Esta idea la expresa San Agustín⁹ en *De la Trinidad*, en el último capítulo del libro quinto, donde dice lo siguiente: “Deus autem”, etcétera, esto quiere decir: “No quiera Dios que alguien diga que Dios ama a alguna persona de manera temporal, porque para Él nada ha pasado y tampoco es venidero, y Él ha amado a todos los santos antes de que fuera creado el mundo, tal como los había previsto. Y cuando llega el momento de que Él hace visible en el tiempo lo contemplado por Él en la eternidad, la gente se imagina que Dios les ha dispensado un nuevo amor; [mas] es así: cuando Él se enoja o hace algún bien, nosotros cambiamos y Él permanece inmutable, tal como la luz del sol permanece inmutable en sí misma”. A idéntica idea alude Agustín en el cuarto capítulo del libro doce de *De la Trinidad*¹⁰ donde dice así: “Nam deus non ad tempus videt, nec aliquid fit novi in eius visione”, “Dios no ve a la manera temporal y tampoco surge en Él ninguna visión nueva”. A este pensamiento se refiere también Isidoro en el libro *Del bien supremo*,¹¹ donde dice lo siguiente: “Mucha gente pregunta: ¿Qué es lo que hizo Dios antes de crear el cielo y la tierra, o cuándo surgió en Dios la nueva voluntad de crear a las criaturas?” Y contesta así: “Nunca surgió una nueva voluntad en Dios, pues si bien es así que la criatura en ella misma no existía”, como lo hace ahora, “existía, sin embargo, en Dios y en su razón desde la eternidad”. Dios no creó el cielo y la tierra tal como nosotros decimos en el transcurso del tiempo: “¡Hágase esto!”, porque todas las criaturas están enunciadas en la palabra eterna. A este respecto podemos alegar también lo dicho por Nuestro Señor a

⁹ Augustinus, *De trinitate*, V, c. 16, n. 17.

¹⁰ *Ibid.*, XII, c. 7, n. 10. Se ha comprobado pues, que Eckhart hace una indicación errónea respecto al capítulo.

¹¹ Isidorus Hispalensis. *Libri Sententiarum*. 1. c. 8, n. 4.

que con su apego al yo, están atados a la oración, los ayunos, las vigiliyas y a diversos ejercicios y penitencias externas. Todo apego del yo a una obra cualquiera que [te] quita la libertad de estar a la orden de Dios en este instante presente y a seguirlo a Él solo bajo la luz con la cual te indica qué es lo que debes hacer o dejar de hacer, [siendo] libre y nuevo en cualquier instante, como si no tuvieras otra cosa ni quisieras ni pudieras [hacerla]: todo apego al yo, pues, o cualquier obra intencionada que te quita esa libertad siempre nueva, a éstos los llamo ahora *un año*. Porque [en este caso] tu alma no produce ningún fruto a no ser que haya ejecutado la obra que tú has emprendido atado a tu yo, tampoco tienes confianza ni en Dios ni en ti mismo si no has terminado tu obra emprendida con apego al yo; de otra manera no tienes paz. Por ello tampoco produces fruto alguno si no has hecho tu obra. [Esta actitud] la considero *un año*, y, sin embargo, el fruto es pequeño por haber surgido de la obra [hecha] con apego al yo y no con libertad. A semejantes [personas] las llamo *esposos*, porque están atados a su apego al yo. Ellos dan pocos frutos que además son pequeños, según acabo de decir.⁵

Una virgen que es mujer, ésta es libre y desasida, sin apego al yo, [y] se halla en todo momento tan cerca de Dios como de sí misma. Da muchos frutos y éstos son grandes, ni más ni menos de lo que es Dios mismo. Este fruto y este nacimiento los produce una virgen que es mujer, y ella da frutos todos los días, cien veces o mil veces, y aun innumerables veces, pues da a luz y se hace fecunda partiendo del más noble de los fondos. Para expresarlo mejor: ella [parte], por cierto, del mismo fondo donde el Padre engendra a su Verbo eterno [y] por ello se vuelve fecunda como coparturienta. Pues Jesús, la luz e irradiación del corazón paterno —según dice San Pablo que Él es una gloria e irradiación del corazón paterno y con sus rayos atraviesa poderosamente el corazón paterno (cf. Hebr. 1,3)—, este Jesús está unido con ella y ella con Él, y ella brilla y reluce junto con Él como un uno único y como una luz acendrada [y] clara en el corazón paterno.

Yo he dicho también varias veces que hay en el alma una potencia que no es tocada ni por el tiempo ni por la carne; emana del espíritu y permanece en él y es completamente espiritual.⁶ Dentro de esta potencia se halla Dios exactamente tan reverdecido y floreciente,

⁵ Cf. la explicación de Quint (*op. cit.*, t. 1, p. 29 y ss., n. 2) según la cual la producción del fruto está condicionada por la sucesión temporal de las obras, por eso, no pueden ser infinitas ya que dependen del tiempo debido a la disposición de quien las ejecuta atado a yo, al fin y al tiempo.

⁶ La potencia es el entendimiento supremo.

libre de todo apego al yo³ que no hubiera aprehendido como propiedad mía ninguna de ellas, ni en el hacer ni en el dejar de hacer, ni con el *antes* ni con el *después*, y que yo, antes bien, en ese instante presente me hallara libre y desasido según la queridísima voluntad divina y [dispuesto] a cumplirla sin cesar, entonces, en verdad, yo sería virgen sin que me estorbase ninguna imagen, y esto tan seguramente como lo era cuando aún no existía.

Digo además: El que el hombre sea virgen no le quita nada en absoluto con respecto a todas las obras que hiciera jamás; pero todo esto no le impide ser virginal y libre, sin ningún impedimento en lo que a la verdad suprema se refiere, así como Jesús es desasido y libre y virginal en sí mismo. Según dicen los maestros:⁴ Sólo una cosa igual y otra cosa igual constituyen la base para la unión, por eso el hombre debe ser virginal, virgen que habrá de recibir a Jesús virginal.

¡Ahora prestad atención y mirad bien! Si el hombre fuera siempre virgen, no daría fruto alguno. Si ha de hacerse fecundo, es necesario que sea mujer. “Mujer” es el nombre más noble que se puede atribuir al alma, y es mucho más noble que el de “virgen”. Está bien que el hombre reciba en su interior a Dios, y en cuanto a esa receptividad, es virgen. Pero es mejor que Dios llegue a ser fecundo en él, porque sólo cuando el don se hace fecundo, se lo agradece, y en este caso el espíritu es mujer en cuanto a la gratitud una vez más parturienta con la cual vuelve a dar nacimiento a Jesús dentro del corazón paterno de Dios.

En la virginidad se reciben muchos dones buenos, pero no se los da a luz nuevamente en Dios por medio de la fecundidad femenina, [y] con loa agradecida. Estos dones perecen y se anonadan todos, de modo que el hombre nunca llega a tener mayor bienaventuranza ni mejoría a causa de ellos. En tal caso su virginidad no le sirve para nada porque él, más allá de su virginidad, no es mujer con plena fecundidad. En esto reside el mal. Por ello he dicho: “Jesús subió a una villeta y fue recibido por una virgen que era mujer”. Necesariamente tiene que ser así, como acabo de explicaros.

Los esposos apenas si producen más de un fruto por año. Pero esta vez estoy pensando en otra clase de *esposos*: son todos aquellos

Moisés, cuando Moisés le dijera a Nuestro Señor: “Señor, si Faraón me pregunta quién eres ¿qué debo contestarle?”, entonces respondió Nuestro Señor: “Dile pues que, Él que es, me ha enviado” (Cf. Éxodo 3,13 y ss.). Esto significa lo mismo que: Él que es inmutable en sí mismo, me ha enviado.

Alguien podría decir entonces: ¿Cristo tuvo también un desasimiento inmóvil cuando dijo: “Mi alma está entristecida hasta la muerte” (Mateo 26,38; Marcos 14,34) y María, cuando estaba al pie de la cruz y se habla mucho de sus lamentaciones?... ¿Cómo concuerda todo esto con el desasimiento inmóvil? A este respecto debes saber que —según dicen los maestros—¹² hay en cualquier hombre dos clases de hombre: uno se llama el hombre exterior, eso es la sensualidad; a este hombre le sirven los cinco sentidos y, sin embargo, el hombre exterior obra en virtud del alma. El otro hombre se llama el hombre interior, eso es la intimidad del hombre. Ahora has de saber que un hombre espiritual que ama a Dios, no emplea las potencias del alma¹³ en el hombre exterior sino en la medida en que lo necesitan forzosamente los cinco sentidos; y lo interior se vuelve hacia los cinco sentidos sólo en cuanto es conductor y guía de los cinco sentidos y los protege para que no se entreguen a su objeto en forma bestial, según hacen algunas personas que viven de acuerdo con su voluptuosidad carnal al modo de las bestias irracionales; y semejantes gentes antes que gente se llaman con más razón animales. Y las potencias que posee el alma más allá de lo que dedica a los cinco sentidos, las da todas al hombre interior, y cuando este hombre tiene un objeto elevado [y] noble, el [alma] atrae hacia sí todas las potencias que ha prestado a los sentidos, y de este hombre dicen que está fuera de sí¹⁴ y arrobado porque su objeto es una imagen racional o algo racional sin imagen. Pero debes saber que Dios espera de cualquier hombre espiritual que lo ame con todas las potencias del alma. Por esto dijo: “Amarás a tu Dios de todo corazón” (Cf. Marcos 12,30; Lucas 10,27). Ahora bien, hay algunas personas que gastan las potencias del alma completamente en [provecho] del hombre exterior. Esta es la gente que dirige todos sus sentidos y entendimiento hacia

¹² Schaefer remite a Augustinus. *De trinitate*, XI. c. 1, n. 1.

¹³ Quint señala (*op. cit.*, p. 451, n. 66) que en este contexto “las potencias del alma” se refiere a las potencias superiores: *intellectus*, *voluntas*, *memoria* (entendimiento, voluntad, memoria).

¹⁴ *Sinnelós* traducido por “fuera de sí” sería literalmente “libre de los sentidos, carente de ellos”. Según Quint (*ibid.*, p.452. n.68) “el alma ha sacado todas sus potencias del dominio de los sentidos” y “tiene como objeto de su [...] conocimiento racional puro, o una cognoscitiva representación de imagen [contemplación] o un algo cognoscitivo sin imagen [quiere decir, un conocimiento carente de imagen]”.

³ Volviendo sobre el concepto de *eigenschaft*, Quint (*op. cit.*, t. 1, p. 26. o. 1) afirma que “todavía no se ha alejado de su acepción fundamental de propiedad” de modo que esta última conserva aún su peso a pesar de los muchos matices que muestra la palabra en la obra eckhartiana. lo cual dificulta enormemente su traducción. En nuestra versión *apego al yo* implica, pues, el hecho de que uno se considere propiedad de sí mismo.

⁴ En su escrito latino *In lab*, n. 556, Eckhart se refiere a “Boethius in fine Arismetriae”.

los bienes perecederos; no saben nada del hombre interior. Debes saber pues, que el hombre exterior puede actuar y, sin embargo, el hombre interior se mantiene completamente libre de ello e inmóvil. Resulta que en Cristo hubo también un hombre exterior y un hombre interior, y lo mismo [vale] para Nuestra Señora; y todo cuanto Cristo y Nuestra Señora dijeron alguna vez sobre cosas externas, lo hicieron según el hombre exterior, y el hombre interior se mantenía en un desasimiento inmóvil. Y así habló [también] Cristo cuando dijo: “Mi alma está entristecida hasta la muerte” (Mateo 26,38; Marcos 14,34), y pese a todos los lamentos de Nuestra Señora y a otras cosas que hacía, su intimidad siempre se mantuvo en inmóvil desasimiento. Escucha para ello una comparación: Una puerta se abre y cierra en un gozne. Ahora comparo la hoja externa de la puerta al hombre exterior y el gozne al hombre interior. Entonces, cuando la puerta se abre y cierra, la hoja exterior se mueve de acá para allá y el gozne permanece, no obstante, inmóvil en el mismo lugar y esto es la causa de que no cambie nunca. Lo mismo sucede en nuestro caso, supuesto que lo sepas entender bien.

Con referencia a ello pregunto ahora ¿cuál es el objeto del desasimiento puro? Contesto como sigue, diciendo que ni esto ni aquello constituye el objeto del desasimiento puro. [Porque] éste se yergue sobre la nada desnuda y te diré por qué es así: El desasimiento puro está situado sobre lo más elevado. Se yergue pues, sobre lo más elevado aquél en que Dios puede obrar de acuerdo con toda su voluntad. Resulta, empero, que Dios no puede obrar en todos los corazones según su entera voluntad porque Dios, si bien es todopoderoso, no puede obrar sino en la medida en que encuentra o crea una predisposición. Y digo “o crea” a causa de San Pablo porque en él no encontró la predisposición, pero lo preparó mediante la infusión de la gracia. Por eso digo: Dios obra en la medida en que halla predisposición. Su operación es distinta en el hombre y en la piedra. Para ello encontramos un símil en la naturaleza: Cuando se hace fuego en un horno y se coloca adentro una masa de avena y una de cebada y una de centeno y una de trigo, no hay más que un solo calor en el horno y, sin embargo, aquél no opera del mismo modo en las masas, porque una llega a ser pan blanco, la otra se vuelve más morena y la tercera más negra aún. Y la culpa de ello no la tiene el calor sino la masa porque es distinta. Igualmente, Dios no opera del mismo modo en todos los corazones, sino que obra según la disposición y susceptibilidad que halla. Pues bien, en el corazón en el

SERMONES

II¹

Intravit Iesus in quoddam castellum et mulier quaedam, Martha nomine, excepit illum in domum suam. Lucae II. [Entró Jesús en cierta *villeta* y una mujer, de nombre Martha, lo recibió en su casa. Lucas, II.]

He dicho una palabrita, primero en latín, la que está escrita en el Evangelio y reza así en lengua vulgar: “Nuestro Señor Jesucristo subió a una *villeta*² y fue recibido por una virgen que era mujer” (Lucas 10, 38).

Pues bien, ahora prestad mucha atención a esta palabra: necesariamente debía ser que era virgen esa persona que recibió a Jesús. Virgen equivale a decir una persona libre de todas las imágenes ajenas, tan libre como era cuando aún no existía. Mirad, ahora podría preguntarse cómo un ser humano nació y se crió hasta llegar a la vida racional, cómo ese hombre, [digo], puede ser tan libre de todas las imágenes como era cuando aún no existía, y, sin embargo, sabe muchas cosas que todas son imágenes; entonces, ¿cómo puede ser libre? Ahora bien, fijaos en la diferencia que os enseñaré. Si yo tuviera la razón tan abarcadora que todas las imágenes absorbidas desde siempre por toda la gente, y [además] las contenidas en Dios mismo, se hallaran dentro de mi razonamiento, pero si yo fuera tan

¹ En uno de los códices se dice: “Otro sermón del Maestro Eckhart de París”. En otra copia se anota: “El sermón corresponde a la Asunción de Nuestra Señora”.

² ‘Villeta’ = *bürgelin* en el original. En latín se habla de *quoddam castellum* que significa “lugar fortificado, ciudadela”. Esta palabra, a su vez, corresponde a *αωμη* en griego, cuyo sentido es “pueblo, aldea, barrio de una villa”. *Burc* en alto alemán medio corresponde a *Burg, Schloss, Stadt* en alemán moderno. Tomando en cuenta todas estas expresiones creemos que *villeta* puede corresponder al diminutivo *bürgelin*, palabra usada por Eckhart. Pero también hay que tener presente la acepción de “castillo” con referencia al reducto inexpugnable del alma al cual se alude en este sermón.

aquí en el rebajamiento máximo, levanta vuelo hacia lo más elevado de la divinidad, pues el amor trae sufrimiento y el sufrimiento trae amor.²⁰ Y por lo tanto, quien desea alcanzar el perfecto desasimiento, que corra tras la perfecta humildad, así se acercará a La divinidad.

Que nos ayude el Desasimiento supremo el cual es Dios mismo, para que esto nos suceda a todos. Amén.

que hay *esto* y *aquello*, puede haber algo en *esto* o *aquello* a causa de lo cual Dios no puede obrar de la manera más elevada. Por ello, si el corazón ha de tener una disposición para lo más elevado, tiene que estar situado sobre la nada desnuda, y en esto reside también la mayor posibilidad que pueda haber. Dado que el corazón desasido se halla sobre lo más elevado, ha de ser sobre la nada porque en ésta se contiene la mayor susceptibilidad. Toma para ello un símil de la naturaleza. Si quiero escribir sobre una tabla de cera, no puede haber nada escrito en la tabla, no importa lo noble que sea, sin que ello me impida que yo escriba sobre dicha [tabla]; y si quiero escribir, no obstante, tengo que tachar y anular todo cuanto esté escrito en la tabla, y ésta nunca se me presta tanto para escribir como cuando no hay en ella nada escrito. Del mismo modo: si Dios ha de escribir en mi corazón de la manera más elevada, tiene que salir del corazón todo cuanto se llama *esto* y *aquello*, así son las cosas con el corazón desasido. Por eso, Dios puede obrar en él del modo más elevado y según su voluntad altísima. De ahí que el objeto del corazón desasido no es ni *esto* ni *aquello*.

Mas, ahora pregunto yo: ¿cuál es la oración del corazón desasido? Contesto diciendo que la pureza desasida no puede rezar, pues quien reza desea que Dios le conceda algo o solicita que le quite algo. Ahora bien, el corazón desasido no desea nada en absoluto, tampoco tiene nada en absoluto de lo cual quisiera ser librado. Por ello se abstiene de toda oración, y su oración sólo implica ser uniforme con Dios. En esto se basa toda su oración. En este sentido podemos traer a colación lo dicho por San Dionisio con respecto a la palabra de San Pablo donde éste dice: “Son muchos quienes corren detrás de la corona y, sin embargo, uno solo la consigue” (Cf. 1 Cor. 9,24) —todas las potencias del alma corren para obtener la corona y, sin embargo, la consigue sólo la esencia.— Dionisio dice pues:¹⁵ La carrera no es otra cosa que el apartamiento de todas las criaturas y el unirse dentro de lo increado. Y el alma, cuando llega a esto, pierde su nombre y Dios la atrae hacia su interior de modo que se anonada en sí misma, tal como el sol atrae hacia sí el arbol matutino de manera que éste se anonada. A tal punto nada lo lleva al hombre a excepción del puro desasimiento. A este respecto podemos referirnos también a la palabra pronunciada por Agustín:¹⁶ El alma tiene una entrada

²⁰ También la anterior poesía trovadoresca había insistido en la inevitable vinculación entre amor y sufrimiento o dolor. Es famoso el verso de Gottfried von Strassburg en *Tristán e Isolda*: “Quien nunca sufrió de sus amores, tampoco de ellos recibió placeres”. El *Minnesänger* (trovador) Dietmar von Eist canta: “Amor sin pena no puede haber” Estos poetas recibieron, a su vez, estímulos de la anterior poesía religiosa.

¹⁵ Dionysius Areopagita, *De divinis nominibus*, c. 4, §. 9, y c. 13, §. 3.

¹⁶ Quint (*ibid.*, p. 455, n. 92) pregunta “¿Dónde?” y agrega que Schaefer remite, a modo de comparación, a seudo-Agustín (Alcher de Clairvaux) *De spiritu et anima*, c. 14.

secreta a la naturaleza divina donde se le anonadan todas las cosas. En esta tierra la tal entrada no es sino el desasimiento puro. Y cuando el desasimiento llega a lo más elevado, se vuelve carente de conocimiento a causa del conocimiento, y carente de amor a causa del amor y oscura a causa de la luz. En este sentido podemos citar también lo dicho por un maestro:¹⁷ Los pobres en espíritu son aquellos que le han dejado a Dios todas las cosas, tal como las tenía cuando nosotros todavía no existíamos. Semejante cosa no la puede hacer nadie sino un corazón acendradamente desasido. El que Dios prefiera morar en un corazón desasido antes que en todos los corazones, lo conocemos por lo siguiente: Si tú me preguntas: ¿Qué es lo que Dios busca en todas las cosas? te contesto [con una cita] del Libro de la Sabiduría; allí dice: “¡Busco descanso en todas las cosas!” (Eclesiástico 24, 11). Mas no hay descanso absoluto en ninguna parte con la única excepción del corazón desasido. Por eso Dios prefiere morar allí antes que en otras virtudes o en cualquier cosa. Has de saber también: Cuanto más se empeñe el hombre en ser susceptible del influjo divino, tanto más bienaventurado será; y quien es capaz de ubicarse dentro de la disposición más elevada, se mantiene también en la bienaventuranza suprema. Ahora bien, ningún ser humano se puede hacer susceptible del influjo divino si no tiene uniformidad¹⁸ con Dios, porque en la medida en que cada cual es uniforme con Dios, en la misma medida es susceptible del influjo divino. Ahora bien, la uniformidad proviene del hecho de que el hombre se somete a Dios; y en la medida en la cual el hombre se somete a las criaturas, en la misma medida es menos uniforme con Dios. Pues bien, el corazón acendradamente desasido se abstiene de todas las criaturas. Por lo tanto se halla completamente sometido a Dios y por eso se mantiene en suprema uniformidad con Dios y es también lo más susceptible del influjo divino. En esto pensó San Pablo cuando dijo: “¡Revestíos de Jesucristo!” (Rom. 13,14), y lo que quiere decir es: en uniformidad con Cristo, y esto de revestirse no puede suceder sino mediante la uniformidad con Cristo. Y sabe: Cuando Cristo se hizo hombre no tomó para sí [el ser de] determinado hombre sino la naturaleza humana. Deshaz te, pues, de todas las cosas, entonces queda sólo aquello que tomó Cristo, y de esta manera te has revestido de Cristo.

¹⁷ Cita no comprobada.

¹⁸ Uniformidad (*einförmigkeit* en alemán medio) correspondería a *uniformitas* en latín; pero en este contexto tiene —según Quint (*op. cit.*, p. 457, n. 99) y de acuerdo con la acepción del *Diccionario de la Real Academia*— el significado de “conformidad”.

Quien quiere reconocer, pues, la nobleza y la utilidad del perfecto desasimiento, que se fije en las palabras de Cristo relativas a su humanidad cuando dijo a sus discípulos: “Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Espíritu Santo no vendrá a vosotros” (Juan 16,7). Es justamente como si dijera: Habéis proyectado demasiado placer en mi apariencia¹⁹ presente, por ello no podéis tener el placer perfecto del Espíritu Santo. Por eso, despojaos de las imágenes y uníos con la esencia carente de forma, ya que el consuelo espiritual de Dios es sutil; de ahí que no sea ofrecido a nadie que no haya renunciado al consuelo terrestre.

¡Prestad atención, pues, todas las personas sensatas! Nadie está más animado que aquel que se mantiene en el mayor desasimiento. Nunca puede haber consuelo corpóreo y terrestre sin perjuicio espiritual, “porque la carne tiene deseos contrarios contra el espíritu y el espíritu contra la carne” (Gal. 5,17). Por ende, quien siembra un amor desordenado en la carne (Cf. Gal. 6,8) cosecha la muerte eterna, y quien siembra en el espíritu un amor como corresponde, cosecha del espíritu la vida eterna. Por lo tanto, cuanto más rápido el hombre huya de lo creado, tanto más rápido correrá a su encuentro el Creador. ¡En este punto, prestad atención, todas las personas sensatas! Como el placer que podríamos sentir ante la apariencia corpórea de Cristo le pone trabas a nuestra susceptibilidad frente al Espíritu Santo, ¡cuánto mayores serán las trabas que nos pone frente a Dios el placer desordenado con el que anhelamos precederos consuelos!, por eso, el desasimiento es lo mejor de todo, ya que purifica el alma y acendra la conciencia e inflama el corazón y despierta el espíritu y agiliza el ansia y conoce a Dios y aparta a la criatura y se une con Dios.

¡Ahora, prestad atención, todas las personas sensatas! El animal más rápido que os lleva a esta perfección, es el sufrimiento, porque nadie goza más de la eterna dulzura que aquellos que se hallan con Cristo en medio de la mayor de las amarguras. No hay nada más bilioso que el sufrir y no hay nada más melifluo que el haber-sufrido; ante la gente, nada desfigura más al cuerpo que el sufrimiento, mas ante Dios, nada adorna más al alma que el haber-sufrido. El fundamento más firme sobre el cual puede erguirse esta perfección, es la humildad porque el espíritu de aquel cuya naturaleza se arrastra

¹⁹ Guiándonos por lo expuesto por Quint (*op. cit.*, p. 459, n. 105) traducimos la palabra alemana *bilde* por “apariencia”.